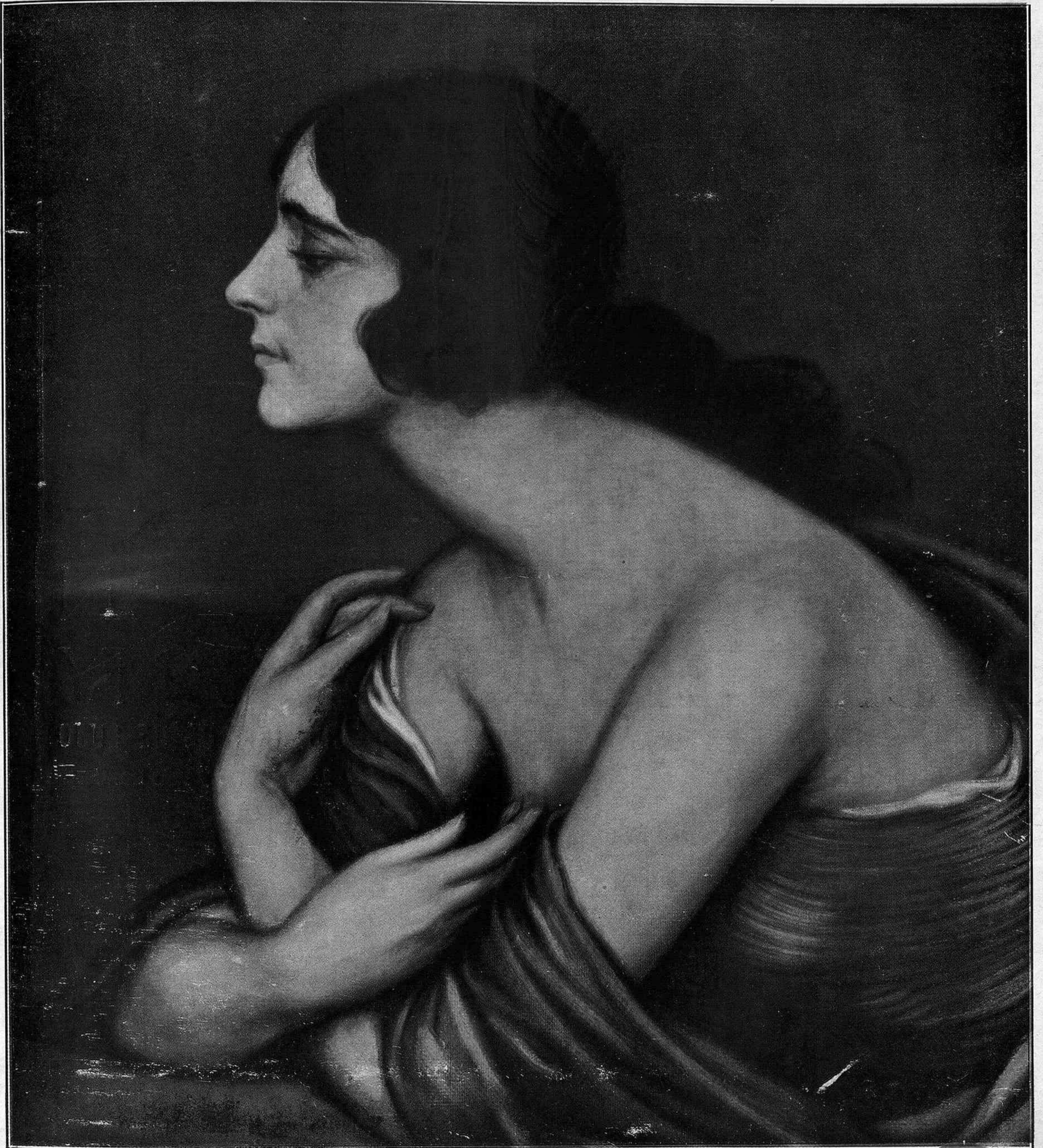


La Esfera

10 SET 1922

Año IX * Núm. 453

Precio: Una peseta



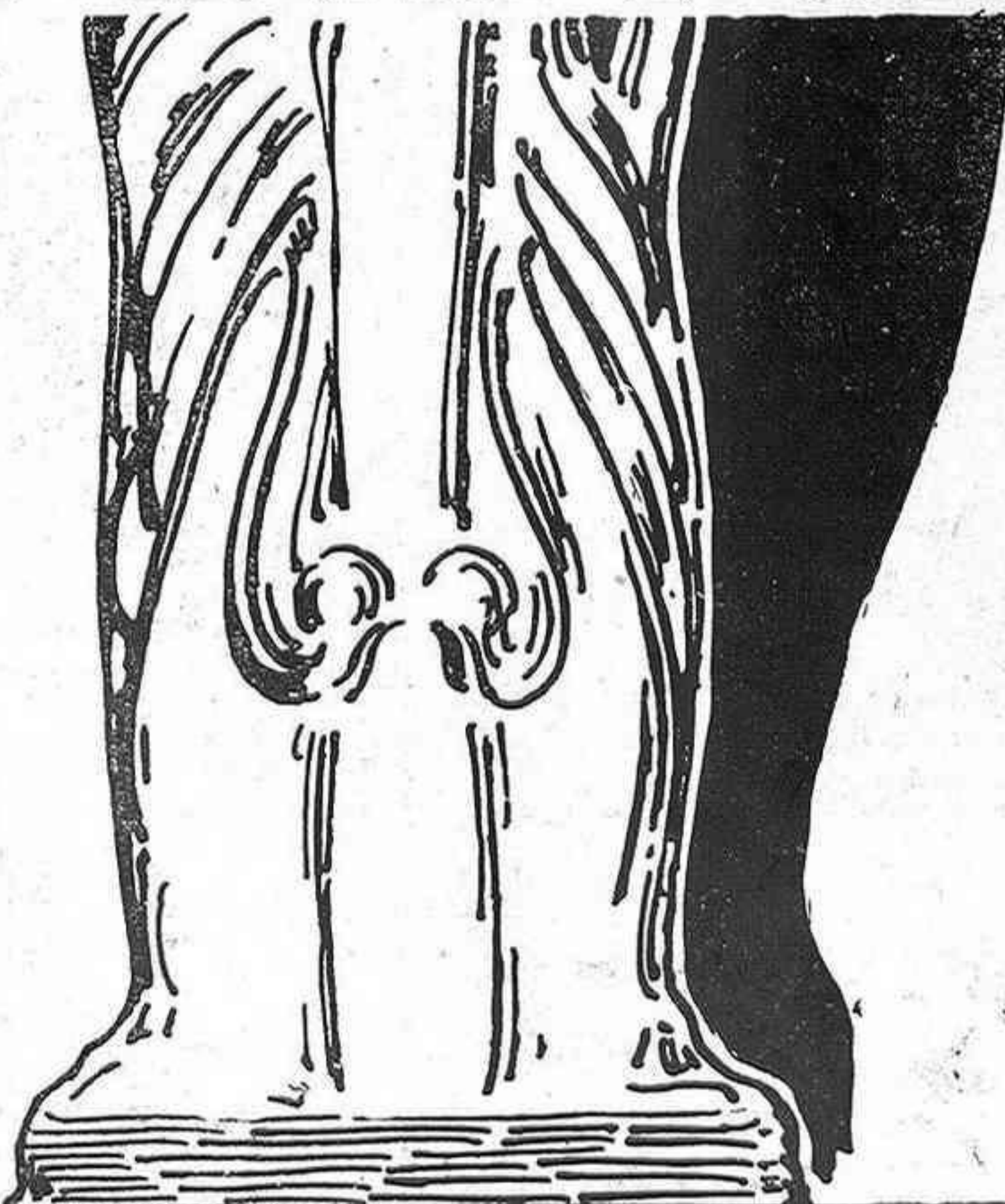
POVO



THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

CIGARRILLOS DE LUJO

Los mejores y más baratos



DE VENTA EN TODAS PARTES

SAN SEBASTIÁN

Overland
TRADE MARK REG.

TORPEDO 5 asientos equipado 8.000 pts.
LANDAULET 6 id. id. 12.500 id.
LIMOUSINE 6 id. id. 12.500 id.
ENORME «STOCK» DE PIEZAS DE RECAMBIO

AUTOMÓVIL PALACE

ENTREGA INMEDIATA DE

Siberbio CABRIOLET DELAGE, 6 cil. (último modelo)

Torpedo ADLER	16-50 H. P.	} Precios reduci- dísimos
Id. BRADLEY	37 H. P.	
Id. DELAYE	16-24 H. P.	
Id. DION-BOUTON	12-20 H. P.	
Id. STADEBAKER	20-30 H. P.	

«STOCK» de neumáticos DUNLOP,
NACIONAL, etc.

Inmenso surtido de accesorios y últimas
novedades en automovilismo

ALQUILER de AUTOMOVILES de TURISMO
á 75 céntimos el kilómetro

AUTOMÓVIL PALACE

GUETARIA, 2 SAN SEBASTIAN



SAN SEBASTIAN

HIPÓDROMO DE LASARTE
Grandes Carreras de Caballos

Bajo el Patronato de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

27 Reuniones

Del 9 de Julio al 1.º de Octubre

1.500.000 pesetas de premios

En Julio y Agosto, los Domingos
y Jueves.

En Septiembre, además de los Do-
mingos y Jueves, los Martes 12
y 19.

Último día, el Domingo 1.º de Oc-
tubre.

El Domingo 10 de Septiembre

**GRAN PREMIO DE S. M. EL REY
DON ALFONSO XIII**

550.000 pesetas

EL PREMIO MAS GRANDE DEL MUNDO

RAMÓN PEÑA

Sucesor de D. Andrés Peña

Elcano, 8 SAN SEBASTIÁN

Antigua Casa que se ocupa de ofrecer á los fo-
rasteros los pisos y villas de verano en condicio-
nes inmejorables y libres de comisión

Compra-venta, hipotecas y alquileres de fincas

JOYERÍA Y PLATERÍA
ALFONSO DE BLAS

Casa de confianza por su buen
gusto y economía de precios

Loyola, 3

SAN SEBASTIÁN

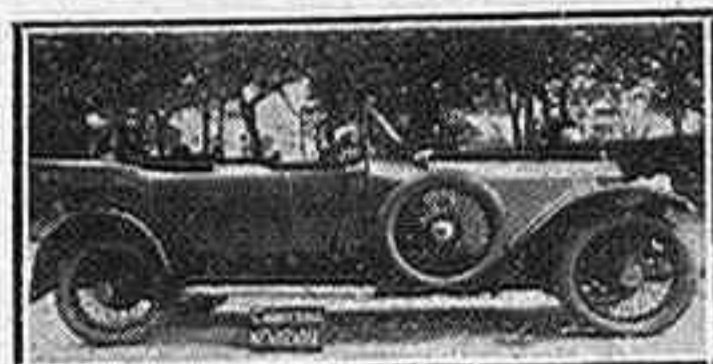
CARROCERÍAS AUTOMÓVILES

**Mendizábal
y Compañía**

Paseo de Atocha, 11

Teléfono 2424

SAN SEBASTIAN

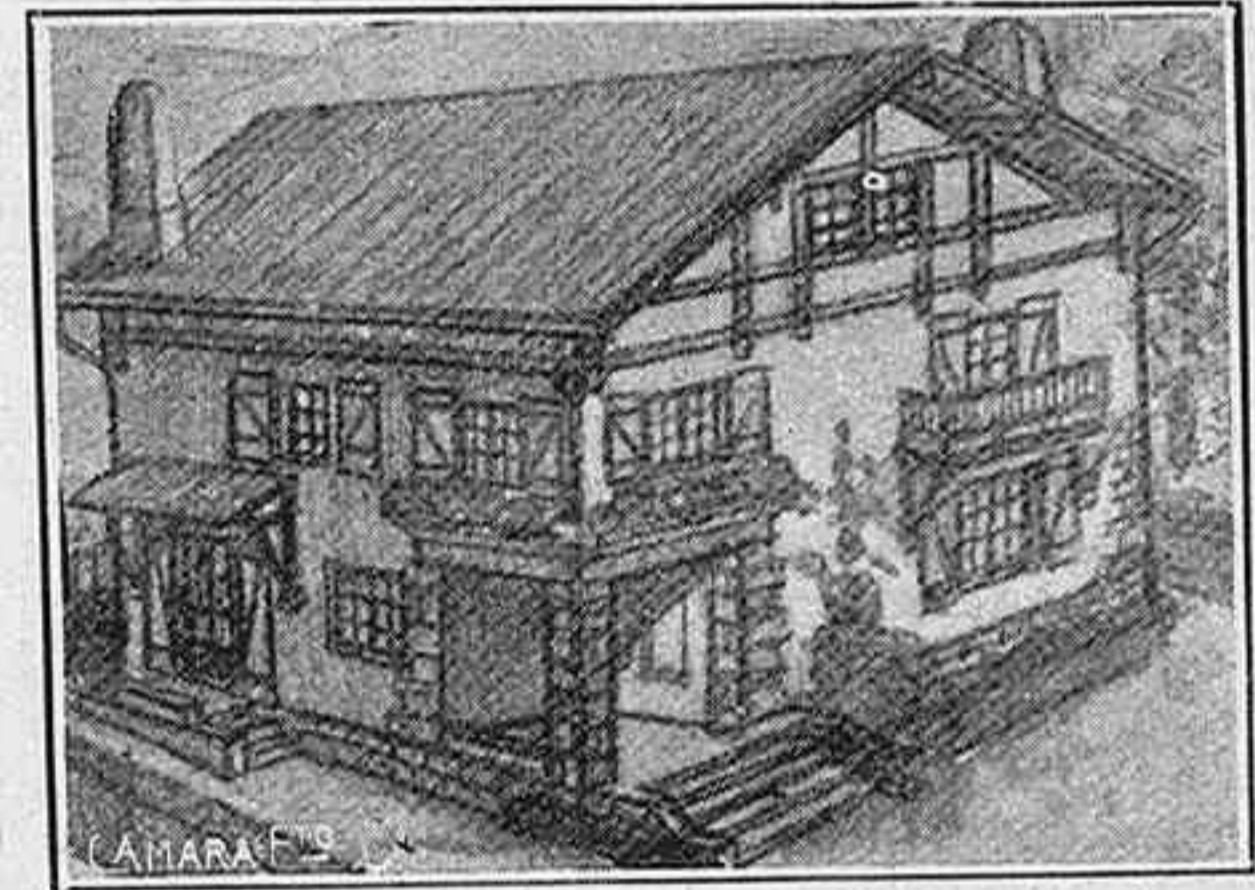


**Compañía Española
de Pavimentación
sistema MÚGICA, S.A.**

Pavimentación con bandas
de asfalto comprimido
continuo

Fábrica con instalación
completa de molinos, hor-
nos y prensas para una fa-
bricación de 500 metros
cuadrados diarios :: Pa-
tentes de invención en
casi todas las naciones de
Europa y América

**SAN SEBASTIÁN
(ESPAÑA)**



¡Veraneantes!

Con la cantidad que pagáis cada verano por alqui-
ler de una villa ó piso podéis adquirir, en propiedad
desde el primer día, un Chalet de nueva, sólida y ele-
gante construcción, con jardín y servicios de alcan-
tarillado, agua, gas, electricidad y baño, en Atego-
rrieta, al pie del tranvía. Grandes facilidades de pago,
en plazos hasta 50 años.

AGENCIA INMOVILIARIA.—Director: **TOMAS
CARASA TORRE**, Hernani, 5, 1.º.—Teléfo-
no 406.—Apartado núm. 31.—SAN SEBASTIAN.

**GRAN CASINO
DE
ZARAUZ**

Delicioso panorama
Toda clase de recreos
Campo de Tennis

Todos los días conciertos en su
hermoso Parque * Bailes en el es-
pléndido Salón de fiestas del Casino

Durante todo el presente verano
actuarán en su teatro los principales
artistas

Banco Guipuzcoano

CAPITAL SOCIAL:

10.000.000 DE PESETAS

RESERVAS:

2.500.000 PESETAS

Sucursales en Tolosa • Irún
Vergara • Azpeitia • Eibar
Villafranca • Oñate • Pasajes
Azcoitia y Deva

Cuentas corrientes en pesetas, francos
y libras á la vista, abonando interés al
2 por 100

Cartas de crédito. Giros. Depósitos.
Ordenes de Bolsa

Emisión de
BONOS Á VENCIMIENTO FIJO, de-
vengando el 2½, 3 y 4 por 100 anual
Toda clase de operaciones de Banca,
Bolsa y Cambio

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

XVI

que podemos hacer. Ella se irá; no sé cómo llegaré á conseguirlo; pero se irá, y tú quedarás conmigo.

Pasó una mano por la espalda de Torrebianca, acariciándole con expresión paternal, mientras el marqués conservaba oculto el rostro.

Aborrecía ahora á su esposa; pero al mismo tiempo experimentaba un inexplicable malestar pensando que iba á separarse de ella para siempre.

XVI

Agitada por su curiosidad femenil, esperó la mestiza con impaciencia la hora de la cita.

Estaba en la cocina de la casa, situada en el corral, bajo un cobertizo. Sobre una mesa tenía un reloj despertador, y varias veces aproximó á él su quinqué para saber la hora. Poco antes de las diez se quitó los zapatos, atravesando descalza el corral, para seguir á continuación una de las galerías exteriores.

Así llegó, con paso silencioso, al ángulo del edificio más inmediato á la ventana del dormitorio de Elena. Luego se sentó en el suelo de tablas, encogiéndose para escuchar sin ser vista.

Distinguió al poco rato en la obscuridad á Manos Duras, que iba aproximándose á la casa. Vió cómo se quitaba las espuelas, guardándolas en el cinto, y subía cautelosamente los peldaños de la escalinata. Se abrió poco después la ventana del dormitorio de la señora, y apareció ésta, haciendo signos al recién llegado para que hablase en voz baja.

Sebastiana se esforzó por oír; pero la ventana estaba tan lejos, que sólo reconcentrando su atención pudo alcanzar fragmentariamente algunas palabras. Estas palabras eran dichas con voces tan tenues, que no pudo tener una certeza absoluta de su exactitud. Le pareció oír «Celinda» y «Flor de Río Negro». Poco después creyó que era esto un error de sus sentidos.

«¿Qué tiene que ver—se dijo—mi antigua patroncita con los enredos de esta gente?»

Avanzando su cabeza fuera de la esquina, alcanzaba á ver á Manos Duras y á la señora. El gaucho oía á ésta con movimientos de aprobación. Otras veces era él quien hablaba, pero brevemente, apoyando sus palabras con gestos afirmativos. Hubo un momento en que pretendió coger las manos de ella; pero Elena se echó atrás con una retracción que denotaba al mismo tiempo repugnancia y altivez. Inmediatamente pareció arrepentirse, y dijo en voz más alta, con tono de promesa:

—De eso hablaremos mañana ú otro día, cuando haya hecho usted mi encargo. Ya sabe lo que hemos convenido.

Y se despidió de él con cierta coquetería, aunque procurando mantenerse á gran distancia de sus manos.

El gaucho, al ver cerrada la ventana, bajó los escalones, y una vez en la calle, se detuvo.

Sebastiana, que se había incorporado para verle mejor, creyó que murmuraba con expresión alegre: —En vez de una, van á ser dos.

Pero tampoco estaba segura de haber oído esto exactamente, y al fin se retiró á la casucha del corral, donde tenía su camastro, algo decepcionada por el insignificante resultado de su acecho.

Lo único que persistió en ella, quitándole el sueño, fué la duda de si verdaderamente aquellas dos personas habían nombrado en su conversación á la señorita de Rojas. Y volvió á preguntarse muchas veces: «¿Qué tendrán esas gentes que decir de mi niña?...»

Robledo pasó igualmente una noche agitada. Había instalado á Torrebianca en la misma habitación que ocupó éste con su mujer cuando llegaron á la Presa. Fatigado por sus emociones, el marqués había accedido al fin á quedarse en la casa de su amigo.

Dos veces durante la noche despertó el español, avanzando su oído para escuchar mejor. Llegaban hasta él gemidos y palabras balbucientes desde la habitación próxima, ocupada por Torrebianca.

—Federico: ¿deseas algo?...

Su amigo Federico le contestaba con voz débil y humilde, procurando á continuación mantenerse silencioso.

Despertó Robledo por tercera vez; pero ahora la luz del día marcaba con líneas de claridad las rendijas de su ventana. Un ruido había cortado su sueño, obligándole á echarse de la cama con sobresalto.

Al salir á la sala común, que servía al mismo tiempo de comedor, vió en ella á Watson inclinada sobre una silla y acabando de calzarse las espuelas. La caída de esta silla, ocurrida poco antes, era lo que había despertado á Robledo. Este, al ver á su socio, dijo alegremente:

—¿Cómo madruga usted!... Y eso que anoche le oí entrar muy tarde.

Watson parecía triste, y se limitó á contestar: —Como hoy no trabajamos, voy á dar unos galopes por el campo.

Al marcharse el joven acabó Robledo de vestirse, paseando después por el comedor. Cuando en sus evoluciones pasaba ante la puerta de la pieza ocupada por Torrebianca, sentía la tentación de entrar. Deseaba ver á su amigo. Un vago presentimiento le infundía cierta inquietud.

«Vamos á enterarnos de cómo ha pasado la noche», se dijo.

Abrió la puerta, miró al interior de la habitación é hizo un gesto de asombro. No había nadie en ella; la cama, con sus ropas en desorden, estaba vacía. El español quedó pensativo. Primeramente se imaginó que Federico, no pudiendo dormir en toda la noche, habría salido á dar un paseo al apuntar el alba.

Instintivamente empezó á mirar en torno á él, examinando la habitación. Vió sobre la mesa varios papeles, todos con una línea ó dos de letra de Torrebianca. Eran cartas empezadas por éste y que había juzgado inútil continuar.

Leyó uno de los papeles: «Agradezco tus esfuerzos, pero no puedo más...» Lo escrito en otro decía así: «La única mujer que me amó verdaderamente fué mi madre, y ha muerto. ¡Si yo tuviese la seguridad de volver á encontrarla!...»

Robledo siguió examinando los demás papeles. Sólo contenían renglones borrados ó palabras inteligibles. Torrebianca había querido escribir, desistiendo al fin de tal esfuerzo. Se imaginó ver á su amigo, en las altas horas de la noche, arrojando la pluma—que él acababa de descubrir caída en el suelo—y diciendo con la indiferencia del que se considera ya por encima de las preocupaciones terrenales: «¡Para qué!...»

Permaneció absorto con estos papeles en una mano. Después le reanimó un pensamiento optimista. Tal vez su amigo estaba vagando por las inmediaciones del pueblo. Aquellos escritos sin terminar mostraban su falta de voluntad.

Examinó el suelo fuera de su casa, é hizo un gesto de satisfacción al distinguir entre las huellas recientes del caballo de Watson el contorno de un pie humano, que debía ser de su camarada. El había aprendido de los rastreadores del país que estudian las huellas perdidas en el desierto.

Las señales de los pies de Torrebianca le hicieron seguir una callejuela abierta entre su casa y la in-

mediata, que venía á dar en el campo. Pero una vez fuera del pueblo perdió el rastro, por ser numerosas las pisadas de los que habían salido al amanecer.

Instintivamente marchó hacia el río, siguiendo su ribera curso arriba. Miraba las aguas deslizarse uniformemente, sin que el menor objeto alterase su superficie. Al fin se cansó de este examen sin más guía ni justificación que un presentimiento.

«Este Federico—se dijo—me ha perturbado con sus desgracias. ¿Por qué pienso cosas absurdas?... Volvamos á casa. Me avisa el corazón que lo voy á encontrar cuando llegue. Habrá estado paseando por el otro lado del pueblo.»

Y regresó á la Presa, sintiendo, sin embargo, una ansiedad que le hacía marchar apresuradamente.

A la misma hora, cerca de la estancia de Rojas, estaba Manos Duras con sus tres camaradas de la Cordillera hablando al amparo de unos matorrales.

Habían desmontado y tenían sus caballos de las riendas. Uno de los hombres iba vestido de modo diferente á sus camaradas, y más que jinete del campo parecía un trabajador de la Presa. Manos Duras le daba explicaciones, que el otro iba aceptando en silencio, aprobándolas con leves parpadeos. Este hombre montó á caballo, y Manos Duras y sus dos compañeros le siguieron con los ojos hasta que desapareció entre los grupos de áspera vegetación.

—El viejito va á ver lo que le cuesta amenazarme—dijo el gaucho con una sonrisa rencorosa.

Uno de los cordilleranos, apodado *Piöla*, que por su edad y sus ademanes autoritarios parecía ejercer cierta influencia sobre sus dos acompañantes, movió la cabeza como si dudase de tales palabras. El plan de Manos Duras le parecía excelente; pero no encontraba aceptable que se quedase en el país un día ó dos luego de dar el golpe. Era mejor emprender todos juntos é inmediatamente la retirada hacia la Cordillera.

—Déjeme, compadre; yo me entiendo—contestó el gaucho—. Necesito antes de irme cobrar algo que me han prometido. Tal vez sea esta misma noche, y mañana me junto con ustedes.

Contaba con su caballo, del que hizo grandes elogios, y que le permitiría obtener una gran ventaja sobre sus camaradas, alcanzándolos en el camino. El podía correr con más ligereza al ir solo, y sus amigos marcharían embarazados por el bajeaje.

Mientras tanto, su enviado galopaba hacia la estancia de Rojas. Al llegar á una tranquera la abrió, continuando su marcha por los campos de don Carlos.

Cerca del edificio principal salió á su encuentro Cachafaz, avisado por los ladridos de unos perros que daban saltos ante las patas del caballo, pretendiendo morderle. Los espantó el pequeño con sus gritos, escuchando después con la gravedad de una persona mayor lo que le dijo el emisario.

Fué tanta su alegría al recibir el recado, que olvidando al jinete corrió hacia la estancia.

Don Carlos estaba en su comedor tomando el décimo mate de la mañana. Celinda, con vestido femenino, ocupaba un sillón de junco, y parecía entregada á melancólicos pensamientos. El mestizo entró gritando:

—Patrón: el comisario dice que vaya ahorita mismo al pueblo. Han tomado preso al que robó nuestra vaca.

Regocijado el estanciero por la noticia, siguió á Cachafaz sin soltar por esto la calabacita del mate, chupando, mientras marchaba, la bombilla de plata. Quería que el «chasque» ó comisario llegado á todo correr de su caballo le diese más explicaciones sobre este aviso.

Al salir de su casa quedó perplejo viendo que

el jinete había desaparecido. Corrió Cachafaz la tierra inmediata, así como los corrales, dando gritos, sin poder descubrir al «chasque». Finalmente, Rojas se encogió de hombros, y contento por la noticia, quiso explicarse esta desaparición. Don Roque, para darle el aviso con más prontitud, se lo había enviado con algún viandante que tenía que hacer un largo rodeo en su marcha y deseaba no perder tiempo. El tampoco debía perderlo; y como juzgaba conveniente ir á la Presa para hablar con el comisario, montó á caballo, prometiendo á Celinda estar de vuelta antes de la comida de mediodía.

Manos Duras y sus tres amigos, tendidos en el suelo, le vieron pasar á lo lejos con dirección al pueblo. Teniendo sus caras junto á las raíces de los matorrales, hablaron y rieron con frío cinismo.

—Va en busca de la vaca que nos comimos ayer—dijo Piola.

Y Manos Duras añadió, acompañando sus palabras con una mueca impúdica:

—Veremos qué dice cuando nos hayamos llevado su vaquillona...

Ricardo Watson, que corría el campo deseoso de aproximarse á la estancia, y temiendo al mismo tiempo irritar á Celinda con su presencia, vió también pasar á lo lejos al señor Rojas con dirección á la Presa.

Esto pareció infundirle ánimo. Celinda quedaba sola en su casa, y él podía visitarla con cualquier pretexto. Pero á continuación sintió miedo. No osaba acercarse á la estancia, temiendo que fuese Cachafaz el único que saliese á recibirle. Era mejor vagar por el campo. Tal vez la hija de Rojas, aburrida de su soledad, se decidiese á montar á caballo.

Estaba dispuesto á esperar hasta que el sol se ocultase. Llevaba á precaución, en una bolsa de su montura, algunos comestibles. Además, como todos los enamorados, olvidaba que los hombres nacen con la enfermedad mortal del hambre y únicamente pueden seguir viviendo si se curan de ella dos veces al día. Otras cosas le preocupaban en aquel momento, más importantes para él.

Mientras tanto, su amigo Robledo vagaba cabizbajo por la calle central de la Presa. Venía de su casa y no estaba en ella Torrebianca. La criada le había esperado en vano con el desayuno pronto. ¿Dónde encontrar á este hombre?...

En mitad de la calle oyó voces amigas y levantó su rostro. El estanciero Rojas hablaba vehementemente al comisario del pueblo, que le respondía con gestos de extrañeza. Atraído por el saludo de los dos, Robledo se aproximó.

—Un chasque—dijo don Carlos—ha venido á mi estancia para avisarme que el comisario había encontrado la vaca que me robaron... Y don Roque no ha enviado á nadie, ni sabe una palabra. ¿Ha visto usted qué historia tan sin gracia? ¿Quién será el hijo de... tal que ha querido darme esta broma?

Robledo escuchó algunos momentos, fingiendo interés por el asunto, y continuó su marcha. Únicamente le preocupaba el paradero de su amigo Torrebianca, creyendo reconocerlo en todos los hombres que veía á lo lejos.

«Es lástima que Ricardo saliese tan temprano—pensó—. El me hubiera ayudado en esta busca.»

Watson, indeciso entre su timidez y el deseo de ver á Celinda, se había ido aproximando á la estancia; pero al llegar á cualquiera de las tranqueiras que cerraban la cerca de alambres permanecía indeciso. ¿Cómo explicar su presencia dentro de la propiedad de Rojas, cuando Flor de Río Negro le había ordenado rencorosamente que no volviese más?

La vista de una tranquera abierta le infundió ánimo.

«Diga ella lo que diga, ¡adelante!—pensó—. Necesito verla, aunque sea para recibir insultos.»

Y fué avanzando con lentitud por los caminos de la estancia.

De pronto su caballo se mostró inquieto, avisando el paso y deteniéndose á continuación, como si pretendiera encabritarse.

Vió el joven los cuerpos de dos mastines muertos sin duda recientemente, pues tenían sus cabezas destrozadas sobre un charco de sangre. Siguió avanzando, y á pocos pasos de la casa encontró á un hombre tendido en mitad del camino.

También estaba muerto. Era un peón de Rojas, un mestizo al que creía haber visto algunas veces, á pesar de que su rostro estaba ahora destrozado á balazos. Una de sus órbitas había quedado vacía, colgando de este orificio del cráneo algunas piltrafas de la masa cerebral. En torno á él, la tierra bebía sangre ávidamente, cubriéndose de moscas.

Se echó abajo del caballo, y con el revólver en la diestra avanzó hacia la casa. Al asomarse á su puerta y ver que no había nadie en la gran pieza que servía de sala y comedor, empezó á dar gritos.

Un sillón de junco, que era el preferido por Celinda, estaba volcado en el suelo. Se fijó también en el tapete de la gran mesa, que parecía haber su-

frido un rudo tirón, y estaba igualmente en el suelo, con todos los papeles y los objetos que descansaban sobre él ordinariamente, revueltos ó rotos.

Fueron tales sus gritos, y repitió tanto su nombre para inspirar confianza, que al fin sonaron pasos en el interior del edificio y asomó á una puertecita el rostro arrugado y cobrizo de la madre de Cachafaz. Otras criadas y peones de la estancia, todos mestizos, fueron surgiendo de sus escondites, balbuceando respuestas ininteligibles ó persistiendo en un silencio de terror.

Salió Watson de la casa á tiempo para ver cómo el pequeño Cachafaz venía de los corrales, mirando inquieto á un lado y á otro. De pronto, todos á la vez quisieron relatar al ingeniero lo ocurrido; pero el pequeño se les adelantó con cierta autoridad.

El estaba junto á la patroncita y lo había visto todo. Tres hombres llegaron á todo galope. Cachafaz había salido de la casa atraído por los ladridos de los mastines y oyó los tiros que les daban muerte. Luego vió á un peón que corría hacia los jinetes, sin duda para preguntarles por qué invadían de este modo la estancia. Los tres dispararon sus revólveres contra él y rodó por el suelo.

—Yo me metí corriendo en la casa—continuó el pequeño—. La patroncita fué á salir para ver qué pasaba; pero llegaron los tres hombres malos y le echaron un poncho por la cabeza. Me escondí debajo de una mesa; luego me asomé y vi cómo montaban y se llevaban á la patroncita, que hacía con sus brazos así..., así, debajo del poncho. Y no sé más.

Los otros deseaban contar igualmente sus impresiones, aunque en realidad no habían visto gran cosa, pues se escondieron al caer muerto el peón, permaneciendo ocultos hasta la llegada de Watson. Este, mientras se defendía de tantas personas que le hablaban á la vez, pensó con remordimiento en aquella indecisión que le había hecho vagar junto á las alambradas de la estancia. ¡No haber entrado media hora antes, para estar al lado de Celinda y defenderla!...

Adivinó en los ojos de antilope de Cachafaz que callaba otras cosas y quería decirselas á él, pero á solas. Sonreía el pequeño con desprecio al escuchar cómo los otros daban señas contradictorias describiendo á los asaltantes. Todos creían conocerlos y cada uno lo había visto de distinto modo. Watson le llevó aparte, y empujándose Cachafaz sobre la punta de sus pies, le dijo en voz baja:

—Es Manos Duras el que ha robado á la patroncita. Yo sé dónde la tiene.

Acosado por las preguntas de Ricardo, fué explicándose. Ninguno de los tres hombres que se llevaron á Celinda era Manos Duras. Pero el pequeño, al abandonar su escondrijo, se había deslizado hasta un corral inmediato, trepando á lo más alto de una pirámide de alfalfa seca, guardada para la alimentación de las vacas en invierno. Su cúspide era un lugar de observación, desde el cual podía abarcar un enorme espacio de terreno. Oculto en esta atalaya había visto cómo los tres jinetes se juntaban á gran distancia con otro que parecía aguardarles, y era indudablemente Manos Duras. Luego, los cuatro galopaban en la misma dirección, llevando uno de ellos á la prisionera sobre el delantero de su silla.

También había visto desde la colina de alfalfa cómo llegaba Watson; pero tal era su recelo, que no quiso bajar hasta convencerse de su identidad.

Estas noticias conmovieron á Ricardo tan profundamente, que tardó algún tiempo en poder coordinar sus ideas. Lo primero que pensó fué en la urgencia de buscar á Celinda para libertarla, sin considerar la enorme desproporción de fuerzas entre él y aquellos bandidos. Disponía de un auxiliar, el pequeño Cachafaz, conocedor del sitio donde guardaban oculta á la joven. Esto era lo importante. Recobrarla á mano armada corría de su cuenta. Y con la arrogancia absurda de los enamorados que no reconocen la valía exacta de los obstáculos, montó á caballo é hizo una seña al pequeño para que le acompañase.

De un salto se encaramó Cachafaz en la grupa, agarrándose á las ropas de Watson, y éste metió espuelas á la cabalgadura, haciéndola salir al galope.

Creyendo adivinar Ricardo lo que pensaba el pequeño, así que hubo pasado la alambrada de la estancia se dirigió hacia el rancho de Manos Duras, que muchas veces había visto de lejos.

—Lleva mal rumbo, patroncito—dijo Cachafaz. Y señalando lo más alto de la cortadura que daba sobre el río por la parte de la Pampa, añadió:

—Vamos para allá, al rancho de la India Muerta. Este rancho en ruinas, llamado de «la India Muerta», era célebre en la comarca, y, sin embargo, muy pocos lo habían visitado, pues únicamente servía de refugio á vagabundos deseosos de continuar su marcha sin ser vistos por las gentes del país.

—Allí los encontraremos...—volvió á decir—, si es que no han seguido viaje.

Una sorpresa no menos desagradable que la de Watson cuando llegó á la estancia de Rojas, fué la que experimentó Robledo casi á la misma hora, al regresar á su vivienda, cansado de la inútil busca de su amigo.

Vió sentada en el umbral de su puerta á Sebastiana, que parecía aguardarle, á juzgar por el gesto de satisfacción con que le acogió. El, por su parte, no tuvo menos contento al encontrarla, imaginándose que la enviaba Federico para darle explicaciones sobre su huída. Tal vez este hombre débil había vuelto al lado de su mujer, creyendo una vez más en sus mentirosas explicaciones.

—¿La envía su patrón?... ¿Trae alguna carta de él?

Sebastiana acogió estas preguntas con una extrañeza que hizo dilatarse sus ojos oblicuos.

—¿Qué patrón?... ¿El marqués?... No sé nada de él. Yo creía que estaba aquí. Vengo por otra cosa.

Se había incorporado, suspirando fatigosamente al colocar su corpulencia en sentido vertical, y dijo bajando el tono de su voz:

—No he podido dormir en toda la noche, y aquí estoy, don Manuel, aguardándole para que me conteste una preguntita.

Acogió el ingeniero con una paciencia algo irónica esta consulta; pero apenas la mestiza empezó á hablar, su rostro se transformó, prestando una atención reconcentrada á todas sus palabras.

Cuando hubo terminado el relato de lo visto y oído por ella en la noche anterior, siguió diciendo:

—¿Por qué esa señorona y Manos Duras hablan de mi antigua patroncita?... ¿Qué tiene que ver con ellos mi paloma inocente?... Como yo soy una zonza, que no puede entender muchas cosas, me he dicho: «Voy á ver á don Robledo, el ingeniero, que lo sabe todo. El me dirá...»

Pero Robledo no la escuchaba. Parecía abstraído, y de pronto hizo un gesto de asombro y de inquietud, como si acabase de descubrir una temible verdad. Volvió la espalda á Sebastiana y anduvo velozmente hacia el sitio de donde había venido.

Quedó asombrada la mestiza viendo correr al ingeniero, cada vez más apresuradamente, como si sus palabras le hiciesen temer que podía llegar tarde. Robledo, desde lejos, empezó á hacer signos y á dar voces avisando á don Carlos y al comisario, que aún seguían su conversación en el mismo lugar. Los dos se miraron asombrados al oírle decir con voz jadeante:

—¡A caballo! Lo del aviso de la vaca fué una astucia de Manos Duras para que usted abandonase su estancia. Me temo que algo malo puede ocurrirle á Celinda, y debemos ir allá cuanto antes. ¡Con tal que no lleguemos tarde!...

Estas palabras y otras del ingeniero esparcieron la alarma después de los primeros momentos de estupefacción.

Don Roque fué corriendo á su casa para armarse y montar á caballo. Sus cuatro hombres, avisados por él, hicieron todo lo posible para seguirle; pero sólo tres lograron encontrar montura lista y armas de fuego prestadas por algunos vecinos, abandonando sus sables inútiles.

Mientras Robledo, vuelto á su vivienda, daba prisa al servidor español para que le preparase su caballo y se ceñía el revólver con una canana llena de cartuchos, envió aviso á los capataces de sus obras que vivían cerca y tenían armas. Además, pidió al dueño del boliche un magnífico rifle americano que guardaba oculto debajo de su mostrador.

Otra preocupación de Robledo en aquel momento era impedir que se escapase don Carlos Rojas. Le había obligado á venir con él hasta su casa, aconsejándole prudencia.

—Porque usted llegue allá media hora antes no va á evitar lo que haya ocurrido. En cambio, si va solo, puede verse á merced de esos bandoleros. Un poco de paciencia y saldremos todos juntos.

El estanciero recibía sus consejos con gruñidos impacientes, temblando al mismo tiempo de cólera y de inquietud. Se apartó Robledo unos instantes de la puerta de su casa para ir al encuentro de algunos hombres convocados por él y explicarles lo que debían hacer. Se presentó también el dueño del boliche con el rifle americano, entregándolo solemnemente á su compatriota, como si le confiase toda su familia.

Aprovechó don Carlos este alejamiento momentáneo de Robledo, y saltando sobre su caballo lo hizo salir á todo galope, sin prestar atención á los gritos que acompañaron su fuga.

Después de este acto del impaciente Rojas, se fué organizando la expedición, compuesta de una docena de jinetes, todos con carabinas, y al frente de los cuales se colocaron el ingeniero y el comisario.

La noticia había circulado por el pueblo y acudieron grupos de mujeres y chiquillos para ver la salida de la tropa montada. Cuando el pelotón de





HIPOFOSFITOS SALUD

PARA SER HERMOSA

tiene usted que ser físicamente sana, porque no hay belleza posible sin salud.

Combata usted la inapetencia, la anemia, el decaimiento físico y los males peculiares de su sexo, tomando Jarabe de Hipofosfitos Salud, que es el Reconstituyente de la mujer, y en un mes transformará usted su aspecto, pues lo que usted necesita para tener el color de las rosas y la juventud á su paso, es sangre rica, pura y cálida.

Más de 30 años de éxito creciente Aprobado por la Real Academia de Medicina
AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
 En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

Misterios de la Policía y del Crimen

Pídase á la Administración de esta Revista



La mejor pesca.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JAUICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, LÓCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo. 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

PRENSA GRÁFICA, S. A. Editora de La Esfera * Nuevo Mundo * Mundo Gráfico

TARIFA DE PUBLICIDAD. — 1.º de Junio de 1922

LA ESFERA			
	Línea	Página	
	Plas.	Plas.	
Cubierta			
Primera página interior, línea del cuerpo 7 . . .	3	1.464	
Última página, línea del cuerpo 7	3	1.464	
Sección general			
Línea del cuerpo 7	2	976	
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cuatro columnas de ancho y cada columna en 122 líneas de altura.			
Sección especial			
Línea del cuerpo 7	5	780	
En esta sección se utiliza sólo media página para anuncios, ocupándose la otra media superior con textos literarios, científicos, etc. Se divide en tres columnas de ancho y cada columna en 52 líneas de altura.			
Informaciones artísticas e industriales entre el texto			
Una página	—	1.000	
Media página	—	500	

NUEVO MUNDO			
	Línea	Página	
	Plas.	Plas.	
Cubierta			
Primera página interior, línea del cuerpo 7 . . .	3	1.545	
Segunda página interior, línea del cuerpo 7 . . .	2	1.030	
Última página, línea del cuerpo 7	3	1.545	
Sección general			
Línea del cuerpo 7	1.50	847.50	
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.			
Variedades y reclamos			
Línea del cuerpo 8	10	—	
Una columna	—	900	
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.			
Telegráficos			
Las 15 primeras palabras	3.10	—	
Cada palabra más	0.30	—	
Informaciones gráficas industriales entre el texto			
Una página	—	1.000	
Media página	—	500	

MUNDO GRÁFICO			
	Línea	Página	
	Plas.	Plas.	
Cubierta			
Primera página interior, línea del cuerpo 7 . . .	3	1.515	
Segunda página interior, línea del cuerpo 7 . . .	2	1.030	
Última página, línea del cuerpo 7	3	1.545	
Sección general			
Línea del cuerpo 7	1.50	772.50	
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.			
Reclamos			
Línea del cuerpo 8	10	—	
Una columna	—	900	
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.			
Telegráficos			
Las 15 primeras palabras	3.10	—	
Cada palabra más	0.30	—	
Informaciones gráficas industriales entre el texto			
Una página	—	1.000	
Media página	—	500	

Pídanse á la Administración de Prensa Gráfica, Apartado 571, Madrid, las tarifas con los descuentos y condiciones especiales para grandes propagandas en estas Revistas.

Lea usted hoy sábado
La Novela Semanal

La Esfera

Año IX.-Núm. 453 Madrid, 9 Septiembre 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Interesante portada de la antigua Universidad de Burgo de Osma (Soria), hoy convertida en cuartel de la Guardia Civil

FOT. WUNDERLICK

CIUDADES DE ITALIA

ROMA. En el Foro

Contemplando las ruinas de tu Foro imponente,
 evoco la grandeza que tu pasado encierra:
 de Cicerón escucho la palabra elocuente
 y el rodar victorioso de tu carro de guerra.
 Las águilas triunfantes de tu escudo cesario
 volando por el orbe desgarraron la Historia...
 ¿Quién narrará tus hechos?... ¡Para ello es necesario
 forjar versos bronceados, eternos cual tu gloria!
 Detrás de tus legiones quedó huella imborrable;
 todas las razas sienten la fuerza formidable
 del espíritu inmenso que en tus rasgos descubres;
 que tu loba, la loba consagrada y temida,
 no sólo a Remo y Rómulo dió el néctar de la vida,
 sino que el mundo todo se amamantó en sus ubres.

POMPEYA

Pompeya: yo no sé qué tristeza se advierte
 al contemplar tus ruinas que el Tiempo respetó;
 surgiste, como el Fénix, del seno de la Muerte
 y al surgir, en las piedras tu vida se p'asmó.
 Tus calles solitarias de honda melancolía,
 tus casas y palacios que el volcán sepultó,
 tienen la penetrante y lejana poesía
 de la flor que en las hojas de un libro se agostó.
 Mientras así pensaba, y en tintas purpúreas
 la tarde iba nimbando los cipreses y ruinas,
 mi sueño de poeta en un pórtico vió
 a una joven patricia, como Venus hermosa,
 que al lado de una fuente deshojaba una rosa
 esperando a su amante que jamás retornó.

NÁPOLES

Inmenso anfiteatro de múltiples colores
 que baja suavemente de la montaña al mar,
 tu mar que es un zafiro lleno de resplandores
 que en sus movibles ondas el sol hace temblar.
 ¡Nápoles! Un ensueño entre espumas y flores,
 aire dorado y tibio que nos invita a amar;
 suena la dulce flauta de Fauno en tus alcóres
 y eres una sonrisa de Italia y un cantar.
 La Mañana sus oros desplegó en tu bahía;
 el Vesubio en el cráter su penacho deslía;
 Ischia y Capri se esfuman del ambiente en el tul.
 Islas, cielo, montañas y el mar do te reflejas
 es todo azul..., azul..., tan azul que semejas
 un divino paisaje sobre nácar azul.

FLORENCIA

La ciudad elegante, la heráldica Florencia,
 de herméticos palacios, de artístico tesoro,
 la ciudad de los Médicis que escanciaban la esencia
 del veneno en los vasos esculpidos en oro.
 La de Savonarola que hacía penitencia
 y a la vez conspiraba; la que sintió desdoro
 en su orgullo por Roma, y conquistó su ciencia
 el cetro de las Artes que empuñó con decoro.
 Ciudad de las ciudades, bella como un deseo,
 Madre de Miguel Angel, del Dante y Galileo,
 tempestades de genio y orbes de sentimiento;
 ciudad que de su alma medio guerrera y mística,
 surgió, como una aurora deslumbrante y artística,
 la nítida y marmórea flor del Renacimiento.

VENEZIA

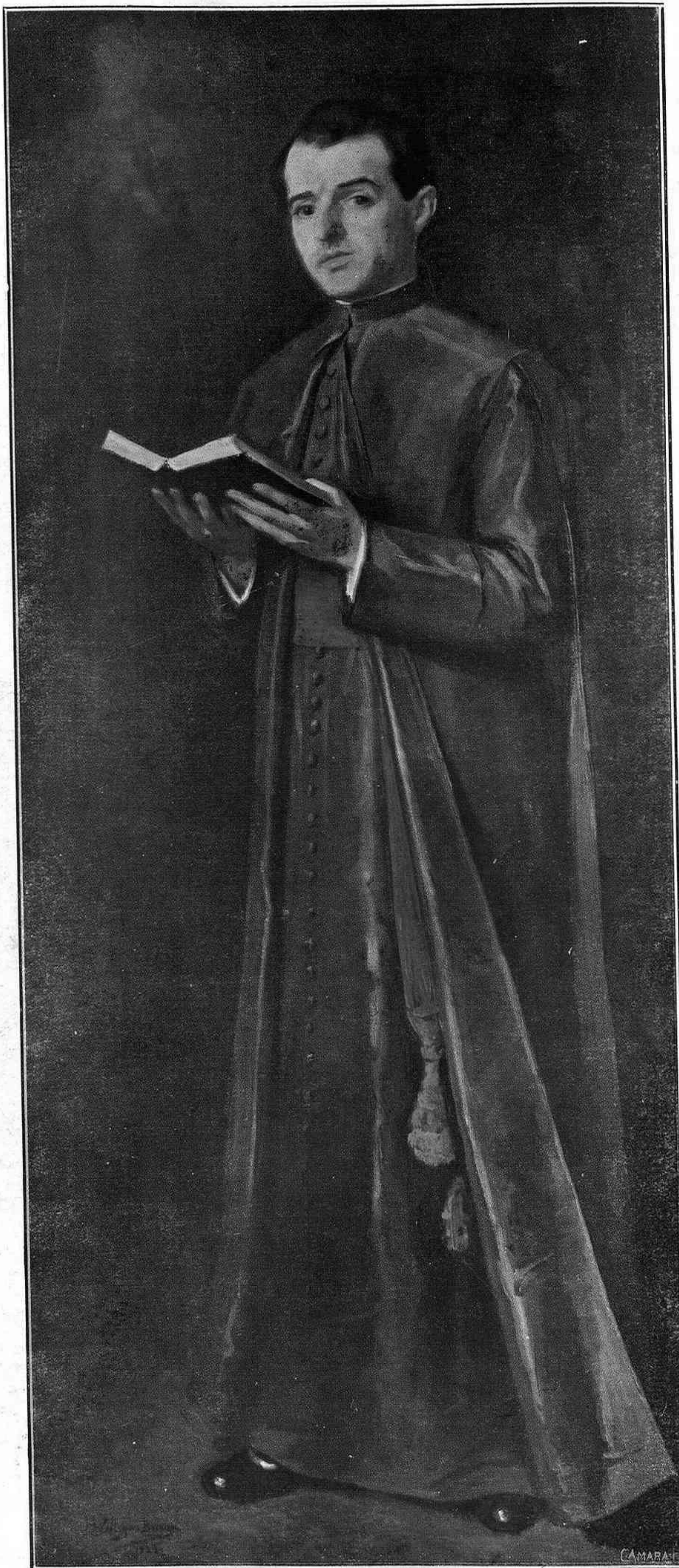
Surgiendo en la esmeralda de tus tersos cristales
 semejas el ensueño de un corsario poeta.
 ¡Qué recuerdos evocan tus dormidos canales
 cuando rima la luna su «nocturno», discreta!
 Constantinopla..., Chipre... ¡Románticos anales!
 Góndolas..., aventuras... ¡Byron, su vida inquieta!
 Dogas empurpurados..., artifices geniales,
 amores, guerras, artes... ¡La Edad Media completa!
 Catedral de San Marcos, pintorescos retiros,
 Palacio de los Duxes, Puente de los Suspiros;
 patria del gran Canova, Ticiano y Tintoretto...
 ¿Qué más, dulce Venecia, que en tierna despedida
 mi pluma de poeta quiera dejar prendida
 en tus bellos recuerdos la perla de un soneto?

EL DUOMO DE MILÁN

Suponed que Cellini consumiera su vida
 haciendo una custodia ricamente labrada,
 y que Dios, satisfecho de labor tan florida,
 en Catedral inmensa dejase transformada,
 y estimaréis la gloria por Milán conseguida.
 ¡Ella, más que por hombres, por ángeles creada,
 parece con cien flechas sobre el azul erguida
 una oración de piedra por la fe cincelada!
 No es San Pedro de Roma, de soberbia grandeza,
 en donde más la mente se reconcentra y reza
 contemplando del Arte selectas maravillas:
 es aquí, en estas naves de arcos bellos y sabios,
 donde sube espontánea la plegaria a los tabios
 y el alma, viendo a Cristo, ¡se pone de rodillas!

Milán, 1922

M. de las Cuevas García.



«Retrato de Monseñor Toda», cuadro de Manuel Villegas Brieva, que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes

DE LA VIDA QUE PASA

ESCENAS DE JUGADORES

Los veraneantes han podido ver este año en San Sebastián un nuevo Casino, fundado con el mayor lujo, con un magnífico y monumental salón de juego. Como ya existía el Gran Casino, y como en Biarritz, San Juan de Luz, Fuenterrabía, Zarauz y Santander hay espléndidas casas de juego, se podría titular á esta costa del Golfo de Vizcaya la «Costa de las Raquetas».

Las personas que hacen por lo regular una vida retirada y formalmente honesta, cuando llegan á uno de estos Casinos se apresuran á visitar los salones destinados al juego. Traen la superstición de los brillantes, perversos y dramáticos espectáculos. Creen de buena fe que en las casas de juego elegantes, del tipo de Monte-Carlo, abundan las escenas y los tipos novelescos, los hombres interesantes, los vicios inusitados y las mujeres extrañamente diabólicas. Pero pronto se convencen de que toda aquella escenografía carece de misterio y de interés. También se convencen de que, como espectáculo, resulta bastante costoso, porque todos ellos dejan unos cuantos duros entre las garras de los *croupiers*.

No. Una sala de juego no es divertida. Y es menos divertida, cuanto más elegante y circunspecta se presente. Para encontrar el picante sabor del melodrama y lo imprevisto y lo pintoresco, es preciso ir más lejos, ó sea á los garitos donde la gente de pro se juega las pestañas al «monte», por ejemplo, ó al también noble y masculino juego de las «siete y media». Claro está que una visita á esos garitos alguna vez resulta demasiado peligrosa, por las zapatistas que pueden sobrevenir; pero las altas emociones es justo que se paguen á alto precio.

Una sala de juego moderna, lujosa y elegante, es el sitio donde un espectador que no sea imbécil se aburre hasta la idiotez. Sólo se divierten los jugadores, los que se llaman «los puntos». Sí. Estos se divierten mucho. Sentados a la mesa, con un cenicerito y un montón de fichas al alcance de la mano, con una tarjeta de puntuaciones y un cigarro puro que quema los labios y ayuda á excitar los nervios hasta el paroxismo, el jugador, en efecto, es un hombre que se distrae enormemente. Se le pasan las horas volando. Y una vez que agota como un buen luchador todas sus municiones, cuando se levanta con los ojos inyectados y la cara roja por la excitación (y sin una peseta en los bolsillos), entonces nadie pone en duda la evidencia de que ese pobre hombre se ha divertido mucho.

Yo no puedo vagar por entre las colmadas mesas de un salón de juego sin caer en la maníptica ilusión de figurarme que los jugadores, todos tan serios y formales, tan correctos y asiduos, son unos majaderos. Para desvanecer esta especie de alucinación procuro demostrarme á mí mismo

que aquel que acaba de perder dos fichas de cien pesetas es un honorable comerciante, y aquel otro que masca con irreprímible nerviosidad su puro apagado es un respetable rentista, y el otro de al lado, el que después de haber perdido todo su dinero está rascándose con disimulo los bolsillos con un encantador aire de perplejidad, ese es precisamente un señor que yo conozco por la fama que tiene entre los amigos de ser muy inteligente, muy listo.

Pero no consigo nada. A pesar de mis esfuerzos, la especie de alucinación continúa. Y sigo creyendo, mientras permanezco en la sala, que las mesas de la ruleta, del *baccarat* y del treinta y cuarenta se han poblado maravillosamente de majaderos.

La actitud grave, correcta y suficiente que adoptan los jugadores ante la mesa de juego, yo no puedo contemplarla con tranquilidad. Parece que estuvieran haciendo alguna difícil tarea social, ó que fueran personajes en funciones. El ridículo de esa actitud puede más en mí que ninguna otra reflexión.

Esos hombres tan serios, tan formales, que apuntan las jugadas con tanta circunspección y ponen un gesto tan pensativo frente á las manipulaciones de los *croupiers*, esos están per-

diendo las rentas de los cortijos, el fruto de los olivares, el rendimiento de las fábricas y de las tiendas, ó simplemente el sueldo particular del último mes. Y ese crimen (en el año 1922, el acto de jugarse en una hora el sudor de los cortijeros y de los gañanes, puede sin vacilación llamarse crimen), ese crimen lo perpetra ese respetable señor con la seriedad de un jumento. ¡Imbécil!

Cuando sobre mi labio superior apenas apuntaba el bigote, yo era un modestísimo empleado en Valencia. Había en mi oficina un simpático colega, oriundo de Málaga, cuya afición por el juego le llevaba á los mayores afanes, incluso el del proselitismo. Concluyó por vencer mi resistencia con la conocida maniobra silogística que dice: Cuatro pesetas en tu bolsillo no te llevan á ninguna parte; supón que las has tirado al mar; pero si logras darles unos cuantos golpes doblando á las cuatro pesetas, posees efectivamente una cantidad que vale la pena...

Y marchábamos los dos con mucho misterio y grandes ilusiones á un garito de la calle de Ruzafa, donde para entrar era preciso decir una contraseña y ascender por escaleras algo envesadas. Allí, en unos cuartuchos vagamente tenebrosos, los arroceros de la Albufera, los tratan-

tantes en naranjas, los tahures de todo pelaje, entregábanse á la noble tarea de extraerse los duros unos á otros.

Allí daba gusto perder las cuatro pesetas.

Allí había interés, misterio, peligro y una atmósfera de tabaco recio mezclado con terminantes interjecciones. Y algunas bromas alegres de buena amistad. Y también alguna vez unas bofetadas, con amago de echar mano á la pistola...

Allí se jugaba á la antigua escuela, y aquello, verdaderamente, merecía verse y vivirse.

Mientras que en las salas de juego elegantes sólo contemplamos una correcta seriedad que hace más feo el crimen, más idiota el crimen de estar perdiendo tranquilamente el importe del sudor de los cortijeros, de los mineros, de los inquilinos; de todos, en fin, los desgraciados que se preocupan de trabajar honradamente para otros.

A veces llega el amigo officioso á decirnos entre aspavientos:

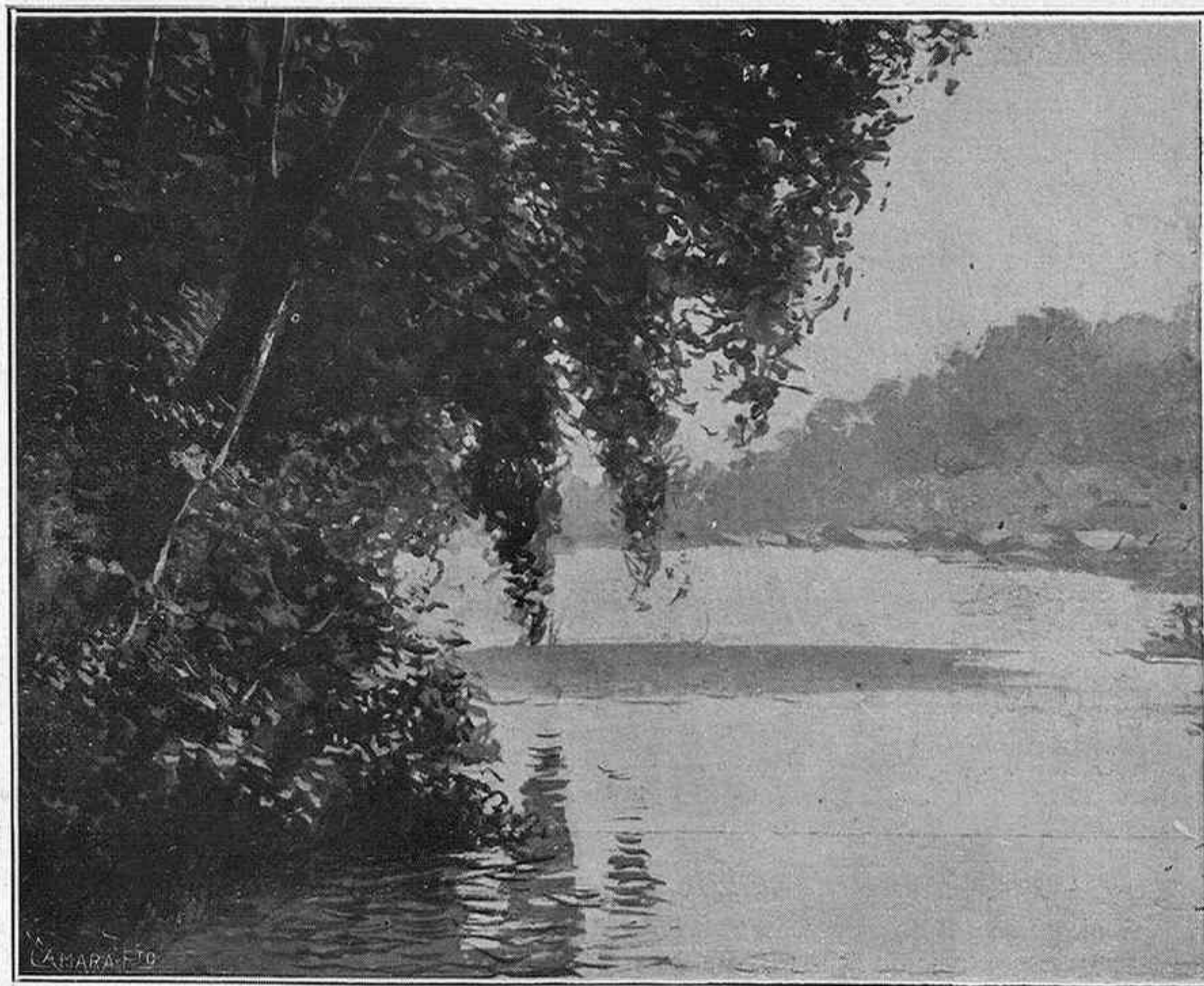
—¡Corra usted á ver en aquella mesa cómo un señor está jugando puestas de mil y de cinco mil pesetas! ¡Oh! ¡Es de lo más divertido!...

Pero á mí, en vez de divertirme, me dan ganas de aplastarle la sersa al fastuoso jugador.

¡Cuánto dolor se podría evitar con cada una de sus puestas! ¡Cuánta felicidad huye malograda en cada una de esas fichas de mil pesetas! ¡Cuántas páginas tiene que llenar un pobre diablo de escritor para ganar esas cinco mil pesetas que ese hombre acaba de perder con gesto impasible!

José M.^a SALAVERRIA

EL SAUCE



De sus péndulas ramas, que caen sin consuelo,
perennemente fluye doliente poesía;
bajo la inescrutable concavidad del cielo,
para el poeta este árbol es la Melancolía...

A sus plantas el río se desliza riente,
y su risa estimula del paisaje la gracia...
¡Frívola fiesta!... El sauce, desmelenadamente,
mantiene su tristeza como una aristocracia.

Y así da simbolismo casi humano á su pena
cuando todo en el mundo se olvida ó se derrumba:
cubre de Bonaparte la fosa en Santa Helena,
y llora con Alfredo de Musset en la tumba...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ALEGRÍA DE ANDAR

LOS SACERDOTES DE LA LUZ

DIEZ días hace que el paquebote singla, de rechamento, hacia Europa; diez días admirables, en los cuales, á excepción de la raya blanca de la estela, á su alrededor todo fué azul. El paisaje, sin embargo, nunca acaba de sentirse tranquilo, y la inquietud disimulada que inspiran las travesías de altura se hiperestesia con la monotonía de la ruta y el deseo, súbitamente exasperado, «de llegar».

Ha terminado la comida, y los viajeros se dan prisa en subir al puente. Nada más bello que la agonía de una tarde estival: el añil celeste desfallece y un estremecimiento violeta recorre el espacio; las olas se han oscurecido y el piélago adquiere un aspecto viscoso, lleno de augurios malos. El horizonte acaba de borrarse. Surgen las primeras estrellas, remotas, lívidas... De pronto, abajo, casi á ras del mar, una gran luz brillante se enciende, se apaga, como saludando al navio. A la vez, todos los pasajeros repiten:

—¡Un faro!... ¡Un faro!...

Y aquella claridad, por la alegría que consigo trae, más que la cara parece iluminarles el corazón. Durante mucho tiempo—mientras sea visible—nadie se aburrirá, nadie tendrá miedo, y los pensamientos de la comunidad acudirán á ella como maripositas. El faro, entre tanto...

—Tened paciencia—dice—. Yo sabía vuestra llegada y me adelanté á mostraros el camino del puerto. Mi misión es hacer bien, consolar, guiar; por lo mismo os aconsejo huir de mí, porque yo, que desde lejos reparto la vida, de cerca doy la muerte: yo soy el escollo, soy el naufragio...

Y, en efecto, los navegantes, que lo saben, se apartan de él; y la Humanidad trashumante, hecha de frivolidad y de ingratitud, no dedica ni siquiera un recuerdo á los hombres que viven allí.

—Pero...—le pregunta al cronista su corazón—, vivir en un faro, ¿es vivir?...

Y ante la espantosa duda de esta interrogación, el alma se ha llenado de dolor y no ha respondido.

Plantados en los lugares más avanzados, abruptos y terribles de la costa; en aquellos arrecifes tendidos, como brazos convulsos, hacia el mar, ó sobre islotes rocosos y enhiestos, buenos únicamente para refugio de gaviotas; en los parajes más inhospitalarios y de mayor peligro, sobre la cumbre expuesta á la flagelación de todos los vientos, ó abajo, donde el tableteo de la resaca es más horripando, y las olas más rudas y más altas, allí los faros abren su pupila bienhechora, en cuya luminaria hay una generosidad de Evangelio. A juzgarlos por el sitio en que están, parecen malditos; pesa sobre ellos una proscrición; la tierra los aleja de sí, los despiden, y el mar no los quiere; pero no por esto cejan ellos en su labor misericordiosa; y siempre, lo mismo en la placidez de las noches lunadas que bajo el espanto negro de la borrasca, su cuerpo erecto, cilíndrico y blanco, se eleva semejante á un dedo que dictase un consejo.

El cargo de torrero no es, como muchos creen, un destino civil, sino un puesto que requiere conocimientos especiales, y se obtiene por oposición, y que nunca se otorga sin que antes el agraciado haya cumplido gratuitamente—ó, lo que es igual, á sus propias expensas—cinco meses de práctica. Pero la parte técnica es lo de menos: lo primordial, lo que hace de este oficio obscuro algo sublime y heroico, es «su parte moral».

La psicometría ha probado que el hombre deja mucho de sí mismo en cuantos objetos le rodean, y que éstos, á su vez, reaccionan sobre aquél, y le influncian cual si dotados se hallasen de vida y voluntad propias. En atención al

—Si no luciese—piensa el torrero—, nadie sabría que estoy aquí...

De este fanatismo participan su mujer y sus hijos. El faro es el dios penate, el fetiche. Precisa cuidarlo, limpiar sus cristales para que luzcan bien, lubricar los engranajes para que su isocronía sea perfecta. La vida del faro absorbe, embebe, la de todos: es el «cabeza de familia», es el pan; es también el honor. Si una noche de tempestad su resplandor cesase; si de pronto su pupila se apagase sobre la tragedia de un barco que pide auxilio, todos los habitantes del faro querrian suicidarse. El faro es como una lámpara de leyenda que, en lugar de aceite, bebiese sangre, y todos sus servidores se arrebataban el honor de darle la

suya.

Ejemplos de esta devoción, rayana en fanatismo, hay muchísimos.

En un faro—citaré este caso modelo—de los más aislados, vivía el torrero, que era viudo, con sus ocho hijos; el mayor—una niña—, de catorce años. De tristeza, tal vez, el padre comenzó á enfermar y falleció una sobretarde. A su alrededor, en medio del espantoso aislamiento del promontorio frente al mar, que empezaba á nublar, los ocho huerfanitos lloraban a coro, arrojados, los inermes brazos abiertos, los rostros implorantes vueltos hacia arriba, hacia el camino por donde nos cuentan que las almas emigran... De pronto, la primogénita, la que acaso por más consciente sufría más, se levantó; algo muy viril, muy alto, acababa de imponerse á su dolor; sus ojos se habían secado.

—¡El faro!—pensó.

Era la hora en que su padre encendía la luz santa; y sin que ni su cora-

zón ni sus pies vacilasen, la pobre niña, á quien la obligación acababa de convertir en mujer, subió á la torre y prendió la linterna. Luego, con sus propias manos, que aquella noche envejecieron, amortajó el cadáver, y á la mañana siguiente escribió en el «Libro» de la oficina, como su padre hacía: «Sin novedad.»

Un amigo nuestro, D. José Rial, torrero del faro de la isleta de Gran Canaria, ha sabido expresarme con hechos, por desgracia demasiado elocuentes, las vicisitudes, los riesgos y á veces las tragedias folletinescas que manchan de rojo y de hollín la biografía de estos admirables héroes ignorados.

—La vida de Robinson Crusó, ó la de los vagabundos de Julio Verne, es nuestra propia vida—explica Rial, á quien hemos ido á visitar en su atalaya—; mire á su alrededor y convénzase de lo bien que nuestra hermana «la Soledad», la más envolvente y celosa de las amantes, nos rodea y aísla; no obstante ser éste uno de los faros «más acompañados», digámoslo así, de los ciento noventa y cinco que guarnecen las costas españolas. Por lo mismo un torrero, además de poseer un extraordinario espíritu de adaptación, necesitará entender de todo, porque «á todo» ha de obligarlo el desolado ambiente en que está: sabrá guisar, entenderá de carpinte-



lugar que ocupan, los faros se dividen en faros «de población», «aislados» y «muy aislados», situados muchos de éstos á veinte y á treinta kilómetros del pueblo más próximo, y sin otro auxilio que el barco que les aprovisiona de víveres y de agua potable cada quince días—ó cada mes—, según el estado del mar.

En medio de tan tremendo aislamiento, el torrero—y con él su familia—empieza mandando en el faro, y no tarda en sentirse siervo suyo. Aquella torre monótona, hermética, cautelosamente va acaparándole el alma; empezó considerándola como un deber y acabó amándola y temiéndola; es su obsesión, su frenesí. En el curso del día, mientras luce el sol, el torrero, sin darse cuenta, suele mirar hacia la linterna como sorprendido de verla apagada; la encuentra fría; le parece que está enferma...; y así, cuando llega la hora de encenderla subconscientemente también siente una alegría. La soledad que le circunda acucia esta emoción. Aquella luz, resplandeciendo en el enigma de la noche, es su voz, lo que delata su presencia, el pañuelo con que su alma entera, puesta en puntillas, saluda á la vida que pasa á lo lejos. Aquella claridad que hunde en la vastedad negra su grito de plata, es alegre como un cohete y sencilla y confortadora como una oración.

CAMARA-FOTO

R. V. 1911

ría y de mecánica, aprenderá á cuidar hortalizas, si por casualidad feliz tropieza en los alrededores pedregosos del faro con algún trozo de tierra cultivable; y también á echar una red y á encebar un anzuelo, pues durante larguísimas temporadas la pesca constituye nuestra única alimentación; y necesitará, asimismo, estudiar algo de Medicina, ligar una vena, entablillar una pierna rota..., ¡y aun asistir á un parto!..., pues á estas eventualidades y aun á otras peores se halla expuesto.

Luego, á borbotones, con la facundia de quien tiene mucho que contar, refiere lances calofriantes, insoñados, de bravura temeraria ó de dolor estoico, muy superiores á cuanto de más truculento imaginaron los autores de obras de *Grand-Guignol*.

Recordaré uno de ellos:

En la isla Colibrí, la mayor de las cuatro que componen el archipiélago Columbretes, situado á treinta millas de las costas de Castellón, se levanta un faro clasificado entre los de «primer orden». La disposición de estos islotes, rodeados de sirtes y peñascos peligrosísimos, asusta á los navegantes, al extremo de que en las épocas de mal tiempo llegaron á permanecer absolutamente aislados treinta y cuarenta días. En esta Santa Helena del Mediterráneo, no menos trágica que la Santa Helena napoleónica, cuatro torreros, todos con familia, arrastran su existencia carcelaria.

Un día de tempestad, aquellos cuatro héroes, después de terribles esfuerzos, lograron salvar de las olas ocho marineros de la dotación de un buque perdido. Así termina el que pudiéramos llamar «primer acto» de este formidable drama salvaje. En el segundo acto aparece el hambre, no menos terrible que la borrasca, y con el deseo de vivir nace en todos los habitantes del is-

lote el deseo de matar. El temporal no amaina y ha limpiado las rocas de mariscos, las tinajas del agua están secas, y el aire salitroso reseca las fauces: los hombres se miran sedientos, hambrientos; miran, sobre todo, con extraviados ojos, á los niños... En el «tercer acto», el caníbal que todo civilizado lleva dentro renace: los naufragos se olvidan de cuánto deben á sus salvadores; su debilidad física de los primeros días se ha trocado en cólera, en vértigo; no razonan, no oyen..., y sobre los dientes, ansiosos de morder, los labios lívidos se crispan, se recogen con una mueca atávica. Uno de ellos se atreve á decir:

—Mataremos á un niño...

Y en el acto todos sus compañeros corrieron hacia él, con un furor de jauría, dispuestos á ayudarlo. Los torreros entonces, á quienes el amor á los suyos libraba aún de la locura antropofágica, se encerraron con sus familias en sus respectivos faros y en el islote comenzaron á repetir esas horribles escenas de asedio y acoso de los cuentistas rusos, cuando nos presentan unos viajeros refugiados en una caseta rodeada de lobos, porque aquellos ocho naufragos eran lobos...

Afortunadamente los auxilios tantas veces pedidos llegaron á tiempo de evitar la hecatombe; pero ya una de aquellas cuatro madres, de terror, se había vuelto loca.

Y no hablemos de otras tragedias menos teatrales quizá, pero tan intensas en su horror como la descrita:

La del faro del Caballo, en Santander, cuyo guardián, después de salvar á seis supervivientes de un naufragio, pereció abrazado por la séptima persona que su heroísmo intentó librar; la del señor Barrera, que, por falta de medicinas y de asistencia médica, vió morir entre sus bra-

zos cinco ó seis hijos; la de aquella infeliz esposa de un torrero del faro de La Hormiga, que se marchó á tierra en una barca en busca de alimentos, y al regresar vió que á su marido y á sus hijos la borrasca se los había llevado; ó la de aquel otro torrero que para enterrar á su hijo necesitó hacer con tablas viejas y por sus propias manos un ataúd, que luego, mientras lloraba, pintó de blanco...

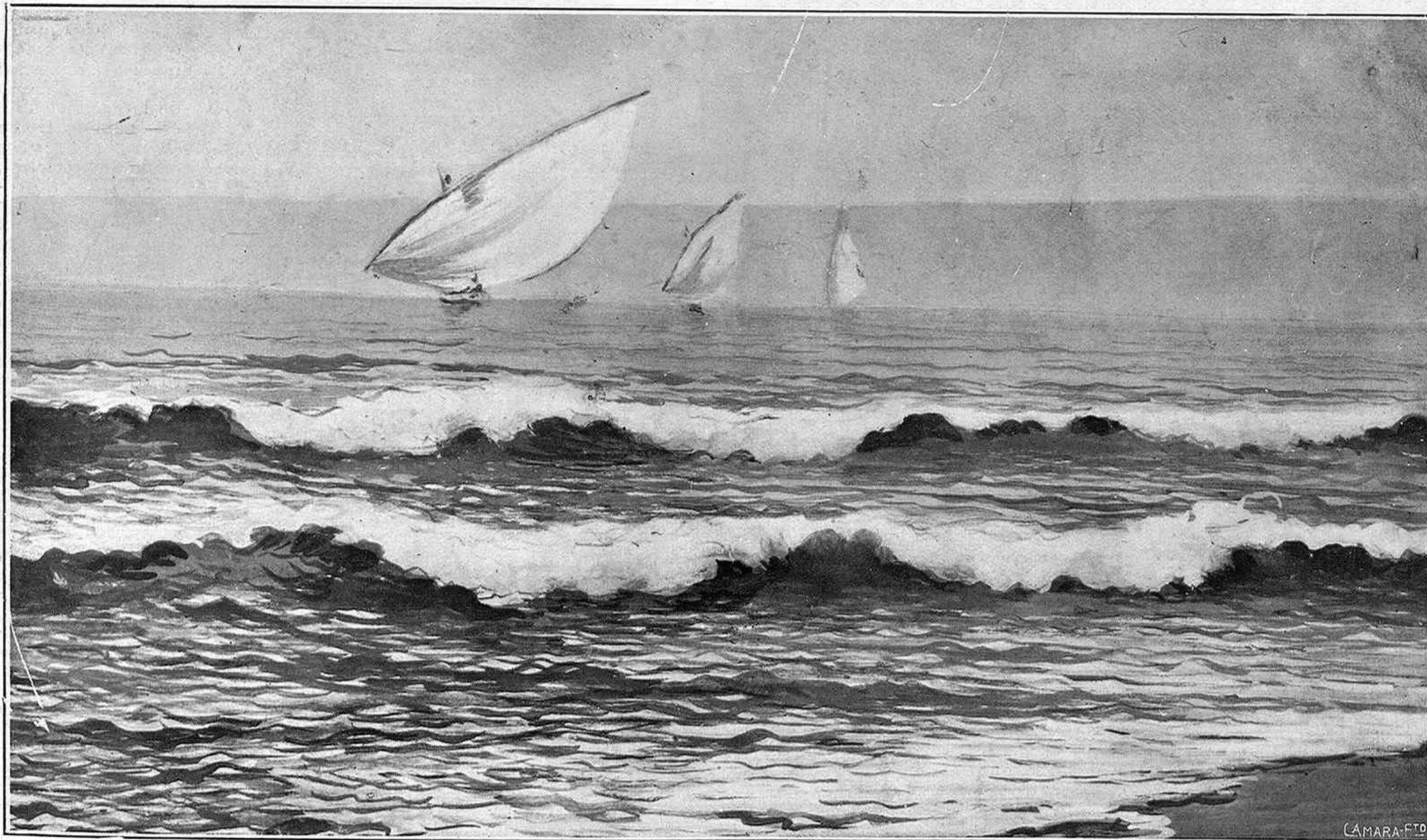
Porque, de todos los fieros dolores que asae-tean á estos hombres ejemplares, la preocupación de los hijos no es el menor: esos niños que si enferman no sabrán cómo curarlos, porque nuestros ministros de Fomento no pensaron todavía en dotar á los faros de botiquines; que si fallecen no tendrán quién los entierre; y que si milagrosamente se salvan, no tendrán quién los eduque..., porque conviene decirlo para que la Nación se avergüence, una vez más, de sus gobernantes: la mayoría de esos funcionarios beneméritos cobran «treinta y ocho» y «cuarenta y dos» duros mensuales; y ¡claro es!, que con tales sueldos irrisorios no pueden pagarse el lujo —si esto es un lujo— de enviar á sus hijos al colegio.

El cronista, cuyos gustos andariegos le llevaron á hablar con muchos torreros, y gracias á ello pudo conocer muy de cerca la historia de esos filántropos prácticos, en quienes el Deber tiene la fuerza inexorable de un rito, de esos mártires que no para matar á un semejante, sino para salvarle, saben jugarse la vida sin bambolla, le asegura á usted, lector, que en los faros el heroísmo del defensor de Tarifa, don Alonso de Guzmán, no llama la atención.

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE VERDUGO LANDI

¡THALASSA!



Sobre la mar azul hay sonrisas de oro...,
cantos de olas..., brillos de candidas estelas...,
plata de espumas..., coros de sirenas..., sonoro
viento salobre... y blancas naves de blancas velas...
«¡Thalassa!», grita el alma. El mar, jamplo tesoro!
¡La armonía del cielo, azul de inmensidad,
y el agua — el agua azul de tan profunda —, plena
de luz y de belleza, bajo la eternidad!
Pasa el ritmo del orbe por la onda serena.

Y sentimos que en todo alienta una deidad.
El viento infla las lonas sobre los masteleros,
magnífico y sonoro, como en el caracol.
¡Y nos damos al mar de inúmeros senderos,
bañados en la entraña cristalina del sol,
sencillos y esforzados, como los marineros!

Conil, 1908

Ratael LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

CUENTOS DE "LA ESFERA"

HACIA EL MAR

La chica más guapa de Fontanar del Monte era Lorencica, la hija del Sr. Lorenzo, el veterinario, y de la señora Mónica, la costurera. Ningún matrimonio había en Fontanar tan bien avenido y tan aprovechado como el de los Melgares, que así se apellidaba el señor Lorenzo. Honrados y laboriosos, bien parecidos y rebosando salud, D. Augusto, el médico, se decía al mirarlos: «Esta es la raza fuerte de Castilla, tronco sano y pletórico de savia, manantial purísimo de estirpes.» Era bastante leído el médico de Fontanar, y hasta parece que versificaba un poco.

D. Augusto, solterón austero, le había tomado tal cariño á Lorencica, que se pasaba el tiempo que había de perder en el Casino ó en la botica dándole lecciones. Cuanto llegó á saber ella de cuentas, de geografía y de gramática, al originalísimo galeno se lo debió.

D. Augusto no pudo concluir su obra, pues cuando Lorencica iba á cumplir los doce años desapareció aquél de este mundo. Pero ya había arañado bastante en la corteza castellana de Lorencica, y alguno que otro grano de curiosidad y de ensueño prendía en la muchacha con vigor. Por don Augusto sabía ésta tantas cosas, que en el pueblo, sin el menor asomo de burla, la llamaban «La Sabia». ¡Quién escribía en Fontanar las cartas difíciles que debían llevar la letra clarita y las razones más claras aún? Lorencica. Y también era Lorencica la que leía las que llegaban de fuera. Las novias y las madres la bendecían como á una santa.

El Sr. Lorenzo, que con los años y el dinero—pues alguno había apañado ya—iba haciéndose ambicioso y calculador, solía decirle á su mujer:

—Esta chica se casará con quien nos dé la gana. No hay más que echar el ojo... Y el labrador más rico ó el ganadero con más de «acá» será pa Lorencica.

La señora Mónica asentía:

—Una perla tenemos por hija. Hay que ver si es maja y si tié cosas en la cabeza... Yo no encuentro á quién dársela...

—Yo, sí. Yo, sí...—murmuraba el Sr. Lorenzo ladinamente—. Pero, paciencia, que sólo tié diez y seis años. Dos más, y la caso. ¡Vaya si la caso!



Lorencica era una paleta; pero una paleta afinada, que si en realidad sabía muy poco de todo—aunque fuese «La Sabia» de su pueblo—, en cambio sospechaba y presentía cosas que nadie barruntaba, ni por asomos, en Fontanar. Las lecciones del médico de Castilla le habían hecho presentir las rutas azules y misteriosas del mar. ¡El mar, el mar!...

Entretanto, la hija del Sr. Lorenzo iba rechazando amores porque no le gustaba nadie de su pueblo. Todos los mozos de Fontanar le daban un poco de miedo. Además—ella se lo decía muy bajito—, ¡eran tan brutos!... Precisamente entonces el Sr. Lorenzo y Blas Balmaña, el labrador más rico de La Cepeda, comenzaron á intimar y á andar siempre juntos.

Y como el Sr. Lorenzo, á los cincuenta años, era todavía un buen mozo, tan buen mozo que daba orgullo verle y pensar «este es mi padre», pues resultaba más feo aún, más achaparrado y ridículo el ricachón de La Cepeda. El cual,

por momentos, se ponía á mirarla con los ojos derretidos y relamiéndose la boca húmeda... ¡Por qué la miraba así el tío Blas?

La señora Mónica hubo de reprenderla:

—Don Blas has de decir, Lorencica, que por las tierras y dineros que tié bien merece el don...

—Tío y retío le llamaré siempre, madre, que por lo feísimo y lo mazorrero que es y por el asco que le tengo, no se merece otro título.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, Lorencica, y tanto vales cuanto tienes... Conque ya lo sabes...

—¿Qué quiere usted decir, madre?

—Na, hija mía de mis entrañas, sino lo que estás cavilando...

Lorencica encendióse en cólera y en rubor.

—¿Ustés..., ustés querían que ese tío me siguiá mirando?

Y como el gesto de la señora Mónica respondiese: «Pues si lo hacemos to pa que te mire», Lorencica salió corriendo de la casa y no paró hasta un campo distante y solitario, donde pudo llorar á sus anchas, jurándose que no sería nunca la mujer del tío Balmaña; pero nunca; lo que se decía nunca...

ooo

«¡Dios mío!—pensaba Lorencica— de manera que ya estoy casá con el tío Balmaña, que va ahí, frente á mí, en este tren que nos lleva á los Madriles? ¡Qué falta pa llegar? Unas cua-

tro horas... Por qué no habré tenío alma pa tirarme al pozo ó pa colgarme de una viga de la cuadra? No sé si fué mieo ó esperanza de no sé qué, de un milagro, ó de que estuviá soñando lo que me ocurría... ¡Pero será cierto lo que han hecho conmigo? ¡Ay, sí! Tasca el freno, Lorencica Balmaña, que ya no eres Lorencica... Los roñazos y los golpes de padre; las retahilas de insultos y las amenazas de madre y hasta los consejos del señor cura, que paece mentirá que haya querío juntar una criatura de Dios con otra del mismísimo Satanás, me han traío á esta vergüenza y este horror. ¡Estoy casá con un hombre que me horripila, que me da asco! Si el pobre D. Augusto me viese ahora, creo que se volvería á morir...»

Así iba cavilando la pobre, la infelice Lorencica, mientras el tren tragaba kilómetros aproximándose á Madrid. ¡Si el viaje durase eternamente! ¡Pero Lorencica sabía perfectamente que el tiempo se gasta, que los campos conclu-

yen y que las ciudades aparecen, por fin, dispuestas á encubrirlo todo por dinero... Y el tío Balmaña tenía tanto dinero, ¡tanto!... Ahí mismo, al lado de ella, en una maletita comprada en la capital, iban joyas y billetes. Lorencica la palpó. ¡Qué largo viaje podría hacerse con lo que había allí!

Y volvían á los ojos las lágrimas y á la tabla del pecho el vocablo del corazón. «No. Yo no pueo... Yo abro la portezuela al paso de un túnel y me estrello... Si no hubié gente... Pero si no hubié gente, «él» me hablaría y se vendría á mi vera...»

Y «él», con una diplomacia cazorra, sin revelar curiosidad ni impaciencia, iba fumando cigarro tras cigarro y haciendo la digestión laboriosa del festín de la boda... Estaba verdaderamente monstruoso el señor Blas Balmaña... Lorencica sólo de reojo lo miraba, y su miedo crecía conforme más iba conociendo aquella cara repulsiva y grotesca que ya tenía para siempre delante de sus ojos... ¡Para siempre!

Segufan los campos amarillentos, los pueblos terrosos, achaparrados en la llanura... A veces pasaba otro tren en sentido contrario: algún tren que se escapaba de Castilla, que iba hacia los campos verdes y húmedos del Norte, tal vez más lejos, hasta el mar... ¡Oh, angustia! ¡Por qué no iba ella en uno de aquellos trenes? ¡Por qué, aprovechando el sueño de Balmaña, no cogía la maleta chica, la de las joyas y el dinero, y se escapaba... ¡Era tan fácil! El tío Blas dormía profundamente, y una campesina vieja que iba al otro extremo del coche dormitaba también... ¡Era tan fácil huir! Ella, «La Sabia», no le tenía miedo al mundo. Con dinero llegaría hasta el mar; con dinero subiría á un barco. ¡Si tuviera valor!... Se pasó una mano por la frente y se acercó á la ventanilla, buscando aire y buscando luz.

Ruido, voces y un torrente de luces. Una estación grande que no era Madrid. Al otro lado, otros coches, otra máquina que, según los rótulos, iban á Santander, á Vigo, á la Coruña; es decir, hasta el mar... Era tarde. Era imposible... Con la sacudida del tren y con el tráfico de la estación el tío Balmaña había abierto los ojos. «La Sabia» se acurrucó, vencida, en su asiento, aceptando su cruz...

Pero Balmaña volvió á cerrar los ojos y á roncar, con la cabeza caída en el pecho y las dos manos rojas y mantecosas sobre el vientre... ¡Qué faltaba para llegar á Madrid? Una hora, á lo sumo... Lorencica miró á la campesina vieja que iba al otro extremo del coche. No dormía, pero rezaba, al parecer extasiada. Lorencica tomó el maletín, y mirando al tío Balmaña, petrificado en su sueño de bestia dichosa, abrió con lentitud la puerta, bajó al andén, cruzóle y fué á refugiarse en uno de los coches de segunda del tren contrario, el que tenía una portezuela abierta y varios puestos vacíos... esperándola. Aunque el paso de un tren á otro se le antojó larguísimo, no tembló hasta encontrarse sentada, con el maletín sobre el regazo y los ojos fijos en un viajero joven que la miraba con curiosidad sonriente... ¡Ay, si despertase entonces el tío Balmaña! ¡Cómo serían sus gritos, sus matotazos, sus blasfemias! Tembló calculándolo... Un sudor frío empapaba su camisa de novia y una angustia de agonizante debía de reflejarse en su cara, porque el viajero joven insinuó el ademán de querer sostenerla... Hizo un esfuerzo y sonrió como si acabase de sobreponerse á un desmayo. ¡Ay! ¡Que no la tomasen por una ladrona! El ladrón era él, que había querido robarle el tesoro de la vida, la juventud... En esto vibró una sirena, sonó un pito, hubo un estremecimiento de ejes y de ruedas, y uno de los dos trenes comenzó á andar lentamente, tan lentamente que no se sabía cuál era de entrambos el que se alejaba de la estación.

Era el que, llanura adentro, marchaba hacia Madrid. Cuando pasó ante sus ojos el furgón de cola, Lorencica se asomó á la ventanilla cautamente, no fueran á surgir de súbito los brazos del tío Balmaña agitándose en el aire mientras sus voces estentóreas pedirían auxilio. No vió nada; no oyó nada... La noche de Junio era suave y azul. El tren en que se alejaba dormido el tío Balmaña se borró totalmente en la noche. Lorencica arqueó el pecho para respirar mejor. También su tren partía entonces, dejando atrás la tierra seca de Castilla y corriendo hacia las rutas salvadoras del mar.

ALBERTO INSUA

DIBUJOS DE ECHEA



ORILLAS DEL PADRE TAJO

EL BAÑO DE LA CAVA

CONOCIDA de todos, y por conocida casi olvidada ya, es la tradición del baño de la Cava, que, irradiando de la historia local de Toledo, ha trascendido á la historia general de España...

La caída y derrumbamiento de las instituciones góticas va adscrita en la memoria del pueblo español á los devaneos y perdición moral del Rey Don Rodrigo con la hija bella é impura del conde don Julián...

El pueblo español, como casi todos los pueblos, tiene un instinto claro y preciso de la justicia... Y quizá por ello, pese á todos los afanes de los críticos históricos en reivindicar la memoria del Rey Don Rodrigo, probando que cuando los árabes invadieron asoladoramente la España, contaba ochenta y siete años y, octogenario y caduco, mal estaría para liviandades con la gentil Florinda..., el pueblo sigue en sus tradiciones achacando la rota del Guadalete y el derrumbamiento del imperio gótico á los amoríos, impropios de un rey guerrero, de Don Rodrigo con la Cava... Y acaso en el derrumbamiento de otros poderíos tenga no poca parte, recientemente, la incontinencia y el vicio de los que estaban comprometidos á sostenerlos. Es evidente que la concupiscencia abate la moral de los hombres y que los peores enemigos de los imperios no son los berberiscos ó rifeños que puedan tener en jaque á sus ejércitos, sino los propios encargados de defender y guardar esos imperios...

Cuando en Toledo visitáis las ruinas del torreón y del puente árabes; cuando reconstruís en la mente el palacio del conde don Julián y ese torreón desmoronado que popularmente se llama «el baño de la Cava», evocáis la figura de Florinda, que con su belleza desnuda embelesó desde el baño los ojos y la fantasía del Rey Don Rodrigo, trocándole en juguete de sus devaneos, y haciéndole que rematase en las márgenes del Guadalete la catástrofe histórica que se incubara y esbozara allí en las orillas del padre Tajo...

La vista de aquella mujer hermosa que enar-



Torreón del puente árabe, tal como se conserva en ruinas

decidió los sentidos pecadores del Rey godo, al contemplarla desde su palacio almenado (que, cedido luego por D.^a María de Molina á D. Gonzalo Ruíz de Toledo, fué convertido en convento de San Agustín), fué el punto inicial por donde vino la descomposición y podredumbre del reino de España...

¿Qué extraño es que haya atribuído el pueblo tradiciones lúgubres y trágicas á todo lo que recuerda aquel período de nuestra historia?... Así ha quedado en el pueblo toledano la tradición de Don Rodrigo ermitaño, retirado á un cen-

bio para hacer penitencia y expiar aquel devaneo que vino á ser trágico para su reino...

Y así ha quedado la tradición de Florinda, que vivió muchos años «loca de dolor y de vergüenza», recorriendo en las noches sombrías los empinados callejones de Toledo, desmelenada y vesánica, clamando palabras inconexas, siendo el asombro y el terror de los escasos transeúntes que cruzaban las angostas y mal alumbradas callejuelas, huyendo, huyendo siempre, en desenfadada fuga, más que al torreón donde residía, á sus remordimientos y á su dolor...

Y cuando el sol se ponía sobre el Tajo cristalino é incendiaba en sus últimos rayos el torreón de la Cava, oíase á la figura convulsa y frenética clamar en voz imponente:

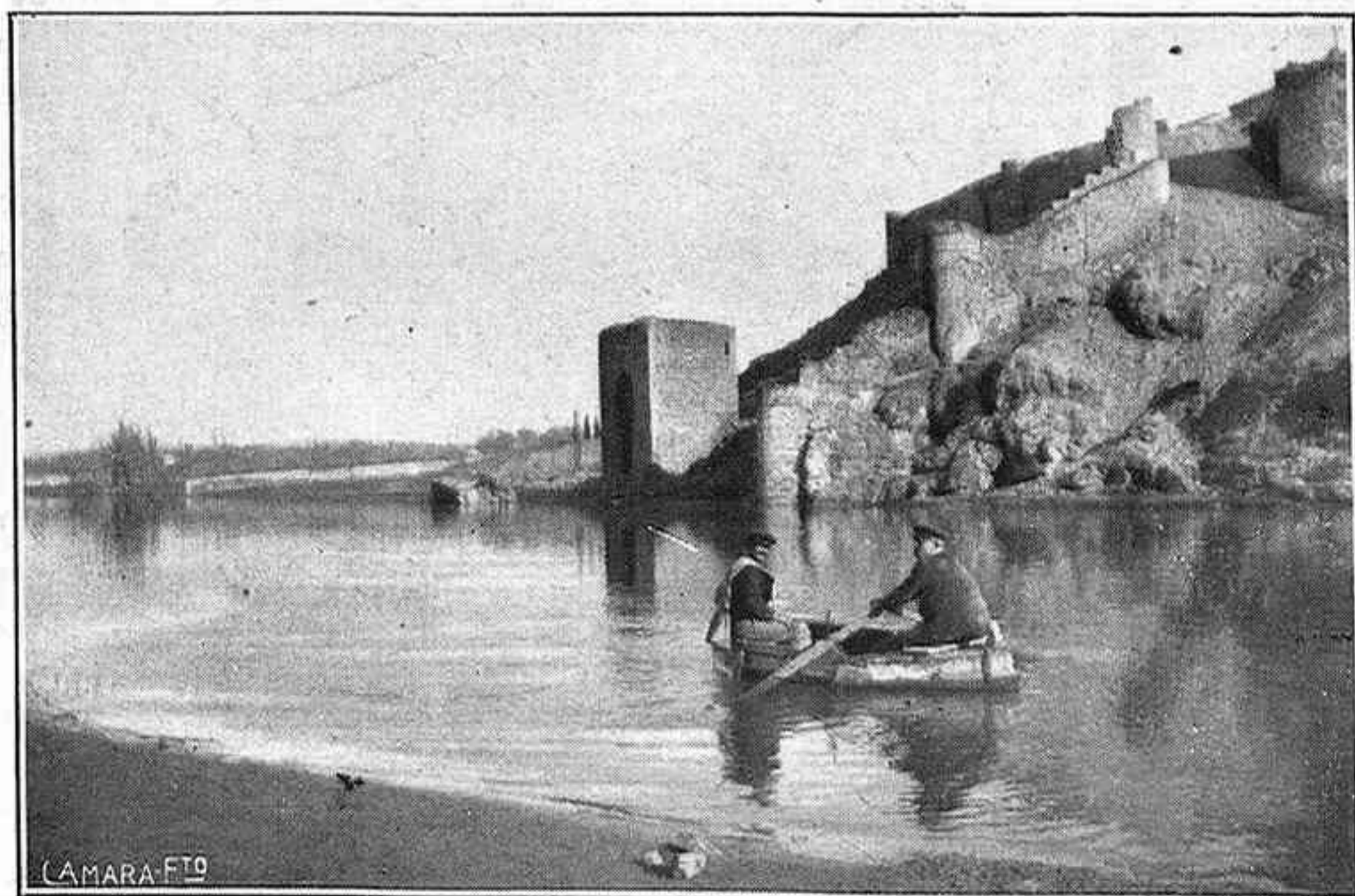
«Yo soy Florinda, Florinda la Cava, la hija impura del conde don Julián; cuando supe que España era por mi crimen esclava de los hijos de Mahoma, una voz interior se alzó en lo más profundo de mi alma, mandándome venir sin tregua ni descanso á este lugar de mis culpas, á buscar mi honor perdido en las revueltas ondas del Tajo...»

Tal es una de las tradiciones populares que sobre la Cava ha conservado el pueblo toledano y que nos transmite el estudioso don Eugenio de Olavarría y Huarte en sus *Tradiciones de Toledo*...

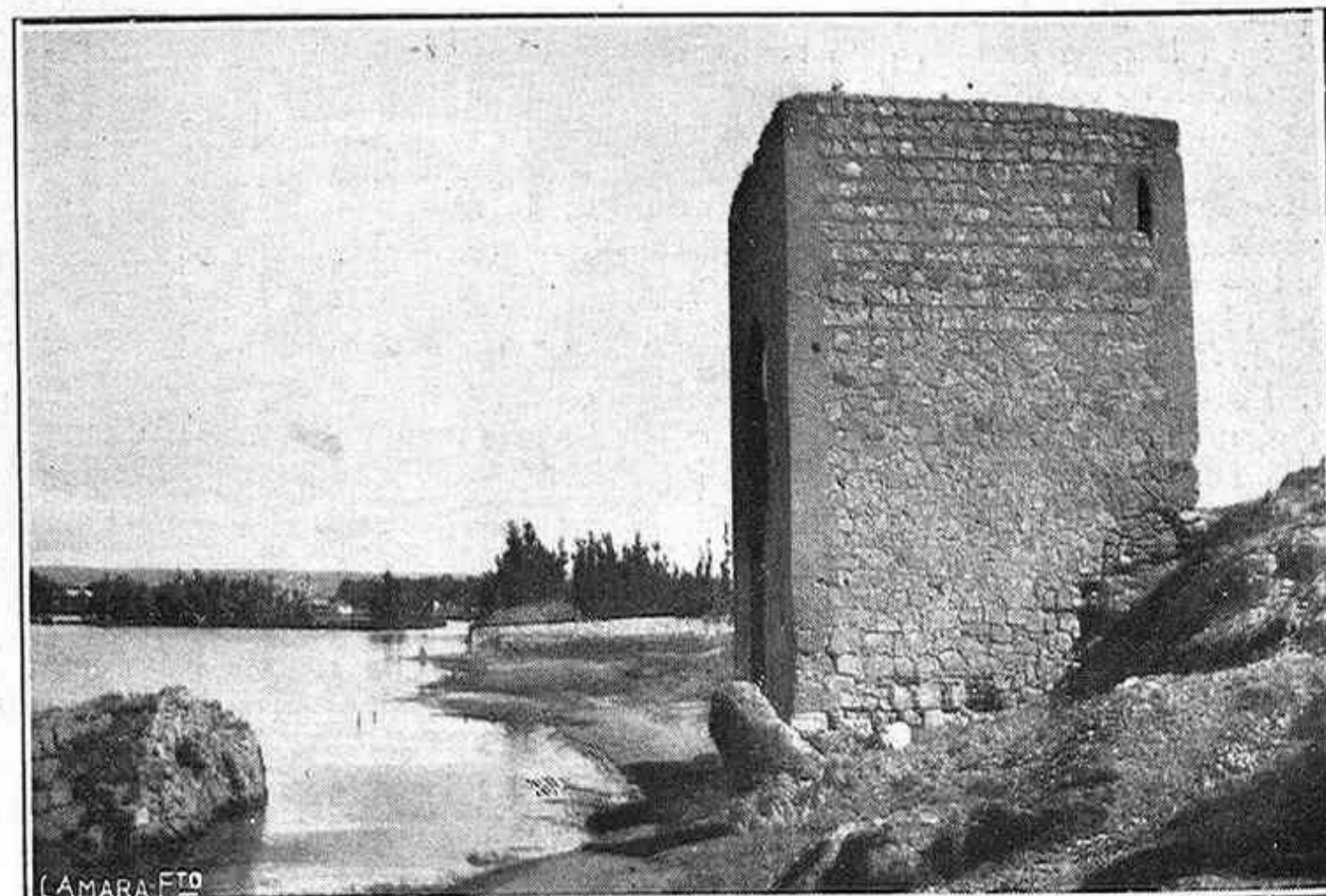
En estas largas tardes del verano, á la hora del crepúsculo, próximos al torreón del baño de la Cava, donde el Tajo se aduerme en poético remanso, nos parece adivinar aún las sombras de la gentil Florinda, pecadora redimida por la expiación, y de aquel trágico Rey Don Rodrigo, á quien los gusanos «ya le comen, ya le comen, por do más pecado había», cuando folgaba con su manceba en las claras riberas del Tajo...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Toledo, 1922.



Torreón del puente y coracha defensiva



El torreón, visto de costado

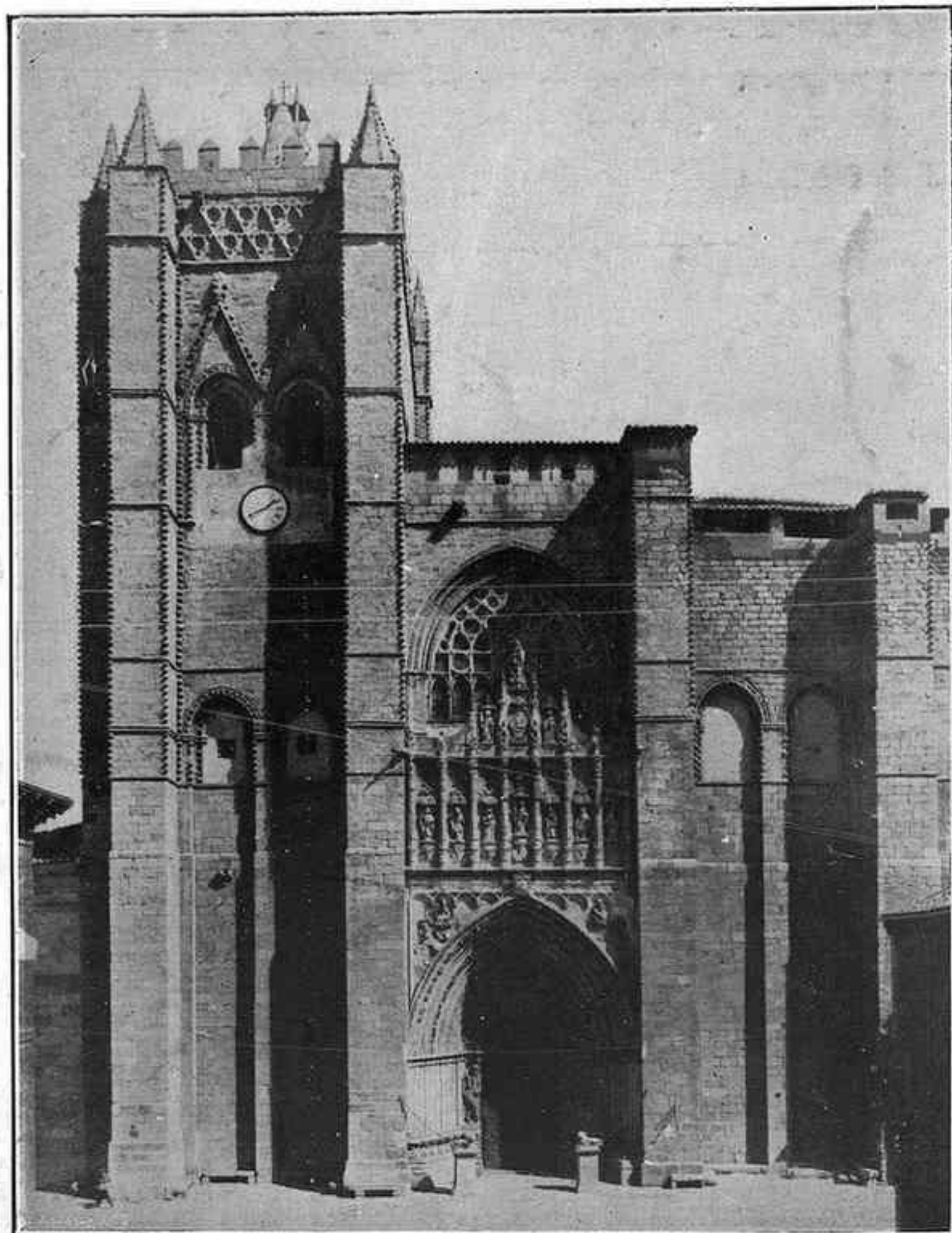
FOTS. ROMÁN

DE LA VIEJA ALEMANIA

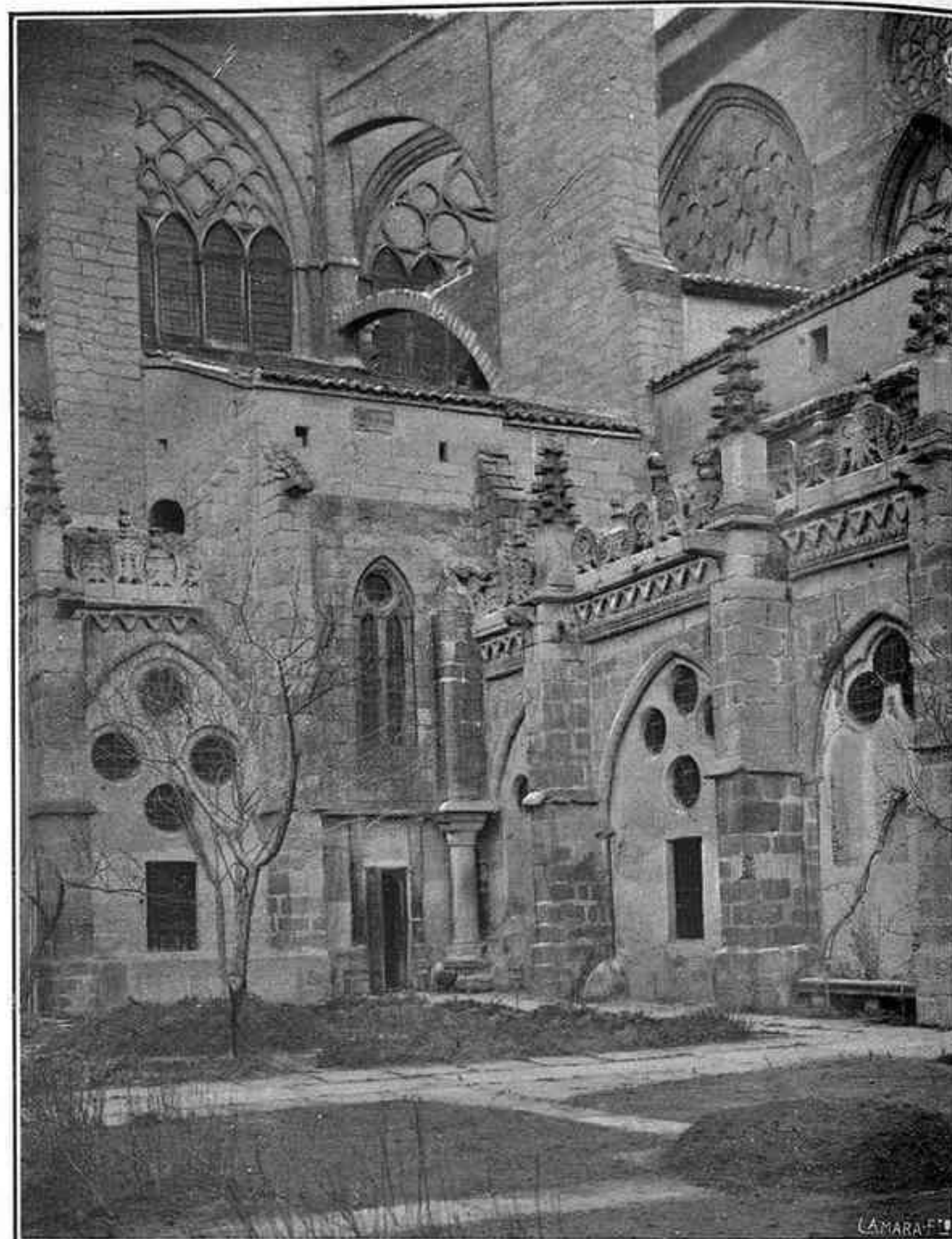


Una de las más antiguas y típicas puertas de la vieja ciudad de Rothenburgo
FOT. WUNDERLICK

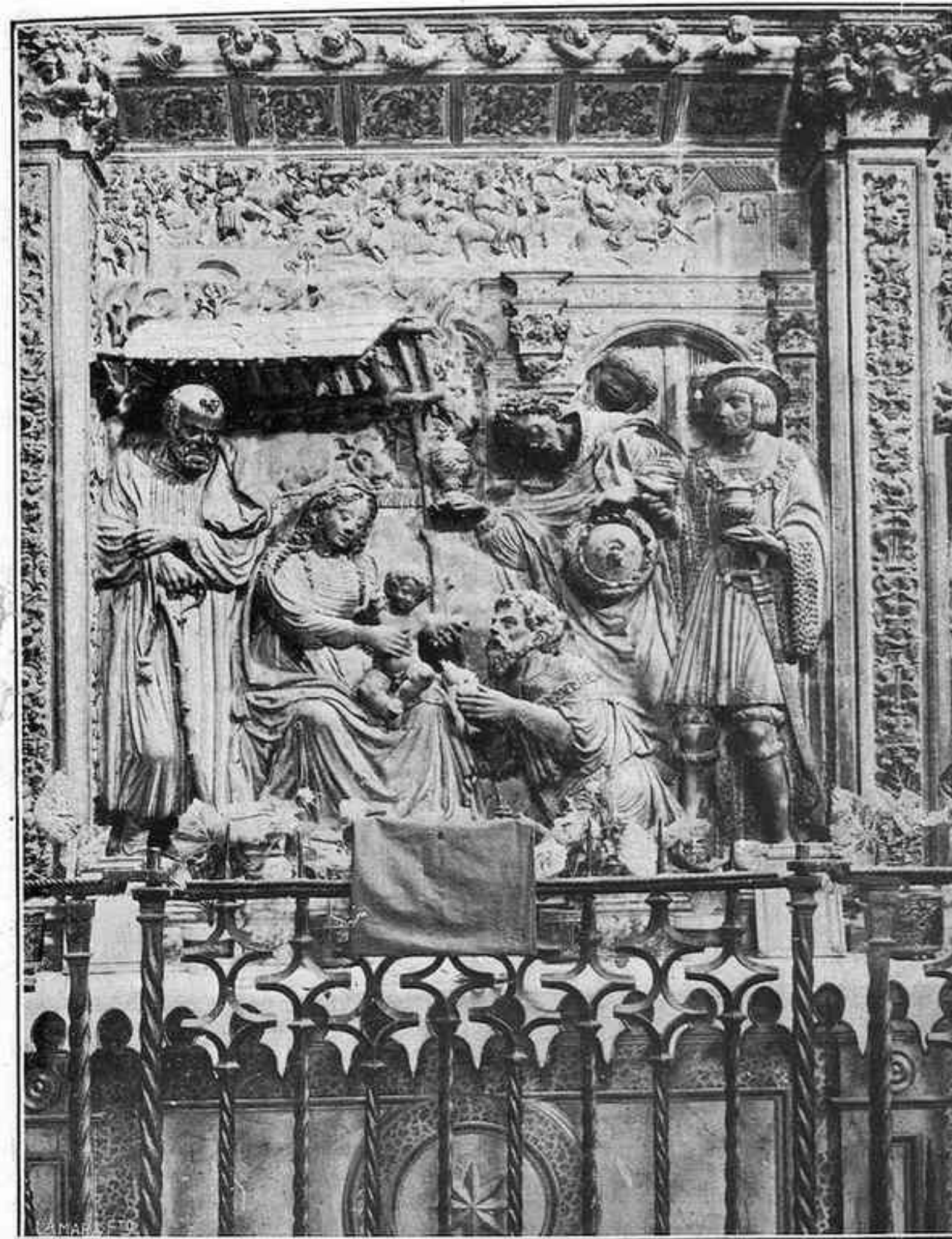




Fachada principal de la Catedral de Avila



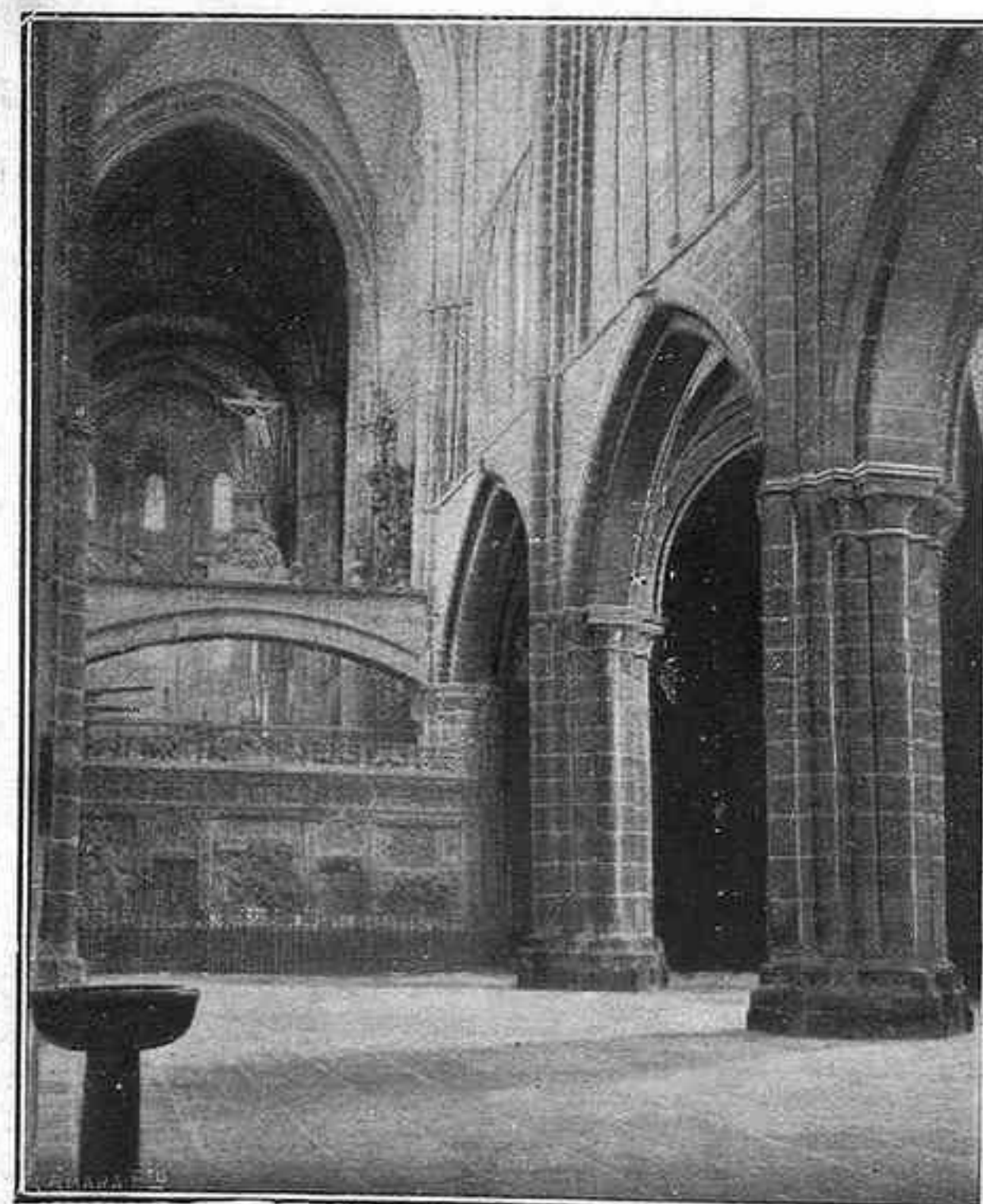
Aspecto que ofrece el patio de la Catedral



Relieve en alabastro, que existe en el centro del trascoro



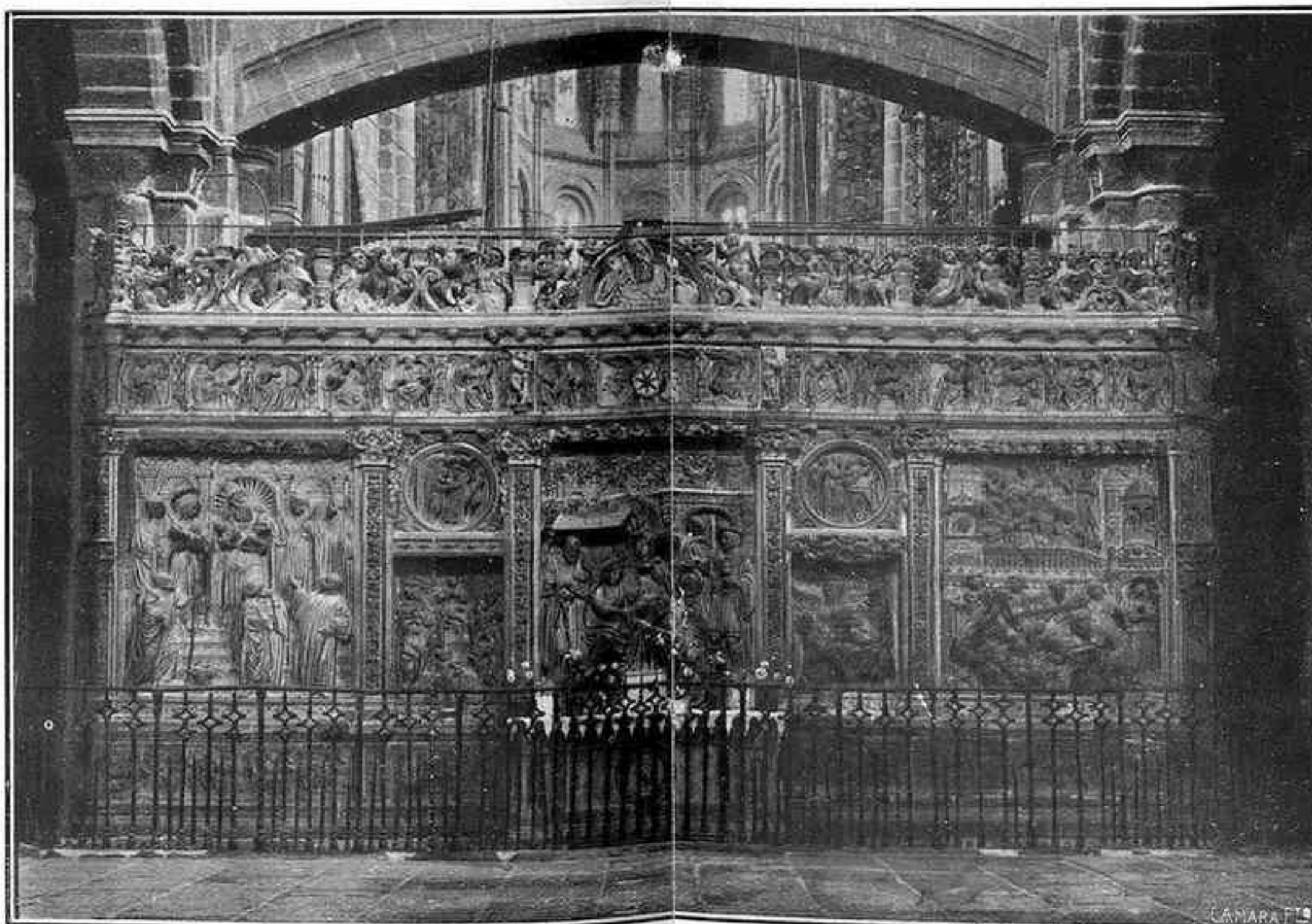
Aspecto del ábside de la Catedral avilense



Parte derecha de la nave central. Al fondo, el trascoro

Da por día, año por año, en España es cada vez más hondo el interés y más acusada la curiosidad que en todos los españoles, en todos los buenos y verdaderos españoles, despiertan las incalculables riquezas de historia y de arte encerradas en la maravilla de nuestras viejas ciudades. Hoy ya no son solamente algunos espíritus selectos, enamorados de lo viejo, los que van en escasisimo número a visitar los ricos tesoros; no son unos cuantos eruditos, ni unos cuantos arqueólogos, ni ese reducido círculo de iniciados que antes constituía casi el único grupo de españoles que sabían apreciar los prodigios de nuestro arte. Hoy son ya —además de este grupo, cada vez más nutrido y más entusiasta, de iniciados— los artistas, y los aficionados, y el público todo. Constantemente se organizan, particular y oficialmente, excursiones para visitar las ciudades de encanto y de ensueño, para contemplar los rincones de arte y de tradición, para recorrer, en romántica peregrinación, los caminos en que, a través de los días, los años y los siglos, dejaron sus huellas magníficas la leyenda, la belleza y la historia...

Avila, Toledo, Segovia, todas estas magas ciudades en que ha parecido quedar, aprisionada, el alma de la Castilla de ayer, son cada vez objeto de más fervorosa devoción, de admiración más acendrada, de más intensa ofrenda sentimental... Nuestros escritores y nuestros dibujantes buscan el romántico ambiente silencioso de estas viejas ciudades para tema de sus páginas y de sus lienzos... Avila, sobre todo, es algo que hiere vivamente la sensibilidad de los espíritus que rinden pleitesía al arte. Su paisaje austero, sus mura-

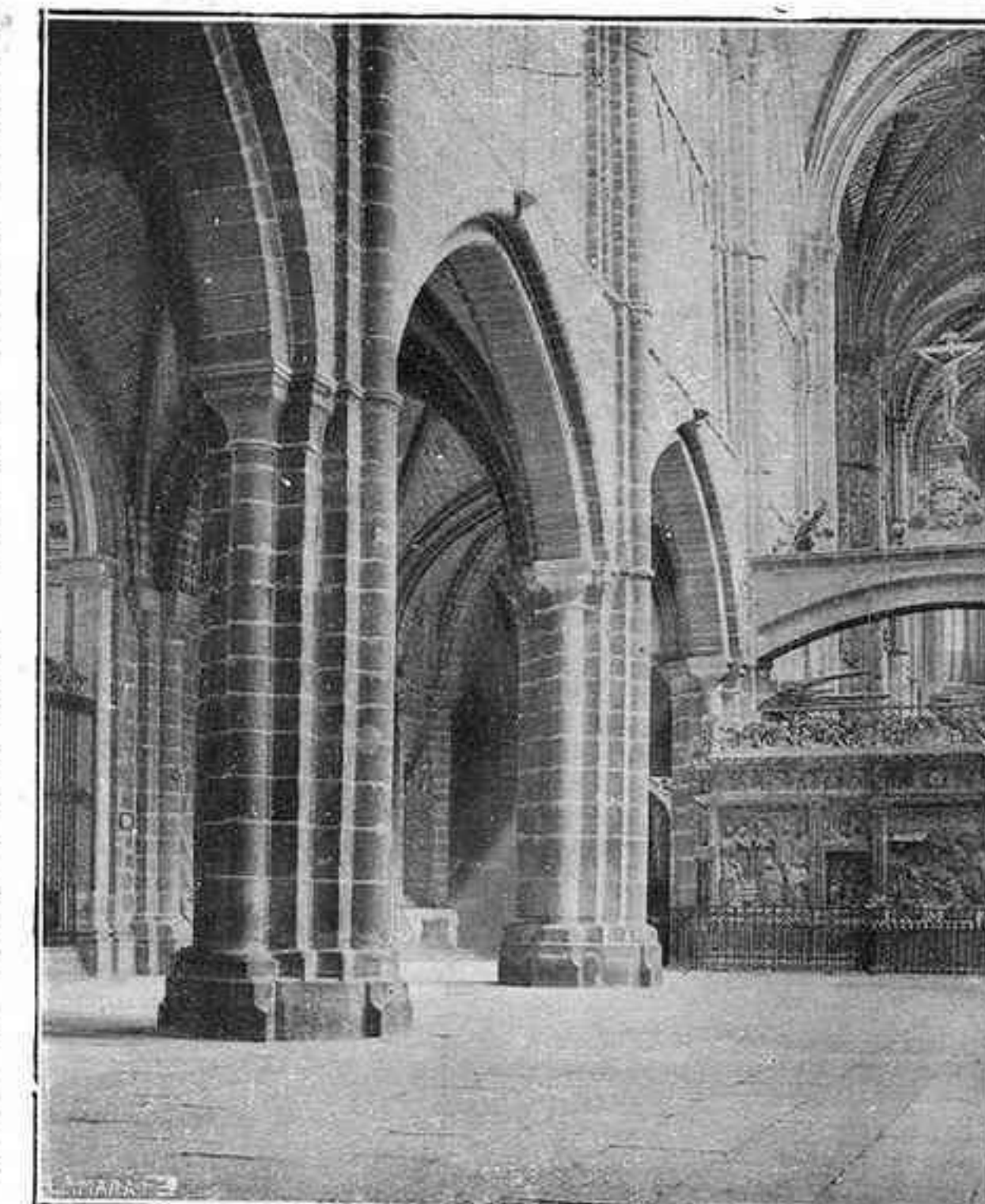


Vista del magnífico trascoro de la Catedral de Avila

llas doradas por el sol de Castilla, sus calles vetustas y quietas, su espléndida Catedral, sus pintorescas tradiciones, sus recuerdos históricos, forman como una gran sinfonia de belleza... Belleza que surge de cada edificio, de cada rincón, de cada piedra, y hace vivir, ante el alma de la Castilla de hoy, el alma de la Castilla de ayer, poeta, aventurera, mística y gloriosa... Legítimo orgullo de Avila es su Catedral, suntuoso relicario en que han quedado guardadas muchas y ricas preseas del arte de España...

No sólo admira y deslumbra en este edificio religioso su construcción general, su traza arquitectónica; en él es también poderosísimo motivo de enorgullecimiento la riqueza derrochada en el detalle, en la decoración, en lo accesorio y en lo ornamental.

Tapices, rejas, vidrieras, altares, joyas, todo lo que adorna y hace más suntuosa la Catedral avilense, fué trabajado con exquisito primor por los más famosos artifices, que dejaron en el templo preciosas muestras de su extraordinaria habilidad. Por lo admirablemente que se funden y armonizan en ella el lujo y la riqueza en el detalle con lo grandioso y severo en la construcción, llena de los más indudables méritos arquitectónicos, es considerada la Catedral de Avila como uno de los mejores ejemplares del arte gótico en España. Ante ella desfilan constantemente los peregrinos de la belleza y del arte de España, para rendir el tributo de su admiración a este templo maravilloso donde han quedado prendidos, entre el prodigio de las piedras seculares, los más ricos fervores, los entusiasmos más acendrados del glorioso misticismo castellano...



Parte izquierda de la nave central. Al fondo, el trascoro



CUADROS CÉLEBRES

RETRATO DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS

POR J. BAUTISTA DEL MAZO

EN este bello lienzo de Mazo se representa al Príncipe Carlos tres años antes de morir. Es el mismo que Velázquez retratará á caballo, ó con escopeta y lebrél, á la luz azulina del Guadarrama. Pero desde esta obra, su alma soñadora de adolescente parece hablarnos con más intimidad. En pie, con su ropilla negra de Corte, sobre la que destaca el Toisón, parece meditar un punto de sus lecturas en aquellos libros que para enseñarle á reinar componían los más altos ingenios. La estancia está en penumbra. Una de las manos del Príncipe se apoya lánguidamente sobre el sillón, de un rojo desvaído, con clavazón dorada. Dijérase que sobre todo el lienzo flota esa obscuridad vagorosa en la que se hace más perceptible la sutil fosforescencia de los espíritus.

Baltasar Carlos es un Príncipe pálido, amable, flor enferma de palacio. Rodean sus ojos dos círculos color de amatista. Sonríe de tal manera, que los circunstantes se inclinan, sintiendo allá muy dentro la inquietud temblorosa del presentimiento. Parece hermano de aquel otro Príncipe de los versos de Rubén, á quien el poeta preguntara por Stella:

«Lirio divino, Lirio de las
[Anunciaciones;
lirio, florido Príncipe,
hermano perfumado de las es-
[trellas castas,
joya de los abrilés...»

En torno de él se siente un hondo silencio. Pero muy cerca, amortiguada por los cortinajes granate, resuena en la Corte del Rey Felipe la risa de una damisela que encarna el alma compleja y refinada de este siglo.

En él ya no relincha en España el corcel de la aventura. Los descendientes de aquellos gallardos mancebos que recorrieron el mundo vendiendo ejércitos y corazones—esos galanes del Renacimiento que en los cuadros del Tiziano tocan una canzoneta agrídulce y antigua, volviendo la cabeza para contemplar á Venus desnuda—han colgado las espadas y hacen una vida tranquila. Son estos hidalgos que visten de negro á quienes á la amanecida despierta de su sueño de liebre la clara espadaña del convento cercano, donde oyen cotidianamente su misa. Tampoco es un sol de oro, sino una gris y tibia luz la que ilumina las nobles estampas de aquellas ciudades que vieran un día las sombras andariegas y heroicas de San Ignacio ó de Santa Teresa. A aquel misticismo ha sucedido una devoción mojígata, sosegada, práctica. «A la achacosa vejez—dice Gracián—dedican para la virtud; la hija fea para el convento; el hijo contrahecho sea de iglesia; el real malo á la limosna; el redrojo para el diezmo, y después querrían lo mejor de la gloria.» Son, si se quiere, más intransigentes, más altivos, pero estáticos. Sólo trajinan los pícaros so-



«Retrato del Príncipe Baltasar Carlos»

FOT. ROIG

bre esta inmensa piel de toro de España.

Baltasar Carlos ni aun siquiera respira este ambiente donde alienta todavía, aunque empuñecido, el espíritu de la raza. El vive en el círculo femenino é inquieto de la Corte, y en ella este siglo austero se ha revestido de un exquisito alambicamiento. Mientras el Rey se rodea de poetas para hablar de teatros, de justas ó de consonancias, las meninas, esperando á la infanta, celebran en la saleta las gracias de un enano. Por las callejuelas grises de nuestro Madrid antiguo pasea sus airosos manteos Lope, que va á casa de una su amiga, comedianta. Tras de las frondas del Prado y de la Casa de Campo tiemblan al pasar el rojo de las capas y la curva graciosa de los miriñaques. Igual divierte el paseo que la comedia, un auto de fe que una fiesta de toros. Hasta en arquitectura, sobre el armazón grecorromano cae una guirnalda de rosas. Por la puerta de esta época, recién instalada en el Retiro, parece pasarse al jardín, donde, en un escenario de Tirso, un galán y una dama—quizá D. Dionís y Luscinda—dialogan en una escena de amor, recamada de discreteos y de sutiles artilugios de frase.

Y entre estas frivolidades y devaneos, la mirada del Príncipe nos habla de escondidas me-

lancolías. Es la mirada de una de esas adolescencias en que la imaginación viajera no reconoce límites, en que se columbran todas las más aventuradas peregrinaciones ideales. Y porque lo presienten, los espíritus viriles, donde aún vibra el abolengo austero y hazñoso, piensan hacer de este mancebo pensativo un Monarca á la par guerrero y sabio que sepa regir de nuevo el carro de la victoria sobre los dominios de España.

Mientras su litera atraviesa las verdes campiñas de Alemania, pensando en él condensa Saavedra Fajardo toda su ciencia de la diplomacia y de la política en ese libro armónioso y elegante de las *Empresas*, escribiendo en las posadas lo que había discurrido por el camino. Para él el prodigioso ingenio de Baltasar Gracián juega en el estilo nervioso y aristocrático de *El Discreto*, tratado lleno de un claro silencio de biblioteca. Y acaso D. Francisco de Quevedo piensa también en él cuando escribe sus más elevadas páginas, con aquella misma pluma que había proyectado las grotescas siluetas de la época sobre el fondo maravilloso—rojo y negro—de los sueños.

Y un día la hoz invisible siega en flor todas las esperanzas. Baltasar Carlos muere en Zaragoza. Allá en palacio, sobre un bargueño, quedan para siempre olvidados los libros del buen Príncipe. Felipe IV continúa empleando su tiempo entre actrices y poetas, mientras su Corte se divierte alborozada y caprichosa. Pero cuando el Rey poeta muere,

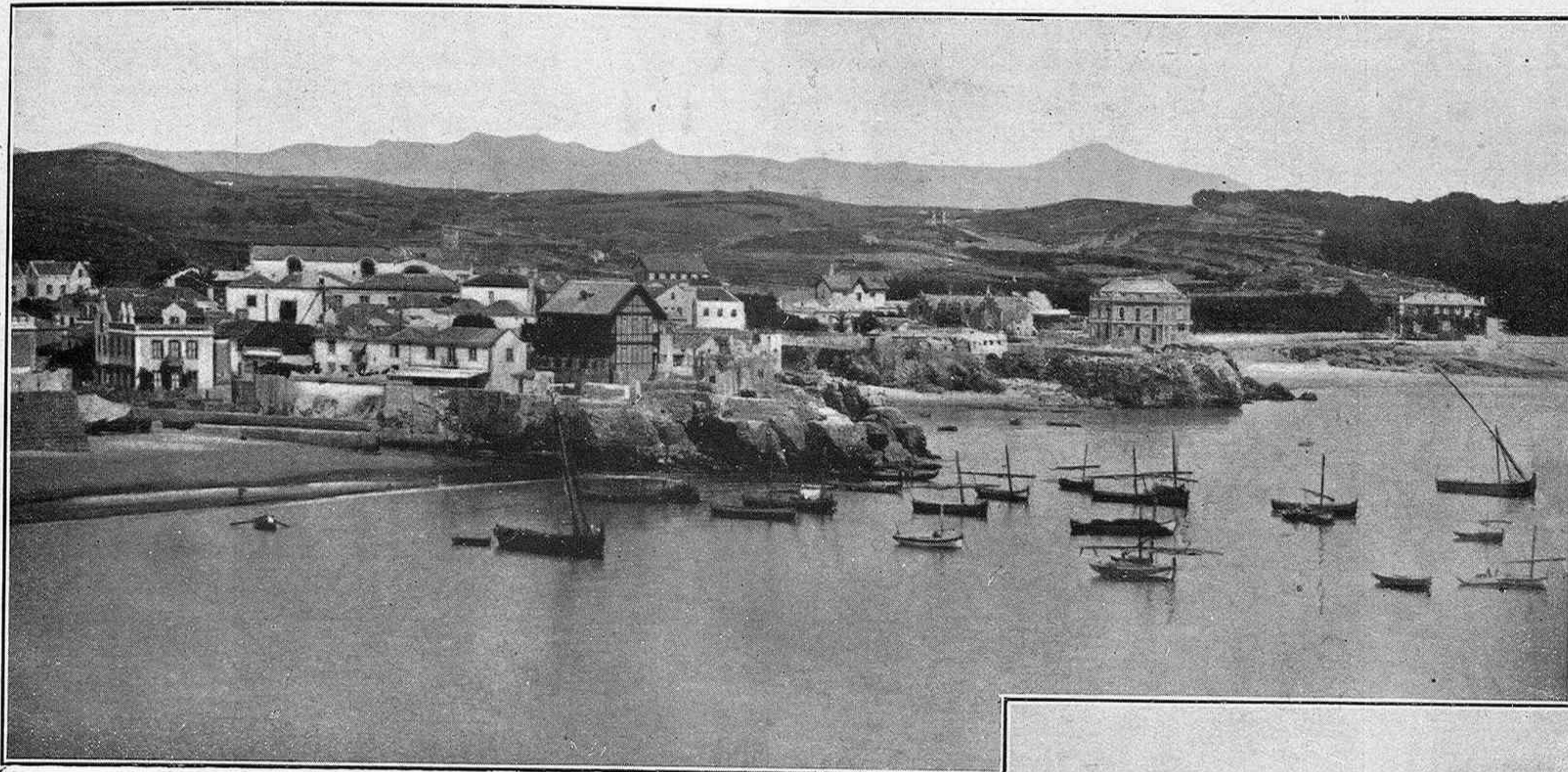
todo desaparece como por encanto. Ya no se escuchan músicas, versos, galanteos. Y en vez de sabios, gobernadores y capitanes, sólo pisan las Cámaras aquellos cortesanos fanáticos que se estremecen cuando ante el segundo Carlos se pronuncian los latines terribles del exorcismo.

Con la muerte de Baltasar Carlos, como antes con la del Infante D. Juan, el hijo de los Reyes Católicos, España pierde una de sus últimas esperanzas. Una ráfaga de tristeza recorre á veces las salas del palacio. Cuando una ventolina agita los tapices que recatan su Cámara, las meninas esperan ver salir su triste sombra, é inclinan, con infantil y cortesana ceremonia, los gráciles bustos que emergen de la pompa del guardainfante. Y alguna—una niña sentimental que llora melancolías de amor como la Isabel de aquella letrilla de Góngora—le hace aún más delicada ofrenda. Dicen verla bajar á los jardines de palacio, apenas el alba encapucha de oro las copas de los árboles... Es para cortar la rosa más fresca y purpurina, que ella tímidamente, á hurtadillas, sabe colocar sobre los libros olvidados, á la memoria del señor Príncipe Baltasar Carlos.

EMILIO GARCIA GOMEZ

PANORAMAS PORTUGUESES

LA RIBERA ENCANTADA

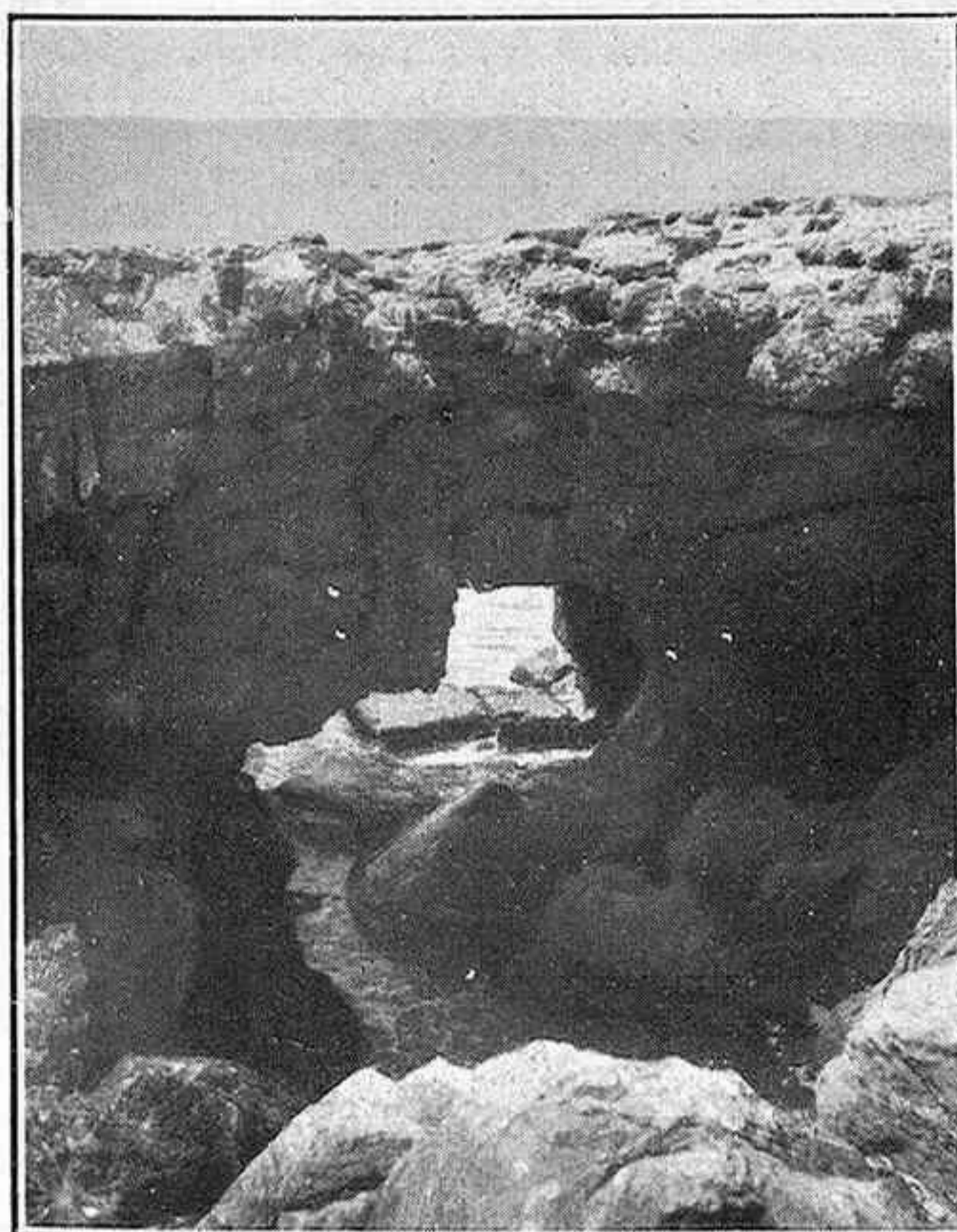


Vista panorámica de Cascaes, desde el mar

DESDE Lisboa hasta la desembocadura del Tajo se extiende uno de los paisajes más bellos del mundo, más rico y más variado, en el que están incrustados, como cuentas preciosas, los diversos pueblecillos del Paço de Arcos, Cruz Quebrada, Paredes y tantos otros, que parecen ir aumentando en belleza según la corriente del río se ensancha para llegar hasta el mar libre, alcanzando toda su plenitud en Cascaes y en Estoril.

Estoril es un lugar de recreo, una estación invernal que compite con ventaja con Niza. No es en realidad un pueblecito portugués; es uno de esos pueblos del Mediterráneo, que van de Marsella á Génova, que ha tenido el capricho de trasladarse allí.

Hay en Estoril una belleza oriental, una vegetación de los trópicos, que se alía con la vegetación del Norte. Se entrelazan allí las palmeras con los pinos, y los eucaliptus con los parasoles



«La Roca del Infierno», en Cascaes

perfumados de las mimosas. En pleno invierno florecen al aire libre rosales, glicinas y claveles; los reumáticos cactus, el árbol de las articulaciones hinchadas, se desarrolla frondoso, cerca de los cirros que parecen ramos de coral; los florones de las cortinas magenta cubren los ribazos que bordean las pitacas, y el trébol amarillo de sol, con las orquídeas salvajes, tapizan los campos.

Es tal la vegetación, que nacen plantas entre los troncos de las palmeras, en las junturas de las lastras, en el cruce de las ramas de los árboles, con las raíces al aire, haciendo recordar esos negrillos que se aferran al cuello de la madre.

A la belleza natural se une la belleza de los jardines, de los parques, de los teatros y de los hoteles de gran ciudad, no inferiores al Palace Hotel, con que están dotando este lugar, que por su proximidad á Lisboa y á Madrid y por su situación en el camino de América es un serio rival de Monte-Carlo.

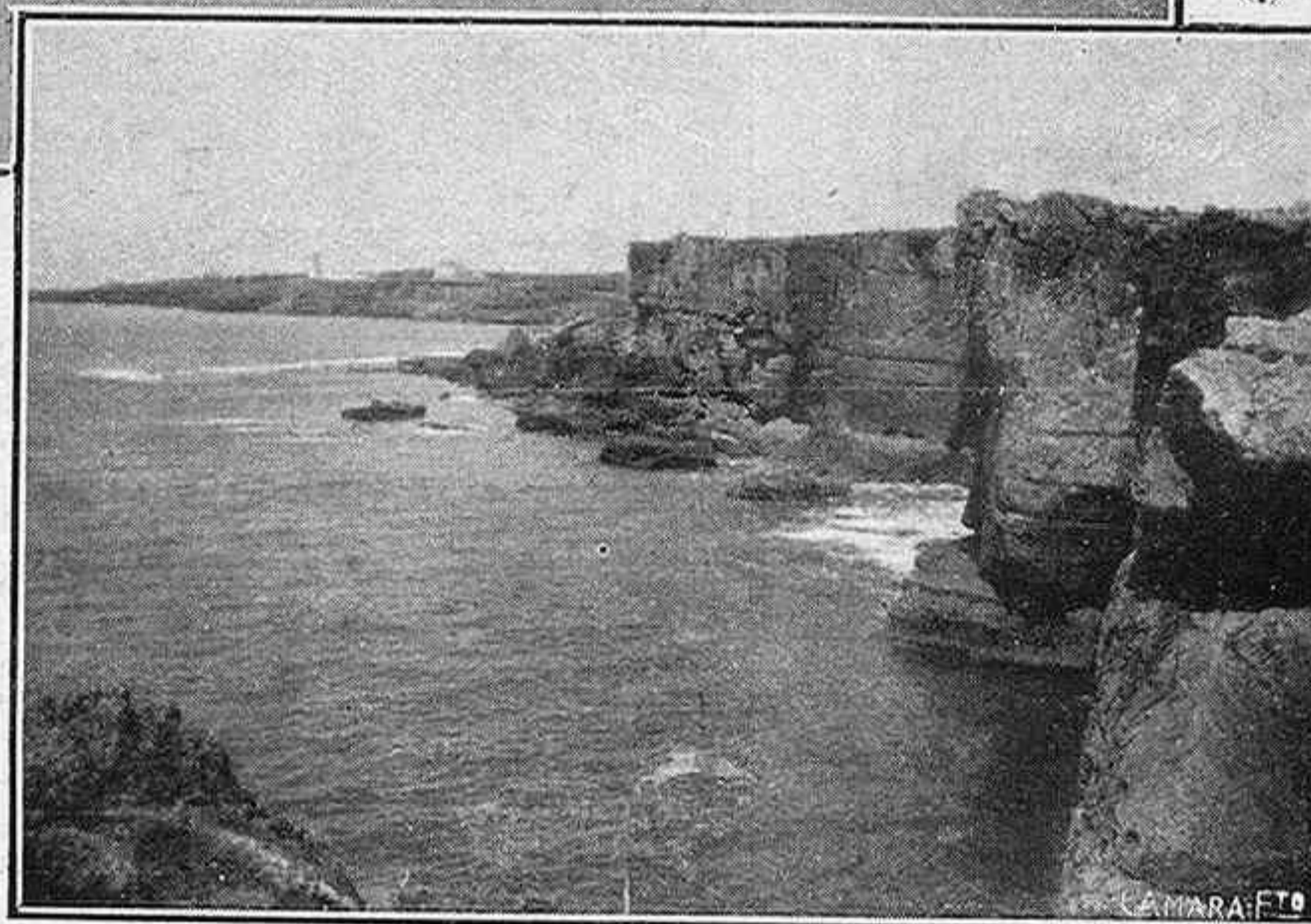
Por un lado lo baña el mar, con toda la grandeza que tiene el Atlántico; por otro, lo guarda de los vientos la Sierra de Cintra, coronada de bosques y palacios, tendiéndose en una gradación de tonos admirables que recuerdan la belleza pictórica de las ciudades del Arno.

Estoril es el lugar de recreo, de los grandes hoteles, de los casinos y los chalets preciosos, que se encaraman en las alturas para sacar la cabeza entre árboles y flores y mirar al mar. Es el lugar de descanso, de lujo, donde no moran los pobres.

Cascaes es el pueblo, el verdadero pueblo, donde hay palacios y casas modestas, donde veranean los potentados y viven los pescadores. De sus murallas bajan escaleras colgantes á las playas, de donde salen diariamente centenares de barcos pesqueros, que adornan con sus velas latinas, blancas ó azafrañadas, la verde superficie del mar.

Siguiendo esa costa hasta el Faro de Quía, se ve el terreno volcánico, negro, requemado, que da idea de un cataclismo geológico, grandioso é imponente.

Aquellas rocas cortadas en cubos, arrancadas de su base, tienen algo de amenazador y de terrible, que ha hecho que la fantasía popular denominase *El Infierno* al agujero abierto en ellas, donde se precipita el mar con un ruido atrona-



El Faro de Quía

dor, en remolinos de espuma que parece herviente y terrible. Las imaginaciones débiles se persignan allí, creyendo que van á ver en el fondo los cuerpos de los condenados, de un modo semejante á aquel con que los antiguos santeros representaban en sus faroles las Animas del Purgatorio saliendo de las llamas.

En ese hueco estuvo á pique de perecer un día la Reina Doña María Pía, que quiso bajar á su fondo, sorprendida por la alta marea.

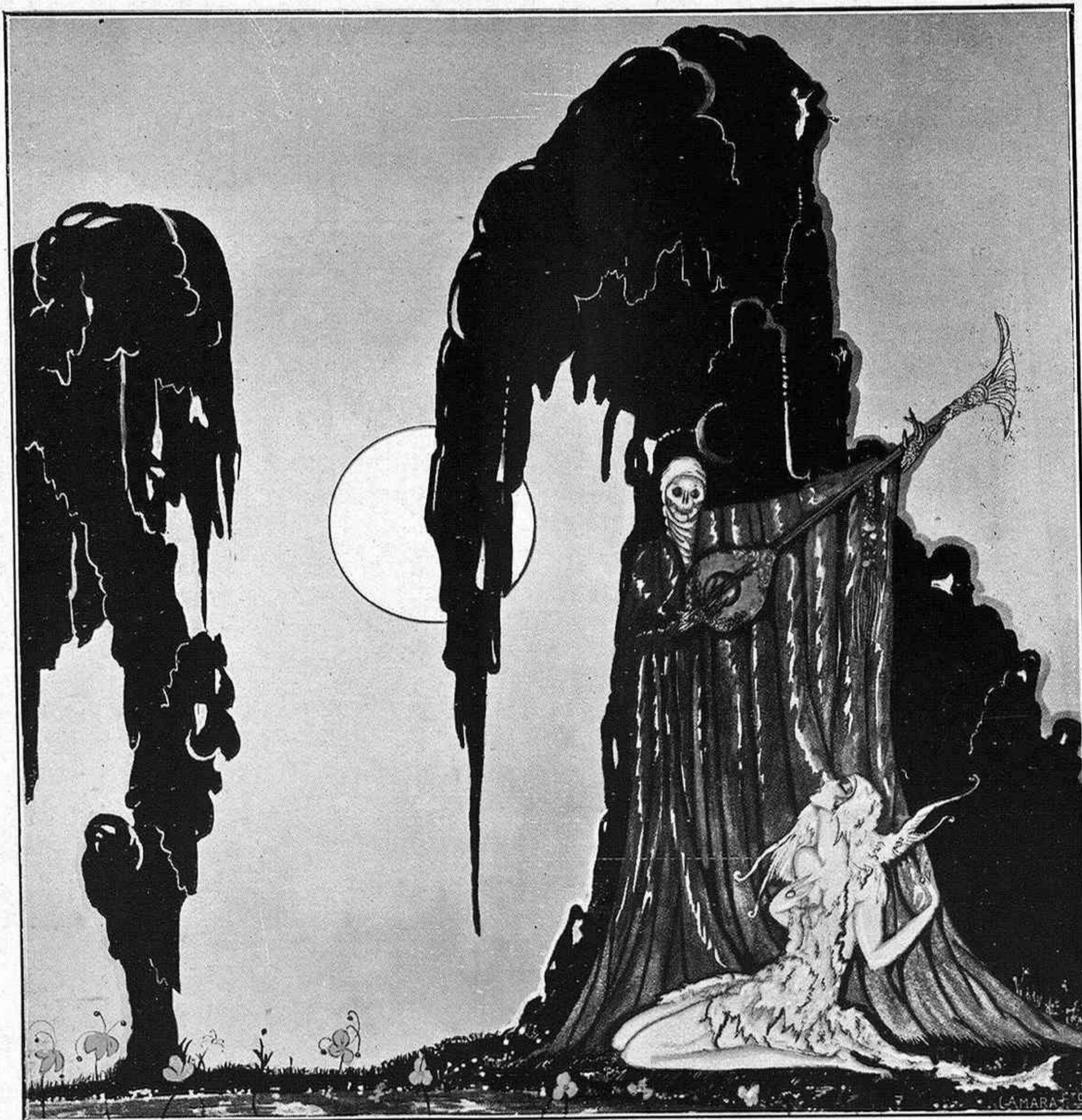
Las Memorias de Raúl Brandao, llenas de murmuraciones cortesanas, hablan de la época en que iba á Cascaes la Corte, y de las diversiones de los Reyes. Don Carlos, muy galante y enamorado, solía perderse en alguna cueva de la costa á tocar la guitarra y celebrar alegres meriendas. Allí está la quinta en que él y Doña Amelia pasaron su corta luna de miel.

Sin embargo de haber él vivido, la preponderancia hubiese sido para Setubal, donde quería llevar la Corte los veranos.

Aún se habla allí de esa época esplendorosa de los últimos años de la Monarquía; aún se añora á la buena Doña María Pía, Reina bien amada hasta de los republicanos; porque supo ser Reina y ser mujer; porque, representante de la casa de Saboya, supo ser popular y generosa, y porque hasta en sus días de desgracia, una locura piadosa la libró de la debilidad de las lágrimas, y murió como Reina, regando con su mano delicada el tapete de su mesa, para conservar lozanas las flores que estaban bordadas en él.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

LA MUERTE DEL CISNE



EL paisaje tiene la maravillosa tristeza inmóvil de ciertos crepúsculos frente al mar. En los atardeceres de comienzos del estío, en las tardes muy plácidas en que duerme el viento y apenas se mecen las olas, sentimos algunas veces una angustia sin nombre: la angustia atroz de haberse detenido la vida para siempre, de haberse roto el reloj del tiempo, parándose en una hora que será la última hora y la hora eterna. Pronto, sin embargo, la Señora Muerte tañe su violín y nos llega la suave melodía que nos dice que *Ella* está allí para liberarnos del tormento sin nombre del tiempo infinito. Porque la vida, sin la muerte, es como el pan sin hambre ó la luz sin sombras. La muerte es la que da valor al tiempo, la que lo hace breve y baña los días en luz; el no ser es el contraste avalador del ser. El jardín pálido donde podremos dormir sirve de oposición á los patios soleados donde transcurren nuestros días terrenos, y también una promesa de paz en las fatigas. Soy porque tengo la seguridad de dejar de ser.

El cisne blanco y petulante es el símbolo de nuestras vidas, cuando nuestras vidas son *la sombra de un sueño*. Hay vidas de águila, de fénix, de buitre y de lechuza; pero las más bellas son las que resbalan por el cristal azul de un lago en la placidez de una tarde agostea en que se insinúa, como una sombra de fatiga en los ojos de una mujer, el otoño.

Las almas herméticas y petulantes como cisnes tienen una noble eurytmia, aunque las más de las veces todo su misterio está en la interrogación de su cuello sinuoso.

El violín de Madama la Muerte es un violín que no suena y que, sin embargo, todos creemos

escuchar. En realidad no es sino el levisimo deslizarse del arco del tiempo sobre las cuerdas de nuestra vida.

Silencioso es, aunque imaginario, el violín de la *Pálida*, el que nos da la pauta. La tortuga de oro que se desliza sobre la alfombra negra, el misterio de lo que está suspenso entre el violín y el arco, es todo el arcano del ser ó del no ser; es la ilusión de que está hecha la vida, porque ilusión es todo, y el absoluto más absoluto no es sino un relativísimo relativo. Nada es nada ante el absoluto; todo es producto del relativo convencional; ni la música es música, ni el color color; todo depende de nuestros ojos y nuestros oídos.

Una ciega aprende á conocer las cosas por el tacto; pero si de improviso se le devuelve la vista, no acertará á decirnos cuál es cada una sino con auxilio de sus manos.

Nada es nada, ni sabemos nada de nada. Ni el cielo es azul, ni verde el mar, ni la luz y las tinieblas son realidades.

Cuando volamos con el espíritu muy lejos, nunca volamos más allá del hemisferio de nuestra comprensión, como cuando un aviador se remonta con su aeroplano, jamás puede ir más allá de la atmósfera terráquea. Nuestro esfuerzo y lo desconocido son como dos líneas paralelas que no podrían encontrarse aun cuando no estuviesen truncadas, y lo están por la limitación en nuestras facultades para medir la profundidad de lo desconocido y la intensidad de nuestro esfuerzo.

Cuando decimos el *infinito* ó la *eternidad*, más que una frase objetiva es una afirmación subjetiva la que sentamos; queremos, sencillamente, ocultar nuestra impotencia para medir

el tiempo y el espacio; no es que no pueda medirse: es que *no podemos*.

El pensamiento humano es impenetrable; el mecanismo del cerebro es inexplicable. También para nuestros remotos abuelos era impenetrable el cuerpo humano é inexplicable el mecanismo del intestino, y, sin embargo, existen los *rayos X* y conocemos perfectamente la fisiología humana.

Todo lo que llamamos misterio incognoscible no es sino una serie de ecuaciones que no sabemos resolver.

El mañana tiene sus raíces en el ayer. Lo que ha de ser su origen en lo que ha sido y es á su vez origen de lo que ha de ser. ¿Qué hacerle, si los hombres no saben leer el pasado é ignoran, por lo tanto, lo por venir? El Destino y la Fatalidad son realidades absolutas, sólo que son realidades que están fuera de nuestro alcance.

Dícese que el cisne canta para morir. Si nuestra vida es bella y arrogante, todos cantamos para morir.

Pero no sabemos ni remontarnos á las nubes, ni cantar para morir; nos arropamos en unas mantas y castañeteamos nuestros dientes, porque somos conscientes sin ser videntes; tenemos miedo, pero no sabemos á qué.

La vida de los hombres es una gran mentira de valor; es un valor que se desborda mientras no tiene nada frente á él.

La única muerte bella es la del cisne.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE MARCIAL ROVIRA

LOS PIROPOS

¡PASO Á LA GALANTERÍA!

MARCEL Prevost, el ilustre escritor francés, ha lanzado al mundo literario una frase que quizá haga la misma fortuna que logró, años ha, aquella otra suya de las *semivierges*. Esta frase es la de llamarlas *Don Juanes* á determinadas representantes del elemento femenino, que puesto su ideal en el alto espíritu de conquista que animó al célebre burlador de Sevilla, caminan en pos de la conquista, como aquél caminaba siempre tras la mujer renovación de sentimientos y pasiones.

La vida moderna, frívola y ligera, ha creado un ambiente fácil para las aproximaciones y para el desarrollo del *flirt*, siendo ya muchos los seres que han hecho profesión el afán de conquistar ó de ser conquistado; y para semejante cultivo es para lo que se lanzan á la calle infinitos pollos piropeadores, que, poseyendo un inmenso repertorio de piropos, hállanse dispuestos á soltárselos hasta á la propia diosa Cibeles si se decide á descender del carro, darse una vueltecita por la calle de Alcalá y pasar por esas terrazas desde las que el hervidero de hombres acecha el paso de las mujeres bonitas..., y aun de aquellas que no lo son, ya que el conquistador de oficio no debe reparar en nariz respingada ni en ojos saltones ni otros pequeños defectos que alteran la serenidad de la belleza clásica. ¡Piropear, hacer que salgan á flor de labios frases que por lo dulzonas corren el riesgo de derretirse, pero que son muy á propósito para comenzar una conquista, es el único anhelo de los entregados á tan apreciable deporte amatorio!

No hace mucho, las autoridades pensaron en poner un dique á esto del piropo; pero fué tan en contra de las costumbres de este país bañado de sol, de poesía, que hubo que desistir de la idea, considerando que no pueden ponerse trabas ni diques á lo que constituye un encanto y un placer tanto para el piropeador como para la piropeada.

Porque, ¿no es verdad que la mujer siente honda satisfacción al verse admirada por desconocidos transeuntes, y que su oído recibe cariñosamente las frases de estupefacción y de halago que su presencia provoca? ¡Si las hay que salen á la calle precisamente á eso, y que pueden ser clasificadas perfectamente dentro de las subdivisiones que pueden establecerse en los citados *Don Juanes*, de Prevost!

Una mujer bonita, elegante, aunque su recato sea grande y su seriedad definitiva, oye un piropo, siente que á su paso surge la frase ensalzadora de su presencia, y no puede menos de felicitarse y de agradecer *in mente* al que de tal modo exteriorizó su pensamiento. En el alma de las mujeres hay siempre un fondo de agradecimiento hacia el piropeador, quien muchas veces ignora que, á su vez, ha sido piropeado con el pensamiento, como muestra de agradecimiento. «No está mal este muchacho!».

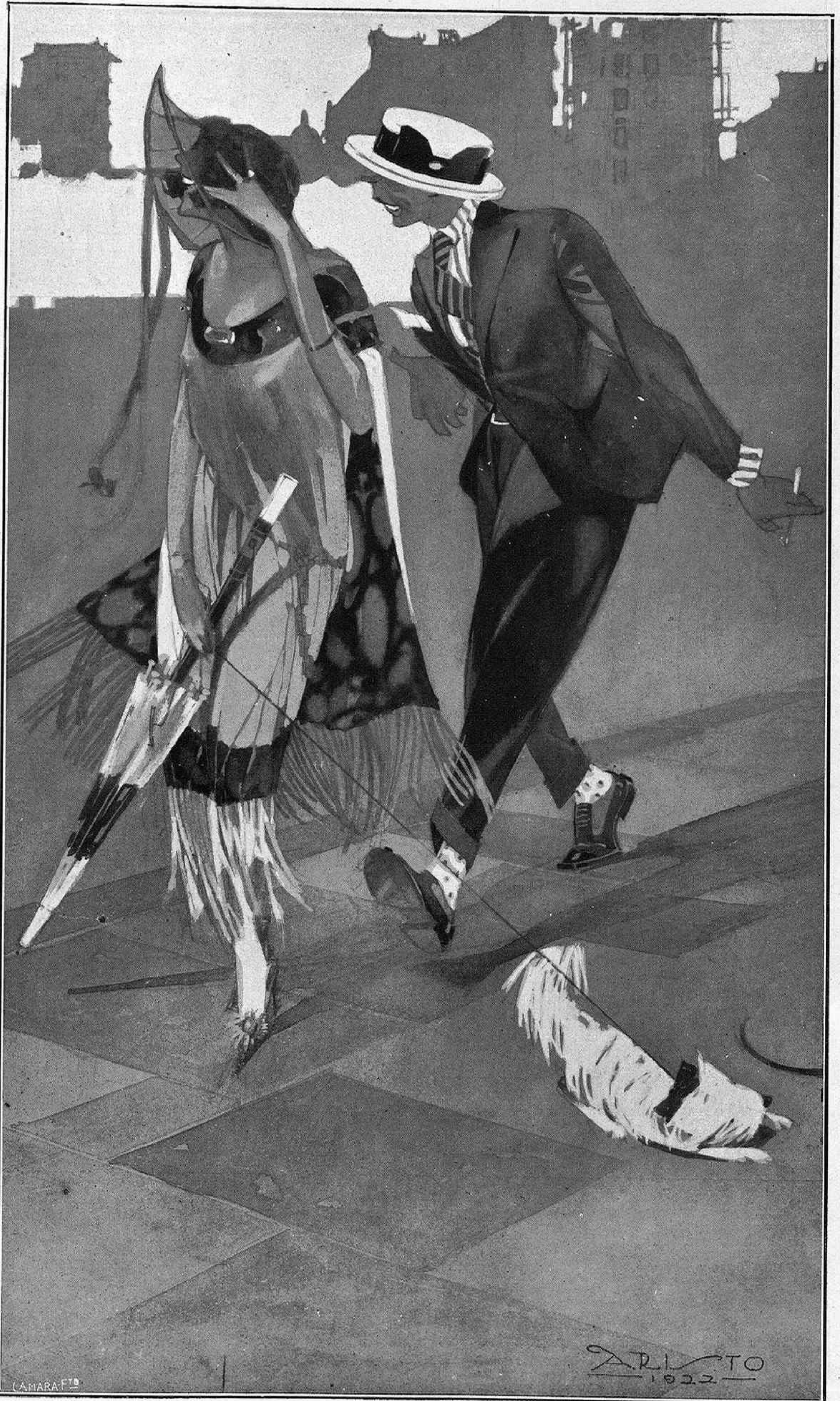
¿Cómo privarnos de este sencillo placer? ¿Para qué llevar á nuestra alma la tristeza de no poder exteriorizar la admiración hacia el bello sexo? Mucho se ha citado el ejemplo de los países donde no se piropea. A esto sólo se puede decir un sencillo comentario:

—¡Peor para ellos!

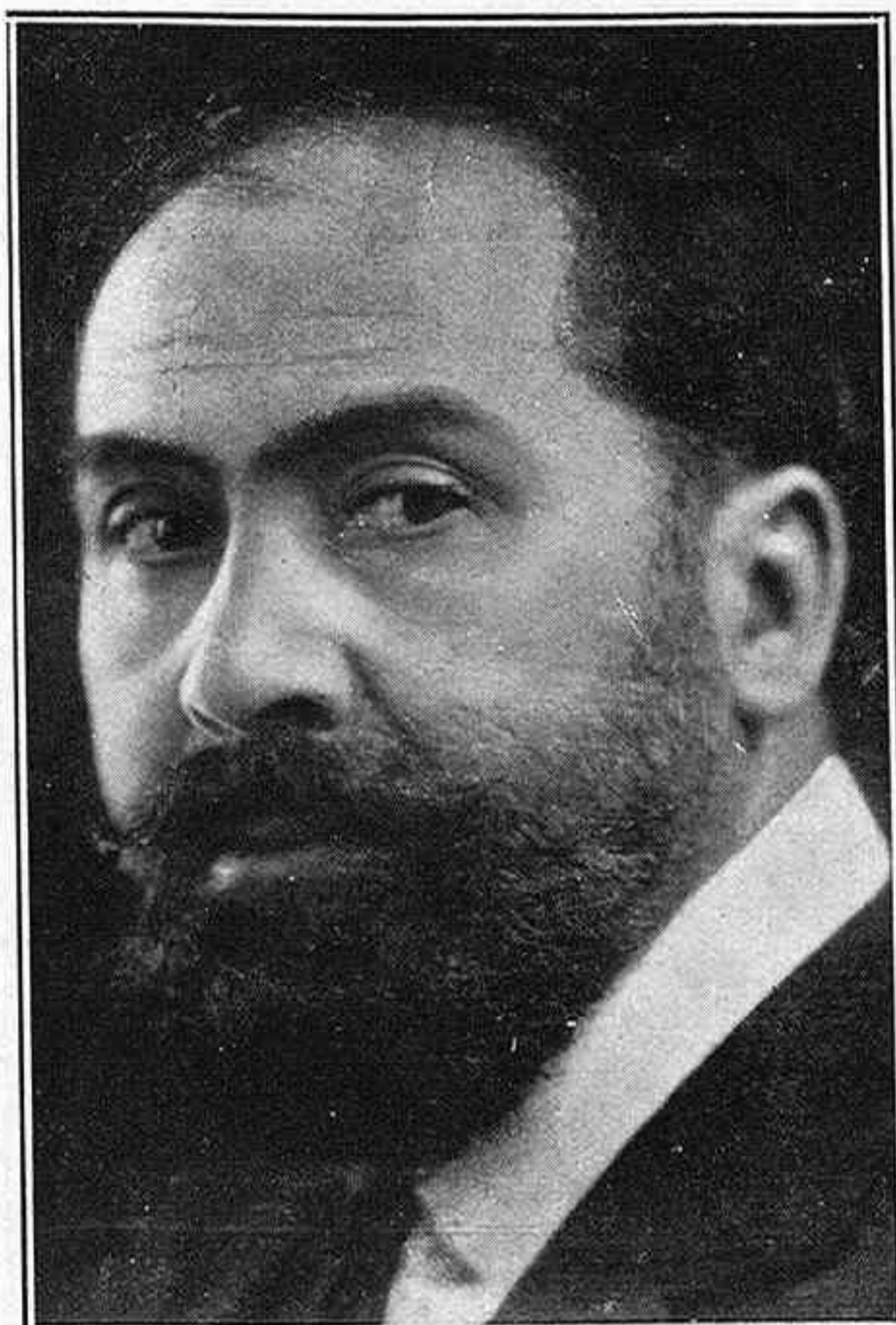
Nosotros, los españoles, meridionales, bañados por un sol esplendoroso y ardiente, somos efusivos en todo, y si se nos ocurre algo que despierte nuestro entusiasmo cuando pasa una mujer bonita, hay que de'arnos. Y si ya, por costumbre ó por vicio, nos sucede lo propio con la fea, peor para nosotros. ¡En el castigo llevamos la penitencia!

A. R. BONNAT

DIBUJO DE ARISTO



DE NORTE A SUR



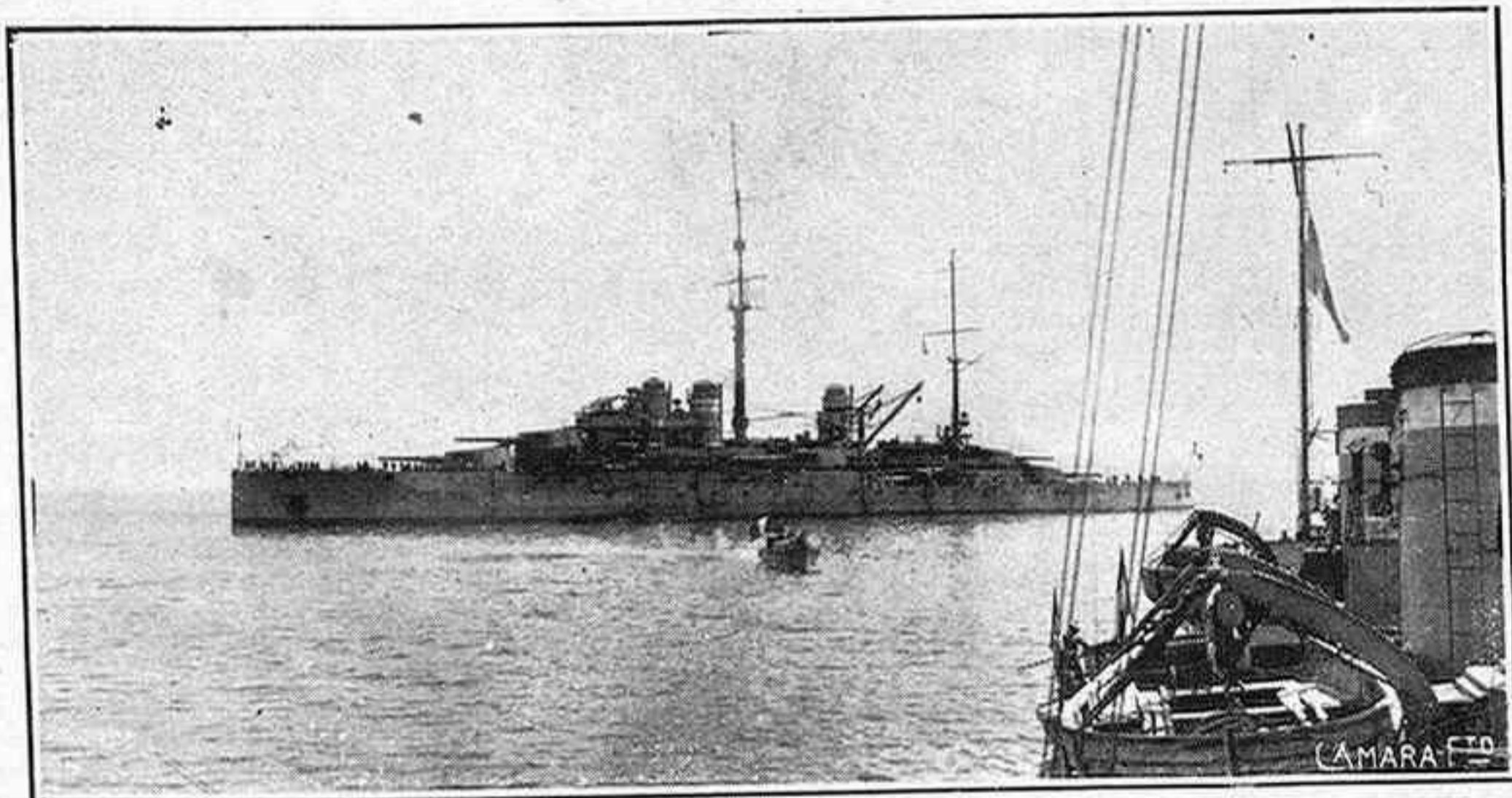
Pérdida hondamente sensible para el periodismo español ha sido la muerte de D. Antonio Rodríguez Lázaro, veterano periodista, que ha fallecido recientemente. Entre la clase profesional y entre la innumerable cantidad de amistades que sus excelentes prendas personales le habían granjeado, la muerte de Rodríguez Lázaro ha sido sentidísima, porque el notable periodista era una de las figuras que más habían sabido destacarse — tras una larga y entusiasta labor en los diarios — en el periodismo español contemporáneo.



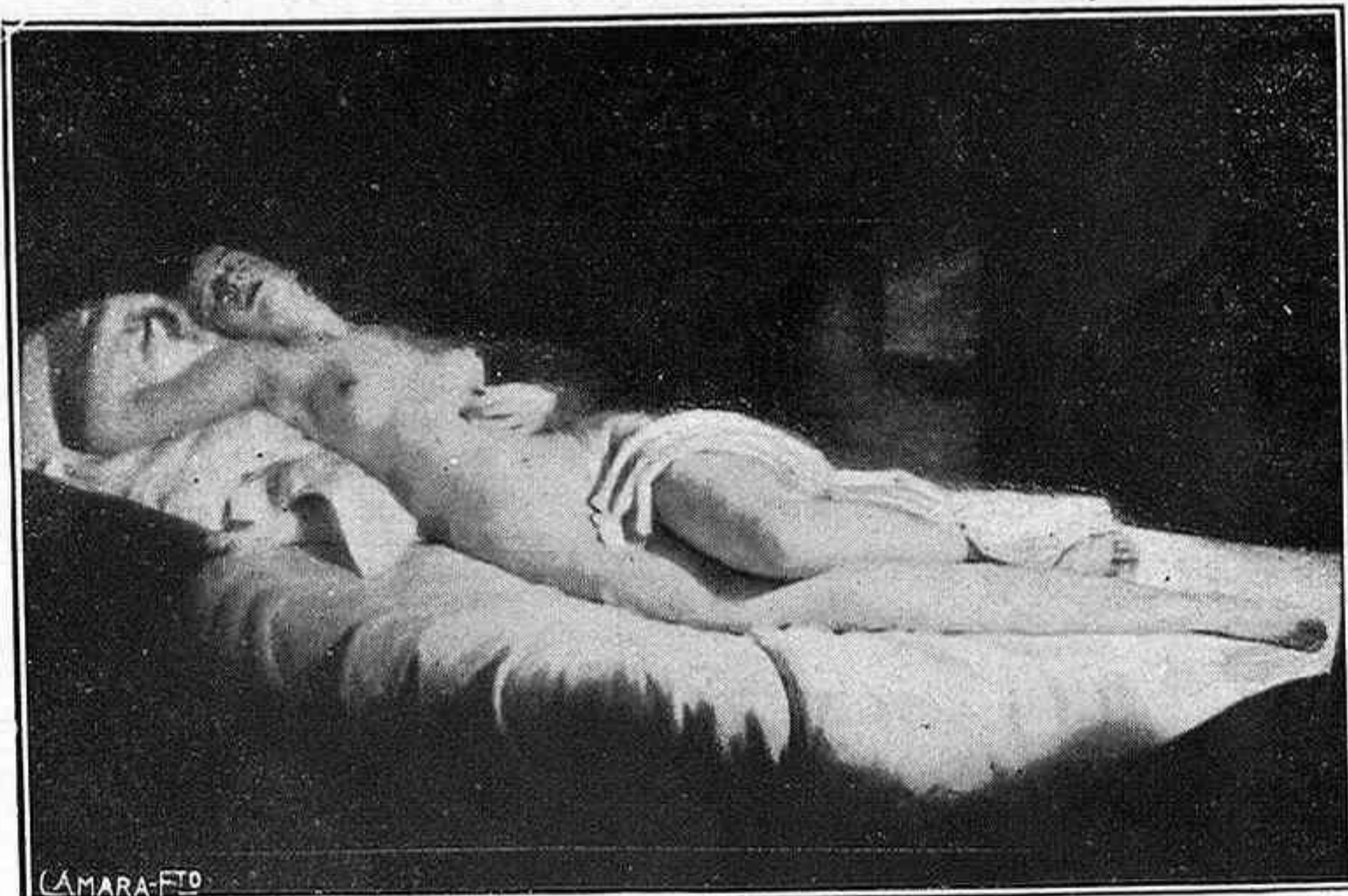
En Madrid ha fallecido recientemente el marqués de Cerralbo, ilustre aristócrata a quien su entusiasmo y su devoción por el arte español le habían hecho formar en su magnífica casa-palacio un interesantísimo museo en que se guarda incalculables riquezas de valor artístico é histórico. Su muerte ha producido hondo sentimiento, principalmente entre los devotos de nuestro arte, de los cuales era muy querido y admirado el insigne aristócrata. De la casa en que el marqués de Cerralbo guardaba sus grandes joyas arqueológicas publicamos nosotros en estas mismas páginas de LA ESFERA una información gráfica en que se recogía lo más interesante de la suntuosa mansión de aquella ilustre figura de nuestra arqueología.



Luis de Oteyza, el gran periodista director de *La Libertad*, ha reunido en un cuidado volumen las emocionantes impresiones y las declaraciones interesantísimas que recogió durante su reciente y arriesgado viaje a Aydir, en compañía de José Díaz y de Alfonso Sánchez (hijo). Reunidas las admirables páginas que hicieron obtener á Oteyza uno de los éxitos más rotundos y entusiastas del periodismo español, adquieren, en el volumen que acaba de publicar, más honda emoción, más apasionado interés y más indudable trascendencia.



El acorazado «France», que se ha ido á pique en la bahía de Quiberón, hace pocos días. Desplazaba el buque 23.000 toneladas y había sido construído en 1912



El *clou* de la gran Exposición pictórica que se está celebrando actualmente en el «Waldorf Astoria», de Nueva York, es el cuadro «Venus dormida», obra del famoso artista Frederick Rocheret. La crítica en general considera este magnífico estudio como algo acabado dentro del género á que pertenece. Constituye un detalle interesante que ha servido de modelo, para «Venus dormida», cierta princesa perteneciente á una de las más antiguas familias romanas.



Una bella actriz norteamericana, miss Russel, y con decir que es bella reconocemos que tiene derecho á todas las extravagancias, ha lanzado en Nueva York una nueva moda: Es sacar á paseo unos grotescos muñecos de trapo, á los que ha puesto el nombre de «Daddy Doll». Su primera aparición en la aristocrática Quinta Avenida fué un éxito loco. Veinticuatro horas más tarde no había muchacha *bien* neoyorquina sin su «Daddy Doll» en los brazos.

PÁGINA PANORAMA DE BAÑISTAS

“ELEGANCIAS”



Varios modelos de elegantes trajes de baño: 1. Modelo en «taffetas» verde almendra con bordados negros. 2. «Maillots»-jersey de seda rojo frambuesa, con bordados y rayas en azul rey. 3. Traje de baño, de raso negro, con un gran sol bordado en oro. 4. Traje de estambre azul rey, con incrustaciones cuadradas en negro y pantalón también negro. 5. Traje de «taffetas», en amarillo oro con volantes superpuestos y ribeteados con cintas azul marino

LA revista *Elegancias*, esa gran revista femenina que aparecerá en los primeros días de otoño, que será un complemento indispensable de información para toda mujer refinada y una necesidad para la elegante moderna, no quiere dejar de presentar á sus lectoras que han venido leyendo nuestras páginas de propaganda algunos modelos de trajes de baños que han hecho su aparición últimamente.

Estas notas «adelantadas», digámoslo así, de las modas femeninas del día en todos sus aspectos, darán á comprender á nuestras lectoras el vasto programa que nos proponemos desarrollar en la revista *Elegancias*.

CARICIA DE AGUA SALADA

Las floridas playas de la Mancha y del Océano se llenan de lindas bañistas á quienes no les da miedo el ardor del sol ni el cáustico beso del agua salada.

En ciertas playas elegantes han tomado la precaución de instalar grandes pergolas con multicolores telas tendidas, que las olas bañan.

En esta temporada los trajes para baño han ido siendo cada vez más elegantes. Se ven pocos *maillots* ajustados y, en cambio, muchos más verdaderos vestidos para baños.

La elección de un traje es cosa delicada; el *maillot* ajustado es práctico, pero no peca de decente.

Desde hace mucho tiempo en las playas francesas y americanas las señoras llevan verdaderos trajes de tafetán ó de alpaca de tonos abigarrados, y en aquellas playas floridas diríase una reunión de jóvenes mundanas dispuestas á tomar el té.

El verdadero traje de baño que permite pasearse durante la tarde en la playa debe consistir en un *maillot* ajustado, que se cubre con una túnica de alpaca muy ancha, muy fruncida, bordada con lana, y que constituye en sí como un trajecito de deporte.

Fig. 1.—Lindo traje de tafetán verde almendra con cenefa de cintas con brillo verde obscuro. El cuerpo es con cintura baja; pantalón zuavo.

Fig. 2.—*Maillot* ajustado de jersey de seda frambuesa, orillado con cinta negra brillante; tirillas de la misma cinta en las piernas y en el pecho dan animada nota.

Fig. 3.—Exquisito vestido de baño, de raso ó tafetán cabeza de negrito, ancho sol en el costado, bordado con lana amarilla, del cual arranca ancho cinturón banda con paños colgantes á los lados.

Fig. 4.—Vestido para baños, de estambre azul gobelino, cuyos cuadros de paño negro incrustados forman todo el adorno. Pantaloncito negro por debajo; cinturón.

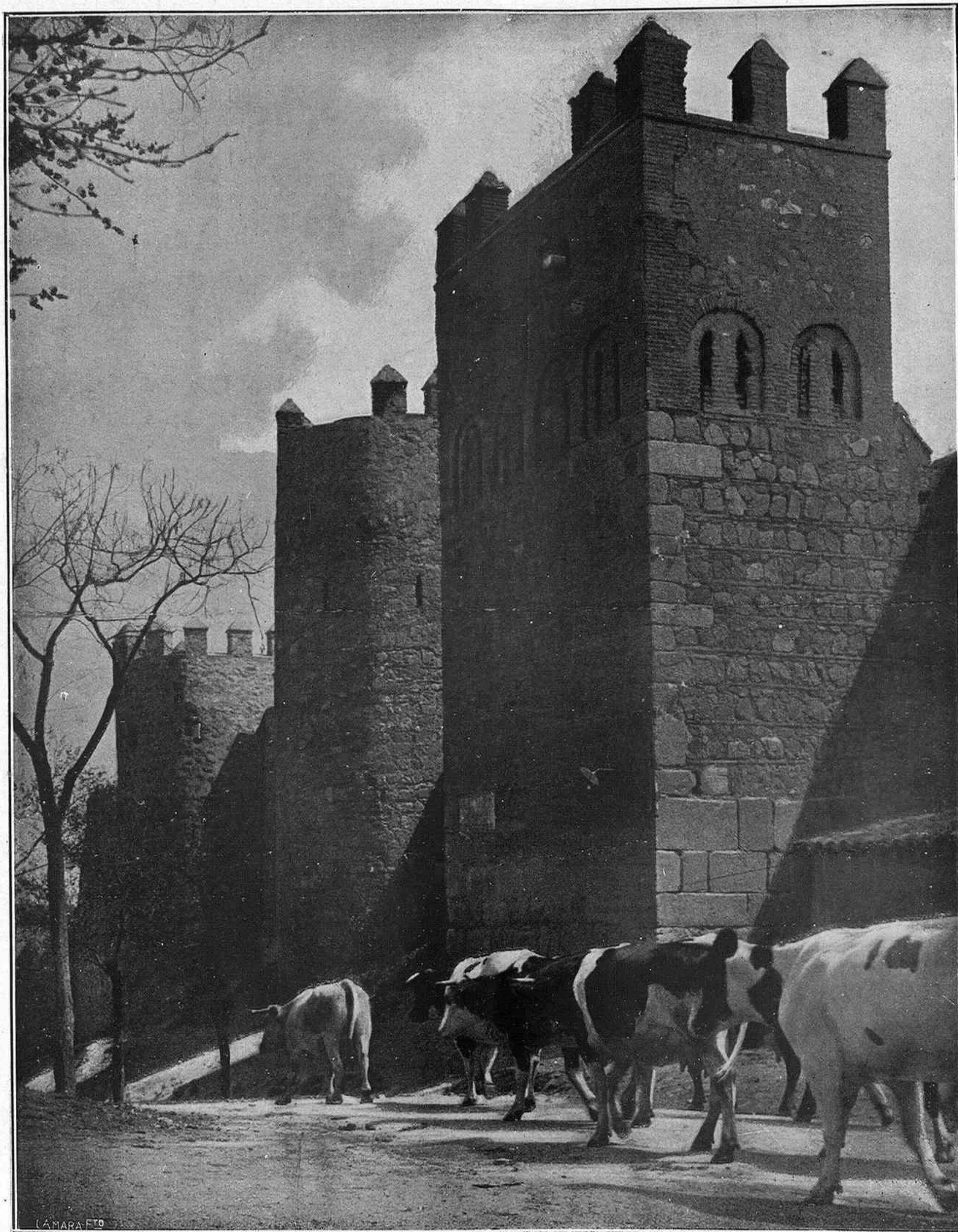
Fig. 5.—Vestido de tafetán amarillo botón de oro, con volantes que imitan los plieguecitos, hechos de bieses superpuestos.

En la toca y en las caderas, moñas de cintas terminan la jareta.

DEL TOLEDO
ROMANTICO



LAS TORRES DE LA REINA



De entre todas las murallas de esta ciudad-museo, imperial siempre, *gloria de España*, ninguna como éstas, tan bellas, tan gallardas, tan bien conservadas.

¡Son las torres de la Reina!

Son las venerables piedras sobre las que vivió una mujer—doblemente interesante por ser mujer hermosa y por ser reina de Toledo—sus horas más sentidas: su vida toda consagrada holocaustamente á la ciudad que defendía, á la ciudad toledana.

Son las torres sobre las que en horas de calma, de paz augusta, ella, la reina, recreábase contemplando los alrededores, los cigarrales, la vega, el potente Tajo: todo el paisaje castellano.

Respectables piedras milenarias, tenéis el ma-

yor tesoro, el valor inapreciable de haber sentido, de haber recogido en vuestro regazo lágrimas y risas de la mujer más interesante, de la más brava reina de Toledo.

Victoriosas torres, que conserváis todavía la mayor belleza, la más soberana galanura, la fortaleza más bravía, ¿qué poder mágico os domina?

¿Cuál es vuestro secreto?

¿Por qué vuestro dominio sobre todas?

¿Por qué?

.....
Por *ella*; porque fuisteis sus miradores famosos, históricos; porque tras estos muros oscuros y férreos, pero limpios y severos, estuvo *ella*..., y aún sigue, dominándolos, imponiéndoles su *yo* excepcional y grandioso.

Aquí está su alma, el espíritu admirable de aquella gran mujer, que es todo el secreto de la recia hermosura que las distingue aún y las distinguirá siempre.

¡Son las torres de la Reina!

Torres femeniles, pero bravas, altivas como ningunas, dominadoras.

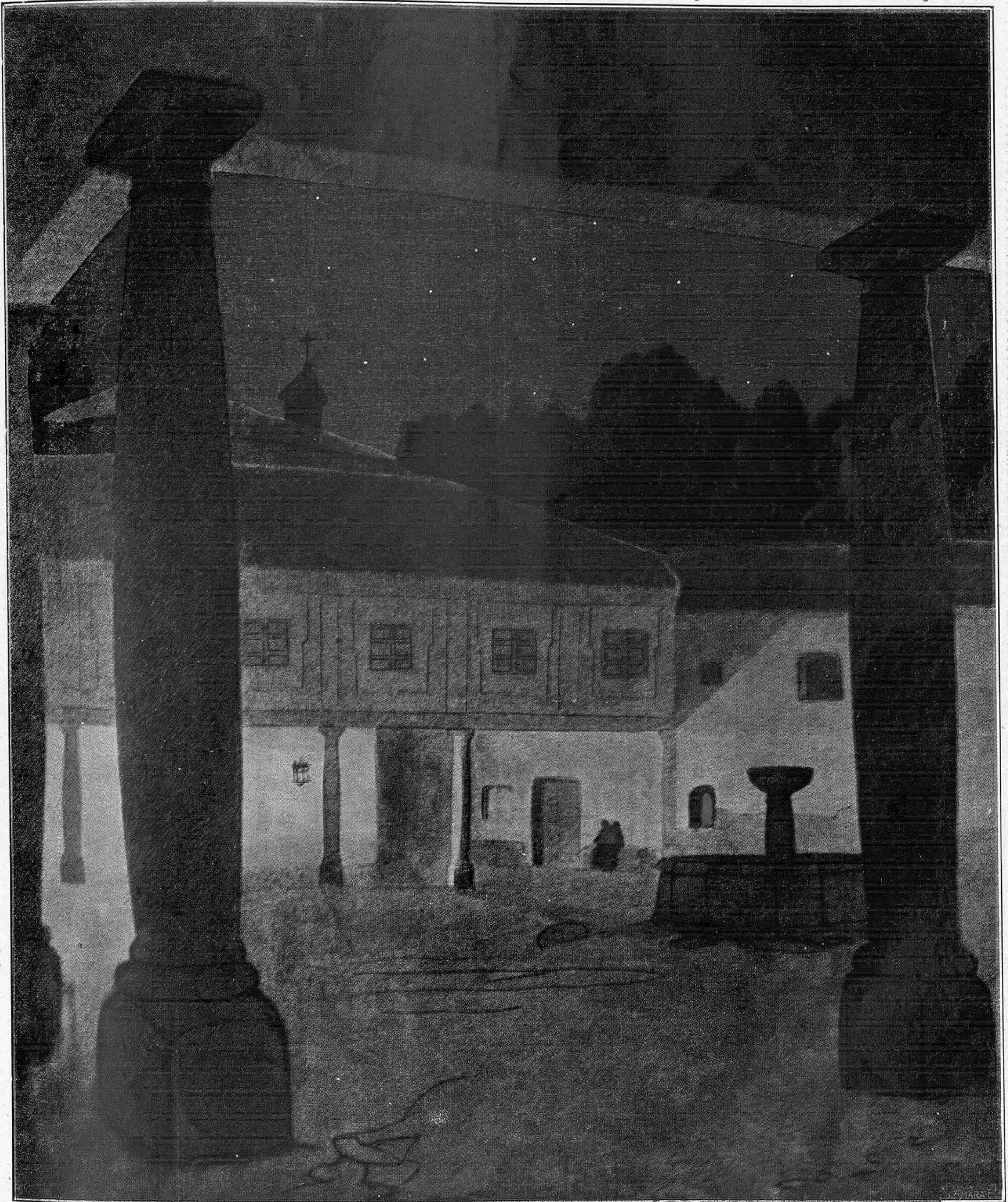
Regias piedras toledanas, sobre las que una mujer, la más excelsa alma femenina, vivió y vive exquisitamente... Sí. De noche, en las noches misteriosas del Toledo magistral, cuando el pueblo duerme y la ciudad vive sus horas más sublimes, una sombra blanca asómase entre sus almenas y las contempla con amor...

SANTIAGO CAMARASA

FOT. CLAVERÍA

LA ESFERA

EL MONASTERIO DEL PAULAR



PATIO DEL «AVE MARÍA». dibujo original de Simonet Castro



LA COFRADÍA DE LOS CIPRESES

FALTA UNA SOMBRA



Las comadres de bronce, esas parladoras campanas que desde los miradores del viejo campanil remozado lo escrutan todo y todo lo comentan, avisándonos de las más minuciosas efemérides del lugar, no han registrado en su crónica metálica la infausta nueva.

No nos han dicho que en el Calvario, entre la cofradía de los cipreses, falta una sombra...

¡Oh, viejas campanas, campanas ladinas! ¡Qué orondas vivís erguidas sobre el pueblecillo que agrupa su vasallaje á vuestros pies, al abrigo de las altas montañas por donde baja la primavera!

Desde esa elevada atalaya en donde presidís la resurrección primaveral, á cuyo influjo todo se estremece y abrillanta y florece y sonríe, no habéis querido turbar vuestro arroboamiento con la impertinencia de una noticia triste.

Pero es cierto; no resucita todo ahora, que ha muerto un ciprés añorando las pías manos del hermano Francisco, que hubieran ido á asirse de vuestra cuerda para desperezaros haciendo llorar un poco por la sombra que falta en el Calvario.

Silenciosos, erguidos en largas filas, encapuchados de perenne follaje, se extienden los cipreses, desde las afueras del pueblecillo hasta la cumbre de una loma, custodiando el *vía crucis*, como frailes de una cofradía que tuviese en este Calvario su monasterio. Bordean y trazan el camino por donde han de pasar los fieles procesionalmente en el día de la Pasión, y junto á los casetones de adobes y argamasa encaperuzados de teja, donde se resguardan los azulejos que reproducen el *vía crucis*, se mantienen en guardia de honor, ofreciendo su sombra para la tregua que hay que hacer durante el rezo ritual.

Entonces es cuando el pueblecillo agricultor repara,

con desprecio y con envidia, en estos augustos señores del silencio, tildándolos de parásitos de la tierra.

¡Casta más inútil! Tantos cuidados para el agradecido y productivo frutal, que la helada retrasa y el insecto corroe y el pedrisco arruina, y para esta tropa inútil nada que la perjudique durante el año.

No hay gusanera que los destruya, ni sol que los agoste, ni escarcha que los hiele, ¡ni rayo que los aniquile! El labriego aún sospecha que todo el sudor que de su frente cae en el surco, todo el abono que derrama en los bancales para la prosperidad de la cosecha, por el secreto de las escondidas y misteriosas venas de la tierra, va á parar y á convertirse en la savia que alimenta

fronda cobijan á las aves insectívoras que limpian de destructores los campos, é impregnan el aire con unas emanaciones que son fuerza y salud en el pueblo.

Cumplen su misión, como todos, y, como todos también, son perecederos. Ahí lo tenéis, en plena primavera, cuando todo resucita, cuando todo se abrillanta y florece y se engalana y perfuma, ha dado su alma á la inmensidad y ha dejado su esquelética momia, rigidamente erguida el pie del pueblecillo alegre, sobre el fondo de las montañas limpias y serenas, bajo el palio del cielo.

Hace ya días que pasó por aquí la procesión, turbó un instante el recogimiento y la paz de este lugar donde tiene su raigambre la cofradía de los cipreses, descubrió la falta de una

á los cipreses. ¡Así están ellos!

Y ellos, sin embargo, cumplen su misión, como todos. Cuando la tempestad amenaza arrasar las cosechas y sale el labriego á otear el horizonte, con sus lánguidos cabellos, desde el Calvario, les recuerda la rogativa religiosa. En su espesa

sombra donde se cobijaba siempre para uno de los rezos, y todo ha vuelto á quedar igual, como si todo estuviese lo mismo. Y, sin embargo, falta una sombra; ha muerto un ciprés,

que ya no volverá á cobijar en su fronda espesa aquel enjambre de pájaros que, al más leve ruido, salía tumultuosamente, como si el árbol fuese un cerebro que lanzase sus pensamientos, ó un corazón que dejase escapar sus ilusiones.

Hace ya días que pasó por aquí la procesión, turbó un instante el recogimiento y la paz de este lugar donde tiene su raigambre la cofradía de los cipreses, descubrió la falta de una

sombra donde se cobijaba siempre para uno de los rezos, y todo ha vuelto á quedar igual, como si todo estuviese lo mismo. Y, sin embargo, falta una sombra; ha muerto un ciprés, que ya no volverá á cobijar en su fronda espesa aquel enjambre de pájaros que, al más leve ruido, salía tumultuosamente, como si el árbol fuese un cerebro que lanzase sus pensamientos, ó un corazón que dejase escapar sus ilusiones.

Y las ladinas campanas, que lo vieron morir, no lo han dicho... ¡Oh! ¡Si el hermano Francisco de Asís llega á presenciar esta tragedia, cómo hubiese ido á sacudir vuestra pereza tirándoos de la cuerda, para que lloráseis un poco por esa sombra que falta en el Calvario!

JULIO HOYOS

FOTS. E. SABOYA



LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

EL CENTENARIO DE ELCANO

EN la Corte del primer rey Carlos de España — durante aquellas jornadas en que nuestra bandera tremolaba triunfalmente bajo la cúpula de todos los cielos—se presentó un día Fernando Magallanes, navegante portugués que buscó el amparo del Monarca español para el cumplimiento de los audaces proyectos que cobijaba su mente y de las ideas aventureras y gloriosas que anidaban en su espíritu... Magallanes quiere buscar por Occidente un camino a las Islas Molucas ó de las Especias, descubiertas por los marinos lusitanos en sus célebres exploraciones orientales, y Carlos I acepta el atrevido pensamiento del navegante portugués y se dispone á darle los medios necesarios para su empresa... De este modo comienza á convertirse en una viva realidad el atrevido proyecto, y de este modo iba á comenzarse el descubrimiento de la Oceanía, de este otro nuevo mundo que añadir al descubierto—veintitantos años antes—por Cristóbal Colón...

Un día de Agosto de 1519 zarpa de Sevilla la flota que el Emperador había puesto á disposición del nauta lusitano... Son cinco naos: *Trinidad*, en que iba el almirante, *Victoria*, *San Antonio*, *Concepción* y *Santiago*... La tripulación total está compuesta de dos-

cientos sesenta y cinco hombres, de los cuales veintitrés eran italianos, veinte portugueses, diez franceses, cuatro flamencos, un alemán, un inglés y el resto españoles... Parte la flota, animada por un espíritu de conquista y aventura, y dirigida por el pensamiento audaz, hábil é inteligentísimo de Fernando Magallanes... Se dirige á América del Sur en busca de algún paso ó estrecho que comunique el Atlántico y el mar descubierto por Balboa: bordea toda la parte litoral de la Patagonia, donde—en el puerto de San Julián, en que tuvieron que pasar un crudísimo invierno sobre tierras inhóspitas—hubo de reprimir una fuerte rebelión de los que le acompañaban... Al fin, encuentra dicho paso entre el extremo meridional del Nuevo Continente y la Tierra del Fuego, y embocando por él la flota penetra en el inmenso Pacífico, aquellos días manso y encalmado. Cruza la enorme extensión líquida en busca de las Molucas, y un día de Marzo de 1521, cuando los escasos navegantes que quedaban, desesperanzados, desconfiaban de encontrar tierras en aquella inacabable soledad del mar, Magallanes aborda á la isla de Guaham, del grupo de las Marianas...

Después de esta primera tierra poblada descubierta por Magallanes en el Gran Océano, el ilustre navegante portugués encuentra las Islas Filipinas, en una de las cuales perece peleando heroicamente, al frente de algunos pocos compañeros, contra grandes masas de feroces indígenas...

Entonces, se pone al frente de la expedición, reducida ya solamente á la gloriosa nao *Victoria*, un insigne marino español, Juan Sebastián Elca-



JUAN SEBASTIÁN ELCANO

(Estampa antigua que se halla en la Exposición Naval de San Sebastián)

no, que había nacido en Guetaria (Guipúzcoa) hacia 1486... Este comandante, en la única nao que quedaba de las cinco que partieron de España, toca en las Molucas, objeto de la expedición,



Monumento erigido á Juan Sebastián Elcano en Guetaria
FOT. OJANGUREN

y emprende el regreso á España, llegando la *Victoria* á Sanlúcar, con diez y ocho personas, el día 6 de Septiembre de 1522...

Fué, por tanto, para gloria de nuestra España, Juan Sebastián Elcano el primero que dió la vuelta al mundo... De este modo hizo una práctica demostración de la esfericidad de la Tierra, porque marchando siempre en la misma dirección volvió al punto de partida. Por eso Carlos V, al recompensar y ennoblecer al heroico marino español, le dió, entre otros honores, un escudo que tenía por blasón un globo con esta leyenda: *Primus circumdedisti me*. (El primero en dar la vuelta á mi alrededor...)

ooo

El cuarto centenario de la fecha gloriosa en que llegó á Sanlúcar, tras de su largo viaje, Elcano en la *Victoria*, ha sido celebrado con extraordinario esplendor en Guetaria, cuna del marino español... Al cumplirse cuatrocientos años después de aquel 6 de Septiembre de 1522, en que arribó á un puerto de España la nave más triunfadora de la expedición, una cálida ráfaga de evocación y de españolismo ha pasado por todas las frentes...

Las aguas cantábricas españolas se han visto y se ven surcadas, en los días solemnes del

centenario, por espléndidos buques de todas las naciones extranjeras, que no han querido dejar de enviar su entusiasta adhesión á la conmemoración de esta fecha... Las ilustres representaciones que han enviado los Gobiernos de los países extranjeros; la brillantez desplegada por el Estado español para celebrar dignamente la fecha, y, además de esta magnífica contribución oficial, la aportación valiosa, sincera y cordialísima del elemento popular, lleno esta vez de fervoroso entusiasmo, han hecho de la conmemoración del cuarto centenario una serie de actos en que la solemnidad y la grandeza estaban en íntima armonía con el sentimiento del pueblo... Ante la estatuaalzada en Guetaria á la memoria del ilustre navegante español, la multitud allí congregada ha sentido en toda su intensidad y en toda su emoción la grandeza de aquellas jornadas de aventura y de peligro en que Elcano supo conducir á su nave, dando la vuelta al globo, á la patria inmortal de que salió...

Solemnidad magnífica y relieve espléndido han tenido las fiestas y los actos celebrados en Guipúzcoa por este centenario, con asistencia de numerosas é ilustres personalidades oficiales de España y del Extranjero... Pero, acaso, ha sido de más intensidad y de más belleza que el gran esplendor oficial la simple evocación—viva, estos días del centenario, ante todos los pensamientos—de aquel viaje arriesgado, una de las más legítimas glorias de España y uno de los acontecimientos de más positivo valor y de interés más extraordinarios entre los muchos que son ornato y gala de la historia inmortal de la nación española.

jinetes fué pasando ante la casa que había sido de Pirovani, Robledo miró sus ventanas con cierta inquietud:

«¡Si iremos—se dijo—al encuentro de otra desgracia proporcionada por esa mujer!»

En aquel momento Watson abandonaba su caballo, y seguido de Cachafaz empezó á arrastrarse entre ásperos matorrales. El mesticillo le había conducido á una altura arenosa, en el borde de la altiplanicie, desde la cual podían verse casi verticalmente las ruinas del rancho de la India Muerta.

El conocía de fama este sitio. Veinte años antes estaba habitado por gentes que hacían pastar sus ovejas en los campos inmediatos. Pero el capricho de los huracanes los había cubierto de pronto con una gruesa capa de arena. Además, el pozo del rancho, que proporcionaba una agua relativamente dulce, no ofrecía ya más que sal líquida. Los hombres habían huído, arruinándose con rapidez las construcciones de adobes. Únicamente los vagabundos buscaban el abrigo de sus techos rotos.

Watson sintió cierto asombro al poder avanzar á gatas entre el ramaje de la colina arenosa sin que el ladrido de ningún perro avisase su presencia. Esto le hizo temer que Cachafaz se hubiera equivocado en sus deducciones y el rancho estuviese desierto. Pero el pequeño mestizo, que avanzaba delante de él, se detuvo entre dos matorrales y luego volvió el rostro, haciendo un gesto para que se aproximase.

Metió su cabeza igualmente entre las ramas, y pudo ver, veinte metros más abajo, una explanada arenosa, en el centro de la cual estaban las ruinas del rancho. Dos caballos iban de un lado á otro con paso tardo, buscando las hierbas ralas para mascarlas, y un hombre estaba sentado en el suelo teniendo un rifle sobre las rodillas.

Cachafaz le habló al oído tenuemente.

—Es uno de los que se llevaron á la patroncita.

Por más que miró Watson estirando su cuello, no pudo ver á otra persona. Retrocedió á rastras, abandonando su observatorio, y al llegar al pie de la colina sacó de un bolsillo un lápiz y una carta olvidada, de la que arrancó una hoja. Cachafaz le miró mientras escribía, con sus ojos de animalejo astuto, como si adivinase lo que iba á encargarle.

Le entregó Ricardo el papel, señalando á continuación el lugar donde había dejado su caballo.

—Corre al pueblo y da esta carta al señor Robledo el ingeniero, ó al comisario... Al primero que encuentres.

Quiso añadir nuevas explicaciones; pero el dueño cobrizo ya no podía escucharlas. Se había lanzado cuesta abajo, y poco después saltaba sobre el caballo, desapareciendo al galope.

Volvió otra vez Ricardo á subir la ladera arenosa para observar lo que pasaba en el rancho. Ahora vió á dos hombres: el mismo de antes, que continuaba sentado en el suelo con su carabina sobre las rodillas, y frente á él, de pie y sin otras armas que las del cinto, un gaucho, al que reconoció inmediatamente, pues era Manos Duras. Hablaban los dos; pero no pudo oír sus palabras por ser grande la distancia que le separaba de ellos. Esto hacía inútil su observación por el momento. Tampoco pudo pensar en atacarlos, ni aun valiéndose de la sorpresa. Sólo eran dos los enemigos que tenía á la vista; pero indudablemente los otros dos estaban en el interior de las ruinas, tal vez durmiendo.

«¿Dónde guardarán á Celinda?», pensó el joven.

Arrastrándose siempre entre los matorrales, empezó á seguir el contorno de la loma de arena, para poder ver las ruinas por el lado opuesto. Los dos bandoleros continuaron hablando, sin sospechar que sobre el borde de la pendiente que tenían junto á ellos se deslizaba un hombre espíandolos.

El acompañante de Manos Duras, que era el llamado Piola, le habló con tono de reconvención.

—Bien sabéis vos que no me gustan negocios en que hay hembras de por medio. Casi nunca terminan bien, y además, arman un bochinche de los demonios. Mejor era habernos ido á tomar «hacienda» en el Limay, para luego venderla en la Cordillera. Mejor también habernos llevado las vacas del viejo Rojas y convertirlas en plata, en vez de entretenernos como unos muchachos en robarle su vaquillona.

Manos Duras contestó con un gesto de hombre superior que no consideraba necesario explicar la conveniencia de sus actos. Piola continuó:

—Tal vez tengás vos tus razones para eso. Nosotros te ayudamos como hermanos; pero si te han dado plata por llevarte á esa señorita, debías partírtela con nosotros.

El gaucho tomó una actitud altiva.

—Nada de plata. Te expliqué que esto es venganza; la peor para ese viejito que me insultó... Ya sabés también nuestro trato. Me la guardáis; y luego, cuando estemos en la Cordillera, será para vosotros.

Piola sonrió con una alegría repugnante al oír mencionar este convenio.

—Bueno. Te la guardaremos—dijo—. Tú serás

el primero..., si es que vuelves á juntarte con nosotros no más lejos que mañana. Si tardas no la encontrarás entera... Pero, ¿por qué no emprendés viaje ahora con nosotros? ¿Qué tienes que hacer en la Presa esta noche, que nos abandonás?

—Un cobro—contestó Manos Duras, con petulancia—. Quiero dejar mis cuentas bien arregladas antes de irme.

Como el otro no podía explicarse el optimismo de su compañero, empezó á hacer cálculos. Tal vez á aquellas horas ya se sabía en el pueblo lo ocurrido en la estancia de Rojas. Y si aún lo ignoraban, lo sabrían antes de que transcurriese mucho tiempo, ó sea tan pronto como volviese don Carlos á su casa; después del inútil viaje á la Presa. ¿No temía Manos Duras que el comisario y las demás gentes del pueblo le atribuyesen el rapto de la muchacha?

—Puede que sea así—contestó el gaucho—. ¡Pero me han supuesto tantas cosas, sin llegar á probarme ninguna!... Si me ven en el pueblo, acabarán por creer que no he tenido parte en este negocio. Ninguno de la estancia me ha visto. Además, me iré primeramente á mi rancho, por si alguien se allega por allá, y sólo á la tardecita entraré en la Presa como otras veces... Creo que á media noche habré terminado mi negocio y podré salir para alcanzaros.

Guiñó un ojo Piola, señalando al mismo tiempo con su diestra el rancho inmediato.

—¿Qué dice ella?

—Cree que nos la hemos llevado para pedirle dinero al viejo. No adivina lo que le aguarda... Es una muchacha «guapa», y no parece tener mucho miedo ahora que se le ha pasado el primer susto. ¡Pucha, lo que me dió que hacer cuando la traía en mi flete!... La tengo ahí dentro con las manos atadas, pues de no estar así se defiende y habrá que pegarla como á un hombre.

Manos Duras quedó pensativo, añadiendo luego con una sonrisa cínica:

—No he querido quedarme ahí dentro porque vos comprenderás, hermano, que es muy expuesto estar á solas con una buena moza así... Te diré que hay otra que me gusta más, y espero verla muy pronto. Pero ésta también es de aprecio, y si uno está solo con ella, sopla el diablo, se empiezan á hacer cosas por entretenerse no más, pierde uno la razón, y no sabe cuándo y cómo terminará. Ahora estamos en tierra enemiga, y no hay que olvidarse de ello ni perder el tiempo... La fiesta me la reservo para mañana. Hoy tengo otras cosas que hacer para que mi juego resulte completo... En cuanto vuelvan los compañeros nos decimos adiós. Vosotros seguíis viaje con la vaquillona, yo me vuelvo á mi rancho, y hasta mañana si Dios quiere.

Ricardo se arrastró inútilmente entre los matorrales, no viendo más que á los dos hombres enfrascados en su conversación y el rancho ruinoso, que por el lado opuesto tenía cerrada su única entrada con unos maderos mal unidos. Empezó á dudar si los raptos de Celinda la habrían ocultado allí, ó estaría la joven en un escondite más difícil de descubrir, bajo la guarda de los otros dos cordilleranos.

Al fin, cansado de una observación sin éxito, se deslizó por la colina de arena, viniendo á sentarse en el lugar donde Cachafaz había montado su caballo. Así permaneció mucho tiempo, deseando que transcurriesen las horas con prodigiosa rapidez y terminase el suplicio de una espera impotente, viendo aparecer á lo lejos el auxilio que había pedido á sus amigos.

Sus ojos, que examinaban el horizonte, sin ver en él nada extraordinario, se animaron de pronto al distinguir un pequeño jinete que iba agrandándose en el avance de su galope continuo. Minutos después pudo reconocerlo con facilidad, por haberle visto aquella misma mañana. Era don Carlos Rojas.

Aunque venía hacia él, consideró prudente salir á su encuentro, y echó á correr con toda la velocidad que le permitía el suelo arenisco surcado por las raíces de los matorrales, que el viento había dejado descubiertas, y en las que se enredaban sus pies, haciéndole dar violentos tropezones.

Viéndole surgir á un lado del camino, don Carlos encabritó su caballo, sacando al mismo tiempo el revólver del cinto. Después, al reconocerlo, echó pie á tierra.

No llegaba á explicarse Watson esta aparición del estanciero, pues él había dirigido su aviso á los amigos de la Presa. Además, le veía llegar solo.

—¿Dónde están los otros?—preguntó—¿Ha visto usted á Robledo?

La respuesta de don Carlos fué evasiva.

El ingeniero y el comisario tal vez vendrían detrás de él ó tal vez tardasen horas.

—Yo no he querido aguardarlos. Son algo... cachazudos; á saber cuándo llegarán. Me faltó paciencia, y aquí estoy.

Luego fué explicando cómo en mitad de su camino, cuando iba directamente hacia el rancho de

Manos Duras, sin pasar por su estancia, vió venir hacia él un jinete que galopaba á rienda suelta. Sacó el revólver para detenerle, pero no hizo uso del arma al fijarse en su aspecto.

—Era como una mona sobre un caballo, y reconocí en esta mona á Cachafaz. Me contó que usted estaba aquí; me enseñó su papel, y yo le dije que avisase á los que vienen detrás para que no pierdan tiempo pasando por mi estancia y que él les sirva de baquiano, trayéndolos directamente... ¿Qué es lo que ocurre?

Marcharon los dos entre matorrales, siguiendo las huellas que había dejado Watson al salirle al encuentro. Rojas llevaba su caballo de las riendas y lo dejó en el mismo sitio donde Ricardo había dejado antes el suyo. Luego subieron de rodillas y apoyándose en las manos la pendiente arenosa desde cuyo filo podían observar el rancho de la India Muerta.

Al asomarse entre el ramaje, vieron á Piola sentado en el suelo, lo mismo que antes, pero solo, pues Manos Duras había desaparecido.

Este hombre fumaba, mirando en torno inquietamente, como si sus sentidos, aguzados por la vida aventurera en el desierto, le avisasen la cercanía oculta del enemigo.

De vez en cuando estiraba el cuello, mirando á lo lejos con el deseo de ver la llegada de alguien.

—Ataquémosle—dijo en voz baja don Carlos.

Nada le importaba que el cordillerano tuviese su carabina pronta sobre las rodillas. El y Watson contaban con sus revólveres.

—No hay que olvidar al otro que está oculto—contestó el ingeniero.

—¿Y qué? Serán dos, y nosotros también somos dos... Voy á voltear á ese bandido.

Tiró de su revólver con la idea de hacer fuego desde allí, sin tener en cuenta la distancia; pero Watson le contuvo con su diestra, murmurando al mismo tiempo junto á uno de sus oídos:

—Hay dos hombres más, que no sé dónde están. Esperemos á que lleguen nuestros compañeros.

Permanecieron en un estado de dolorosa indecisión, fluctuando entre la espera prudente ó la loca aventura de atacar á unos enemigos cuyo número exacto ignoraban.

No tardó Watson en saber dónde se habían ocultado los otros dos camaradas del gaucho. Sonaron lejanos los furiosos ladridos de varios perros. Piola dió un grito y Manos Duras salió del rancho, asomándose á la esquina de adobes y quedando visible por unos momentos para los que espían tendidos entre los matorrales.

Eran los cordilleranos que llegaban. Después del rapto se habían dirigido al rancho de Manos Duras para traer la tropilla de caballos que debía acompañarles en su viaje á los Andes, así como los víveres y demás objetos necesarios en tan larga expedición. Los perros del rancho se habían incorporado á la tropilla.

Algún tiempo después fueron entrando en la arenosa explanada los dos jinetes, armados con carabinas, y seis caballos en libertad que formaban un grupo compacto, sosteniendo sobre sus lomos sacos y fardos sujetados con cuerdas. Los tres perros de Manos Duras, después de saltar junto á las ruinas saludando con alegres ladridos á su amo invisible, se mostraron inquietos y empezaron á husmear en torno á ellos. Luego prorrumpieron en aullidos feroces. Babeando de rabia y con los colmillos amenazantes intentaban subir la arenosa cuesta, retrocediendo á continuación para avisar á los gauchos la presencia del enemigo oculto.

Los dos jinetes, que aún no habían desmontado, después de silbarles inútilmente participaron de su inquietud, mirando con ojos hostiles los matorrales de la altura próxima.

—Nos han descubierto—murmuró el estanciero—. Mejor: así acabaremos de una vez.

El norteamericano, reconociendo la imposibilidad de hacer otra cosa, le siguió ladera abajo hasta donde estaba el caballo. Montó en él don Carlos después de examinar si su revólver salía fácilmente de la funda. Watson marchó á pie, apoyándose en una pierna de Rojas, y de este modo avanzaron los dos francamente hacia el rancho.

Cuando llegaron á él, siguiendo á los tres perros, que retrocedían sin dejar de mostrarles sus colmillos y ladrando furiosos, vieron á los dos cordilleranos todavía á caballo, y á Piola, con su carabina apoyada en el pecho, pronto á hacer fuego. Don Carlos se dirigió á él como si fuese el jefe.

—¿Dónde está mi hija?—preguntó impetuosamente.

Le escuchó el gaucho andino con rostro impasible, como si no le comprendiese.

—Nada de palabras inútiles—continuó el estanciero—. Si lo que queréis es plata, hablemos, y puede que nos entendamos.

Piola permaneció silencioso. Mientras tanto, obe-

(Continuará en el próximo número)



SU BAÑO
SERÁ DOBLEMENTE HIGIÉNICO
si le añade una
pequeña cantidad
de
AGUA DE
COLONIA AÑEJA
que purifica el agua
la suaviza y le
comunica todo su
agradable perfume.
Frasco. 2,50
PERFUMERÍA GAL MADRID

Idea

La **Editorial "Mundo Latino"** acaba de publicar nuevas ediciones de las siguientes obras de

El Caballero Audaz

La Virgen desnuda
De pecado en pecado
Desamor
El pozo de las pasiones
En carne viva
La bien pagada
La sin ventura

El divino pecado
San Sebastián
Con el pie en el corazón
Hombre de amor
Un hombre extraño
Lo que sé por mí

(Más de trescientas intervius recogidas en diez volúmenes)

PEDIDOS DIRECTAMENTE:

Editorial "Mundo Latino". - Apartado 502. - Larra, 10. - Madrid

¡COMERCIANTEST! ¡EXPORTADORES-IMPORTADORES! Consulten el:

ANUARIO DE LA AMERICA LATINA

EDICION DE 1922

El Anuario de la América Latina constituye el medio más eficaz para el fomento del comercio hispanoamericano. — Es la única guía comercial que contiene todos aquellos países y la más completa en su género.

Contiene más de dos millones de datos (señas) del Comercio, la Industria, Agricultura, etc., etc., de las veinte Repúblicas Iberoamericanas, Puerto Rico e Islas Filipinas. 12 MAPAS primorosamente editados en colores.

Publica, además, una nutrida SECCION EXTRANJERA con señas de las Casas más importantes de casi todos los países del mundo.

Dos tomos sólidamente encuadernados: 75 pesetas.
Franco de portes en toda España.

Editores: **Anuarios Bailly Bailliere y Riera Reunidos, S. A.**
Consejo de Ciento, 240. — BARCELONA. — Telégrafo y Cables: «Anuarios»
Agencia en Madrid: Núñez de Balboa, 21; Casa Editorial Bailly-Baillière. Telef. 90-S.

LIBROS
DE

BARRIOBERO

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas a Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22
(ADMINISTRACIÓN)

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo
Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1922

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), **Hermosilla, 57**, al precio de **7 ptas.** cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franquicia y certificado

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: **50 cént.** en toda España



¡Qué panorama más hermoso!
¡Qué cuadro más admirable!
¡Quién tuviera un KODAK!

Cuántas veces habrá usted hecho estas exclamaciones durante sus excursiones por el campo o sus paseos por la orilla del mar Y es que el complemento de todo deporte al aire libre, de toda excursión y de todo viaje es un

Kodak

Como usted muchos millares han pensado en la necesidad de un Kodak y lo han adquirido.

Adquiera usted el suyo hoy mismo.

He aquí tres tipos de Kodaks:

Kodak Vest Pocket Autográfico	Ptas. 59.—
Hace fotografías de $4 \times 6\frac{1}{2}$ cm.	
Kodak Junior Autográfico No. 1 A.	130.—
Hace fotografías de $6\frac{1}{2} \times 11$ cm.	
Kodak Autográfico No. 3 A.	220.—
Hace fotografías de 8×14 (Tarjeta postal)	

Hay Brownies para niños desde 21,50 a 63 pesetas.
Hacen fotografías desde $4 \times 6\frac{1}{2}$ cm. a $8 \times 10\frac{1}{2}$ cm.

Pida usted Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID { PUERTA DEL SOL, 4
 { GRAN VÍA, 23

BARCELONA { FERNANDO, 3
 { PASEO DE GRACIA, 22

LA VIDA ES UN ENCANTO CON UN KODAK

ROSA MARIA

por

Alberto Valero Martín
(Dibujos de Echea)
es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

Calidad en los autores

Cantidad en la lectura

Baratura en el precio

son los tres lemas á que se
sujeta en su publicación

La Novela Semanal

25 céntimos ejemplar en toda España

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la
salud. Sin yodo, ni
derivados del yodo,
ni thyroidina.

Composición
nueva, desaparición
de la gordura
superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE
PREPARADO POR URIACH C. 49, BRUCH, BARCELONA

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
"NUEVO MUNDO" ☐ "LA NOVELA SEMANAL"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
»	Seis meses.....	22 »
EXTRANJERO.....	Un año	75 »
»	Seis meses.....	40 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	55 »
»	Seis meses.....	30 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
»	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año	32 »
»	Seis meses.....	18 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	25 pesetas
»	Seis meses.....	15 »
EXTRANJERO.....	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	28 »
»	Seis meses.....	16 »

La Novela Semanal

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	12 pesetas
»	Seis meses.....	7 »
EXTRANJERO.....	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	14 »
»	Seis meses.....	8 »

Los señores subscriptores de provincias pueden hacer los pagos por medio de Giro Postal, Libranza de Giro mutuo, Sobre monedero ó sellos de Correos



PARA SUPRIMIR LOS VELLLOS Y EL PELO

Tened mucho cuidado en usar un Depilatorio cualquiera. Después de aplicarlo, los pelos vuelven a brotar con mayor fuerza y vigor. Miss GYPCIA, 43, rue de Rivoli, Paris (1^{ra}), vióse un día inducida a experimentar una receta poco conocida, pero que posee verdadera acción sobre la raíz del pelo. Los pelos destruidos de este modo Y A NO VUELVEN A BROTAR. Tan original método va explicado con la mayor claridad en un folleto intitulado: "Un secreto Egipcio" el cual se manda bajo sobre cerrado. GRATIS y muy discretamente a quien lo pida: bastará escribir adjuntando un sello para la contestación. Depósito para España: Señorita S. Mercedes, Nápoles, 272, 1^o, 1^o, Barcelona.

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

Prueba hoy
**HORNIMAN'S
PURE
TEA**



Casa Fundada
en Londres 1826
El té
predilecto de las
Embajadas de
Europa I

COMPañY
FOTÓGRAFO Fuencarral, 29

Grippe, reumatismo,
dolores de cabeza
y de muelas sola-
mente se alivian y
curan con las legi-
timas

**TABLETAS BAYER de
ASPIRINA**

Amorranas
Curación
segura y completa
sin operación
de los hemorroides con
Supositorios
Anusol
"Goedecke"
que se introducen
en el recto.

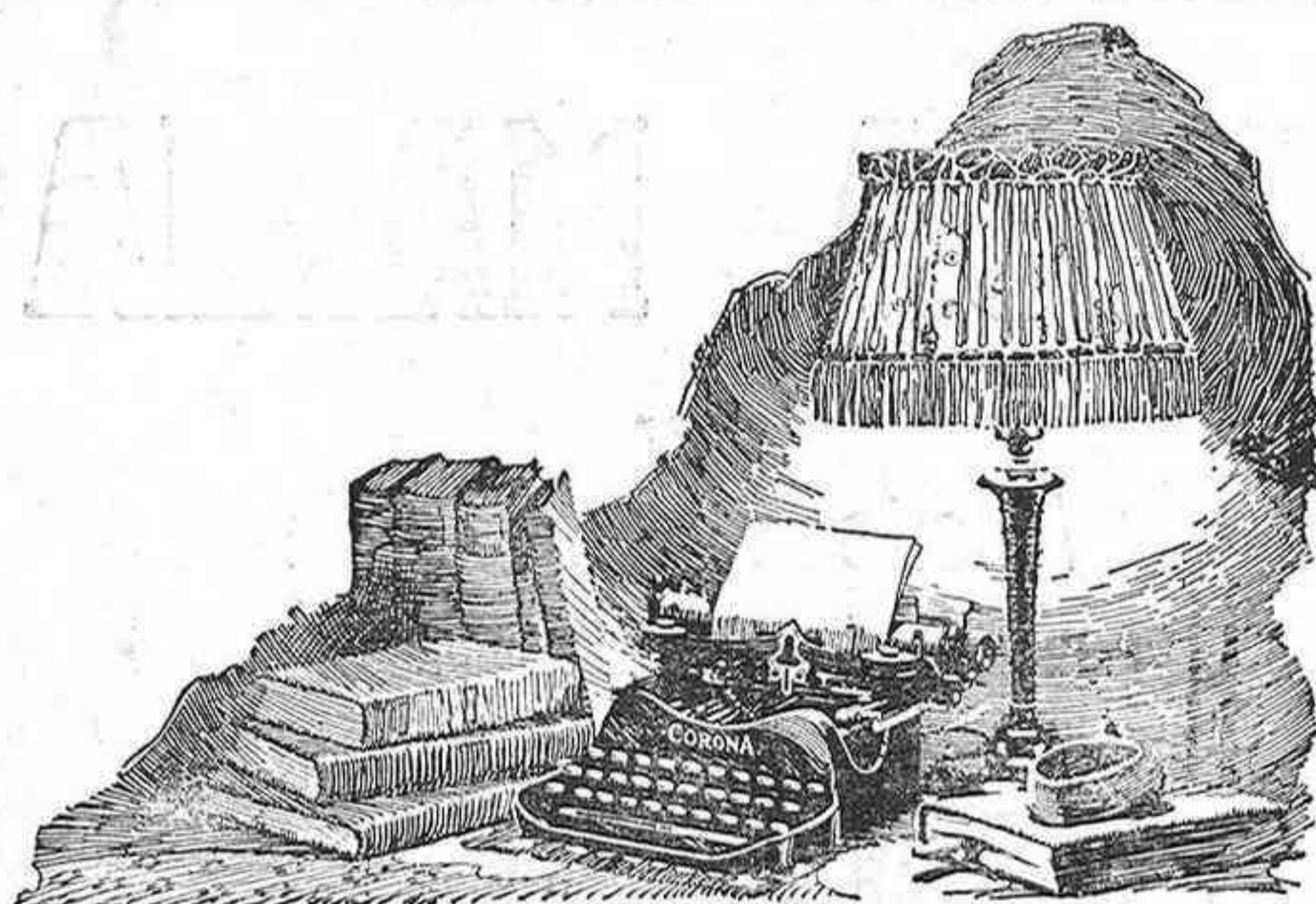
Anusol Goedecke
hace ya más de 20 años que está
acreditado y recetado por los médicos. Anusol
Goedecke calma pronto los dolores, produce una
evacuación agradable y cura por completo. No
contiene componente nocivo alguno. A cada caja
acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídanse
en farmacias el único y legítimo Anusol Goedecke
y recházese toda imitación ilegal de nuestra marca.
El nombre "Goedecke" garantiza la legitimidad
y eficacia completa del producto.

No IRRITAN, no producen NAUSEAS ni COLICOS



CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID



CORONA

La máquina de escribir que por la elegancia de sus líneas,
suavidad de su teclado y su extraordinaria portabilidad,
es la preferida de las señoras

Son muchas las escritoras y artistas españolas eminentes
que utilizan en su gabinete de trabajo y en sus viajes la
máquina "CORONA"

No hay una sola señora ó señorita de cuantas conocen
la "CORONA" que no sueñen con ella como con
una joya

Precio único: 500 pesetas

FACILIDADES DE PAGO

Fabricada por Corona Typewriter Co. of Groton

GASTONORGE, C. A. - Sevilla, 16, MADRID

Rogamos á nuestros corresponsales, subs-
criptores, anunciantes y á todas aquellas per-
sonas que se dirijan á nosotros para asuntos
administrativos,
extiendan la di-
rección en el
sobre en la si-
guiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS